

Villarroel

OBRAS VARIAS

VIAJE FANTÁSTICO
LA SUMA MEDICINA
CANTÁRIDAS AMIGABLES
CORREO DEL OTRO MUNDO



HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

PLAZA LOS SITIOS, 10

ZARAGOZA



Director literario: V. Blasco Ibáñez

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

C. 1110633

EN ESTA COLECCIÓN

CLÁSICOS GRIEGOS

- HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 tomos.
ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.
SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.
HESÍODO: *La Teogonía*.—*El escudo de Heracles*.—*Los trabajos y los días*.—*Bión: Idilios*.—*Mosco: Idilios*.—*HIMNOS ÓRFICOS: Los perfumes*. 1 t.
EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t.
TEÓCRITO: *Idilios y epigramas*.—*TIRTEO*.—*ODAS ANACREÓNTICAS*. 1 t.
ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.
JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.
ARISTÓTELES: *La Política*. 1 t.

CLÁSICOS LATINOS

- CICERÓN: *La República. Las paradojas*. 1 t.—*Las leyes. La vejez. La amistad*. 1 t.
PLAUTO: *Comedias*. 3 t.
VALERIO MÁXIMO: *Hechos y dichos memorables*. 1 t.
HORACIO: *Sátiras*. 1 t.
VIRGILIO: *Églogas. Geórgicas*. 1 tomo.

EDAD MEDIA

- LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.

CLÁSICOS ESPAÑOLES

- VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo D. Gregorio Mayáns y Siscar. 1 t.
QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.
GUILLEM DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.
CERVANTES: *Teatro selecto. Comedias y entremeses*. 1 t.
LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 2 t.
CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.
MORETO: *Comedias*. 1 t.
TIMONEDA: *El patrañuelo*.—*El sobremesa y alivio de caminantes*. 1 t.

- LOPE DE RUEDA: *Comedias y Pasos*. 1 t.
ROJAS ZORRILLA: *Comedias*. 1 t.
RUIZ DE ALARCÓN: *Teatro*. 1 t.
TIRSO DE MOLINA: *Teatro*. 1 t.
A. VELÁZQUEZ DE VELASCO: *La Lena*. 1 t.
JUAN RUIZ, Arcipreste de Hita. *Cantigas et Fables*. 1 t.
F. DE ROJAS: *La Celestina*. 1 t.
H. NÚÑEZ: *Refranero español*. 1 t.
VARIOS: *Leztrillas*. 1 t.
Romancero español y morisco. 1 t.
Romancero del Cid. 1 t.
GÓNGORA: *Obras poéticas*. 1 t.
BALTASAR GRACIÁN.—*El Discreto*. 1 t.
JUAN LUIS VIVES.—*Diálogos*. 1 t.

CLÁSICOS INGLESES

- SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 tomos.—I. William Shakespeare, por Víctor Hugo. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.—II. Otelo, el moro de Venecia. Medida por medida. Cuento de invierno.—III. Romeo y Julieta. Bien está lo que bien acaba. Comedia de equivocaciones.—IV. El mercader de Venecia. Penas de amor perdidas. Cimbelino.—V. Macbeth. Troilo y Crésida. Enrique VIII ó Todo es verdad.—VI. El rey Lear. Coriolano. Como gustéis.—VII. La fiera domada. La duodécima noche. Mucho ruido para nada.—VIII. Sueño de una noche de verano. La tempestad. Las alegres comadres de Windsor.—IX. Julio César. Antonio y Cleopatra. Timón de Atenas.—X. El rey Juan. La vida y la muerte del rey Ricardo II. La tragedia de Ricardo III.—XI. La primera parte de Enrique IV. La segunda parte de Enrique IV. El rey Enrique V.—XII. La primera parte del rey Enrique VI. La segunda parte del rey Enrique VI. La tercera parte del rey Enrique VI.

CLÁSICOS ESPAÑOLES

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

OBRAS
VARIAS



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)



AL LECTOR

DON Diego de Torres Villarroel, comúnmente conocido por sus contemporáneos por el seudónimo de *Gran Piscátor de Salamanca*, vió la luz primera en la ciudad del Tormes en 1693. Fueron sus padres de condición humilde, lo que no fué obstáculo para que le proporcionasen una esmerada educación. A los quince años ganaba Torres, por oposición, una beca en el Colegio Trilingüe, de donde salió gran danzarín, mediano músico, algo toreador y refinado en la truhanería.

Algún tiempo después se dedicó al estudio de las Matemáticas y de la Astrología, marchando á Portugal y dejando en el abandono á los autores de sus días.

Se hizo ermitaño en Tras-os-Montes, médico y danzante en Coimbra, soldado en Oporto, torero en Lisboa, etc., etc.

Desengañado de la vida azarosa y vagabunda, vuelve á Salamanca, y nuevamente se dedica al estudio, y después de leer Filosofía natural se ordena de sacerdote y obtiene el cargo de vicerrector.

Publica almanaques (sus famosos *Pronósticos*) y alcanza gran popularidad, despertando en las sencillas gentes la admiración y en otras una piadosa sonrisa. Dedicado á la Medicina, se gradúa en Ávila. Pronostica la muerte de Luis I el año 1724, y llegan á creerle brujo. Consigue, en Salamanca, la cátedra de Matemáticas y Astrología, siendo más tarde desterrado por creerle complicado en un delito común, hasta que, más sentada su cabeza, pero sin dejar

de publicar obras de las más opuestas tendencias, regresó á su pueblo natal, en donde falleció tranquilamente en el palacio de Monterrey, en 1770.

La producción del *Gran Piscátor* y *El ermitaño* es muy vasta y heterogénea. Desde los más ligeros versos hasta las obras de la más abstrusa Filosofía, recorrió su pluma todos los géneros literarios.

Varias de dichas obras han sido incluídas en este volumen.



VIAJE FANTÁSTICO

DEL

GRAN PISCATOR DE SALAMANCA

JORNADAS POR UNO Y OTRO MUNDO
DESCUBRIMIENTO DE SUS SUSTANCIAS,
generaciones y producciones.

CIENCIA, JUICIO Y CONJETURA

del día 22 de Mayo de este presente año de 1724 (del cual han escrito los astrólogos del Norte), las reglas generales para juzgar de todos los eclipses que puedan suceder hasta la fin del mundo.

DEDICADO

AL SEÑOR D. ALEJANDRO NAVARRETE

caballero del hábito de Santiago, Pagador y Tesorero general de juros y mercedes.

POR SU AUTOR

EL BACHILLER DON DIEGO DE TORRES

profesor de Filosofía y Matemáticas, sustituto á la cátedra de Astronomía de Salamanca, etc.



AL SEÑOR

D. ALEJANDRO NAVARRETE

Caballero del hábito de Santiago, Pagador y Tesorero de
juros y mercedes

MANO sobre mano el alma, sin tener que acudir al empleo de los exteriores sentidos, y la razón en brazos del ocio sin tarea, dejaron sobre su palabra á la fantasía, y corriendo los espacios de la imaginación, recitó en su teatro esta historia. En el taller del sueño se abultaron todas sus ideas y figuras; y si de los hombres es el errar, yo, hombre y dormido, tantos errores habré dictado al escribirla, cuantos desaciertos al soñarla. Piedad fué del sueño volverme el juicio antes de hacer la Dedicatoria, que durmiendo pudiera errar la elección; pero luego que (por cortesía del letargo) recogí mis potencias, ofrecí con la de la voluntad, á usted, señor don Alejandro, mi dueño, esta memoria. Dormido pudiera faltar á mi obligación y fuera disculpable la ofensa; pero despierto, si faltara, no tuviera perdón el delito.

Lo que yo debo, y lo que á usted se le debe, son estímulos que borran cualquiera otra idea; mi duda la dejo á la consideración de quien supiere mi fortuna; pues confesando yo que soy un honrado mozo, que vivo en la corte, sin más capellanía que un mal ingenio, cono-

cerá las infelicidades á que me tiene sujeto esta mal seguida carrera; con que debiendo yo á usted la aplicación y remedio de muchas, se deja conocer cuánto será el débito.

Por caballero prudente, afable y perpetuo honrador de los pobres ingenios, se le deben á usted ésta y otras dádivas de mayor sustancia de justicia (y puede el más vano escritor prometerse el mayor crédito, si merece su obra el juicioso sentir de usted) luego por esta general deuda, y tantas particulares mías, no sólo con la gran voluntad, que yo me ofrezco, sino precisado de mi obligación, debo rendir á usted este trabajo, y en esta carta confesar las honras, favores y atenciones que le he debido; por lo que suplico á usted encarecidamente se sirva de esta pequeñez, en que va, como en cifra, todo lo superior de mi afecto; y si Dios me da vida, serviré á usted en cuanto alcance mi poco valor, y pediré le conceda buena salud, muchos dones y bienes. De mi posada, hoy 5 de Agosto de 1724.

Señor D. Alejandro Navarrete.

Servidor y fiel, leal A. de V.

Q. S. M. B.

Diego de Torres Villarroel.



PRÓLOGO A QUIEN LEYERE

EL doctísimo Atanasio Kirquerio escribió con notable extensión y dulzura este *Viaje* en un libro, que después intituló *Camino extático*; y en él dice, que fué llevado del ángel á registrar todas las oficinas del orbe. Otro (de cuyo nombre no quiero acordarme) hizo pacto con el demonio, porque le descubriese las maravillas de esta cósmica máquina. Yo no soy tan bueno como el uno, ni tan malo como el otro; porque ni ha querido guiarme el ángel, ni yo quiero que me lleve el diablo. Los dos escribieron como espíritus, y yo como pobre hombre, con que se discurre la diferencia que habrá de sus papeles á este borrón. Sin más lazarillo que mi fantasía, y durmiendo á pierna suelta, he concluído las mismas jornadas; es verdad que ha corrido la posta mi pensamiento. Los dos, como llevaban compañía de su gusto (y que les haría el gasto), pudieron detenerse en él; pero yo, como llevaba pocos cuartos, no pude detenerme sin irreparable atraso y descomodidad. Yo, lector de mi alma, te doy compendiadas en estas cortas hojas las maravillas de una y otra esfera, no omitiendo sustancia que no ponga en tu noticia. Por Dios, que te contentes por ahora, mientras con más extensión, y hoy, más despierto, puedo poner en tu mano mejor escrito este asunto; y si no me quieres aguardar á mí, libros

discretos hay para todo; búscalos y diviértete, si tienes qué comer; y si no, ni los leas, ni te acuerdes de ellos, que te hurtarán el tiempo y morirás de hambre. Pero si tú, Mercurio, te arrastra á ser estudiante, ponte á letrado, médico ó poeta (que ya son ricos), que son oficios fáciles y que valen dinero; porque nunca faltan penderos, glotones y ociosos, y en sus vicios tendrás sobrado patrimonio. Con notable gusto me he dedicado á escribirte en ocho días (que no nos han dado más lugar los astrólogos del Norte) este librito; y te aseguro que sólo me queda la aflicción de saber que escribo para la curiosidad y no para la ambición; y como es más el número de ambiciosos que de curiosos, con razón temo que vayan mis hojas á ser estrado de empanadas y hojaldres; pero tendré paciencia, porque es imposible enmendar el mundo. Y en fin, lector amigo, si te cuesta dinero leer mi obra, échala las blasfemias que quisieres, que tendrás razón; pero si te la regalo yo, ó viene á tus manos de balde, disimula lo malo que en ella hallares, calla, y déjala correr, pues no te cuesta nada, y vivamos todos; que otras cosas peores tragarás al fin del día; y ya que te agasajo yo en mis Prólogos, no me injuries, que si logro el fin para que escribo (que esto solo te callará mi amistad), puede ser que no te contemple tanto; y aunque no lo logre, también me reiré de tí, si eres mordaz, como te tengo dicho en mis *Pronósticos*. Y ahora, adiós, amigo.





INTRODUCCIÓN

Y PROVISIONES PRECISAS PARA EL VIAJE

AMORTAJADO en un raído ropón, media melena en el bonete y la otra porción á trechos enredada, los ojos acostados y todo yo á escaras, buscando al tiento mis potencias, salí (sin saber si salía) de mis tablas una de las tardes de el Julio á despedir las modorras de una siesta; y fuese el estar todavía sin alma, ó durar en el cerebro los humientos foligines del narcótico; sin tino me tiré en una silla, y un muslo sobre otro, mordiéndome las uñas de la mano izquierda, me volví á quedar con la fantasía entre dos luces y el entendimiento á buenas noches. Con la quietud de mi solo retiro, y en el nuevo descanso de mi silla, se volvió á morir la tercera parte del alma; la memoria se reclinó en las orillas de sus cavidades, y la razón perdida entre la multitud de espíritus y confusión de especies, dejó correr á la fantasía por las espesas mansiones del seso, soñando á instantes y de-

lirando á momentos. Y como los sueños del animal son los que vulgarmente ocurren, y dependen de la disposición del primer sensorio, siendo fantasmas de su idea las frecuentes cogitaciones del día. Yo había leído aquella mañana en el *Camino extático* de Atanasio Kirquerio, ó poco antes había oído leer el Entretenimiento ocioso político de la Gaceta del día 13 de Junio, que en el Capítulo de París y Londres expresaba las altas cavilaciones y conjeturas que los astrólogos y observadores hacian del eclipse de 22 de Mayo de 1724. Y sin duda la lección de Kirquerio ó las novedades de la Gaceta, ó uno y otro pensamiento barajado, despertaron en la imaginación la siguiente burla.

Persuádime que, sin tocar la puerta, se entraron de tropel unos cuantos amigos á mi cuarto, y sin otra salutación, ni más *Deo gratias*, que su despecho, el más hablador me decía: «¿Cómo, vuestra merced, señor Cachiastrólogo, en un eclipse cuya naturaleza y efectos tienen alborotado al Norte, y sus menos perezosos observadores están escribiendo, vuestra merced no hace mas que apuntar en su Pronóstico el simple cálculo del día y la hora?» Que en los minutos hay su más y su menos, amigo mío, déjese de coplas, que bastantes perdularios tiene la corte dedicados á este chacorrero estudio. Un pronóstico debe ser una efeméride, y así es trabajo útil; cortéle el hilo, porque no me pusiese como un trapo, y dije: «Si los astrólogos del Norte y de Francia tuvieran tan fatal estrella como nosotros, los viera vuestra merced más dados al vicio

de la poltronería. ¿Parécele á vuestra merced poca honra la de Corsini y Miraldi, que fueron llamados á Trianón de su rey para que le explicasen la naturaleza de este eclipse? Por menos honra y menos provecho me hubiera yo dado veinte noches malas, y hubiera espiado todos los posibles movimientos de la esfera. Demás, que el legista come fiado en el enredador y litigioso; el médico tiene su patrimonio fundado en nuestra intemperancia y desorden; el poeta vive con nuestra ociosidad; el sastre con nuestras vanidades; el arrendador con nuestra soberbia, que es una gran finca, y la más segura la de los vicios. El pobre astrólogo fundó su mayorazgo en la curiosidad, y apenas se supo en España que era virtud, la echaron de sus territorios. Dios ha repartido los bienes con toda igualdad en los hombres, y no quiso darlos todos á uno, porque no hubiese uno que no tuviese que pedir y mendigar á los otros, y así nos debemos cambiar nuestras mercadurías. Si Dios ó el diablo le dió á vuestra merced dineros, y no le dió Astrología, cambie parte de sus doblones por mis juicios, y atropellémonos todos; y si no, ya que vuestra merced quiere tener llenos sus talegos, estése con la cabeza vacía, que yo no quiero trabajar de balde, que necesito la vida para buscarla por otra parte menos desdichada que este camino; y estos Pronósticos, sepa vuestra merced que los escribo sólo porque me gastan quince días al año, que si me hurtaran un día más, los dejara, y eso lo tomo como entretenimiento, no como estudio; y á lo que me dice, que debía ser una efe-

méride, respondo, que la ignorancia de vuestra merced y el aborrecimiento á las dignas curiosidades saca de quicio las esencias y trabuca todas las cosas: ¿qué entendiera vuestra merced ni otros, si le pusiéramos en el Pronóstico sola la figura celeste? ¿Qué filosofía ha leído vuestra merced para juzgar de sus disposiciones? Conténtese con saber en el día que vive, y rece al santo y sepa los cuartos de la luna; y si quisiere más, cuéstele su estudio y su dinero, que en el oficio ajeno, ya sabe vuestra merced lo que sucede.» Más iba á decir, pero otro mozo más modesto dijo: «Tiene razón el señor astrólogo; si su facultad está en los últimos calabozos del desprecio, si los papeles que hablan de sola su profesión los arrinconan, ¿por qué han de poner al público obras que desprecie nuestra ignorancia? ¿Por qué han de gastar caudales en sus impresiones? ¿Y por qué han de perder el tiempo?» «Dejemos esas impertinencias—dijo otro de los perillanes—y sepamos á lo que venimos.» «Yo bien sé—les volví á decir—que vuestras mercedes son hombres que tienen negocios por aquellos países, y quizá sus corresponsales les habrán escrito que se ha de morir medio mundo en este eclipse, y curiosos vienen á saber cómo miento yo, para cotejar después juicios.» «Es así», respondieron todos. «Pues con el alma y la vida—dije yo—explicaré á vuestra merced lo poco que yo puedo haber observado, y lo que hubiere leído en tal cual librito, que por roto, quizá se escapó de las especierías; pero para que vuestras mercedes (que no tienen principios meteoroló-

gicos) puedan informarse, es preciso que tengan paciencia y se vengan conmigo, que hemos de hacer un viaje por este mundo elemental y parte del otro, que quiero que lo registren con los ojos, y aun se cansen. Yo sé que al cabo de la jornada no les pesará, porque se han de alegrar de saber la fábrica de este globo que pisamos, así exterior como la interior. En ella hemos de ver las generaciones de los tres tesoros con que se enriquece, mineral, animal y vegetal; y atravesando por la vasta región del aire y fuego, en uno y otro notaremos sus impresiones, y cómo la sagaz naturaleza congrega, dilata, cuece, condensa las lluvias, los granizos, los truenos, etc., y después, subiendo á los montes de la Luna y esfera del Sol, veremos su fábrica, materia, el motivo de perder sus luces y restaurar sus resplandores; y descansando de este viaje otra vez en esta superficie, sabremos estas impresiones eclípticas, así las de este eclipse, como de cuantos pueda haber hasta la fin del mundo.» Todos, sin más reflexión que mi propuesta, dijeron: «Vamos»; y tomando yo las de Villadiego, y ellos las de Juan danzante, dimos principio á la primer jornada.





JORNADA PRIMERA

Descubrimiento del mundo subterráneo, noticia de sus generaciones, metales, piedras y medios minerales, y de toda su fábrica y oficinas interiores.

VÁLGAME Dios, con qué viveza abulta la fantasía imágenes y copia figuras en el taller del sueño! ¡Con qué libertad vuela sin el freno de la razón por espacios nunca descubiertos! Estaba yo, sin duda, padeciendo la primera fuerza del letargo, cuando más vivamente, y á mi parecer más despierto, creí que me hallaba con mis amigos á la boca de una cueva (que es gran cosa el sueño para cabalgadura, que en un abrir y cerrar de ojos se halla uno mil leguas de su casa) y que uno de los caminantes traía en la mano un mechón de trapos almidonados de resina, pez, azufre, cera y otros ingredientes, que daban pabilo á una crecida y durable llama, sin saber cuándo ni dónde compuso ni encendió tal engerto (aunque los trapos ya discurro que los sacaría de mi posada), y dijo él: «Esto de ver con el entendimiento es bueno para los metafísicos; yo, si no me informo con los ojos, me río de toda la Filosofía. Yo iré delante, y vuestra merced me man-

dará parar donde hubiere que ver, para que todo lo registremos á mejor luz. Y ahora, díganos vuestra merced, ¿qué tierra es ésta? «Ésta es—le dije—mi patria, esta cueva es aquella universidad donde enseñaba el diablo, y donde hurtaron la sombra á aquel marqués que se volvió jigote.» «Antes que pasemos adelante—dijo uno—, sepamos por vuestra merced, que es de Salamanca, qué verdad tiene esta historia.» «Yo sólo sé, por noticia nocional desde mis abuelos, que esta cueva era morada del santo varón San Cibrián, y su penitencia la hizo en una ermita, cuya arquitectura componían esos destrozos y ruinas que veis ahí; y ésta tenía comunicación á la cueva, y después, con el tiempo, se ha vuelto á cegar; de los otros cuentos no hay más noticia que la que trae el cardenal Aguirre en el libro que intituló *Ludi Salmanticenses*, y en unos manuscritos que tiene la librería (1) de la Compañía de Jesús de esta ciudad, están apuntadas estas historias. Esto no es del asunto. Otras advertencias tenía que hacer á vuestra merced más del caso, pero en el camino las diré, que temo, si nos detenemos, nos falte la luz al mejor tiempo.» Guió el del mechón, y los demás iban divertidos en mirar los varios colores de las venas que se descubrían en la tierra; otro se maravillaba de ver las piedras y pedazos de peñas de varia dureza y vario colorido; pero lo que más les horrorizó fué el estruendo

(1) En la época del autor se denominaba de este modo lo que nosotros llamamos biblioteca.—*N. de los E.*

y ruido con que por otra de las roturas de la tierra se desguajaba un inmenso golpe de agua, y que ésta, por otras venas y acueductos, se esparcía por todo el reino interior de la tierra. Tiré de la ropa al de la luz, paróse, y dije: «Muchas cosas han visto vuestras mercedes ya de especial consideración; y así, antes de desnudarnos para pasar al otro lado (que nos será preciso), vamos averiguando y descubriendo estos fenómenos. Es la tierra un vaso y recibimiento de los cuerpos sólidos y celestiales movimientos, pues á la circunferencia de su centro se dirigen todos sus influjos, llevando por natural inclinación á su punto todos los cuerpos graves, menos aquellos que, por el beneficio de la solidez, son retenidos en la superficie, y todos los cuerpos leves huyen de su centro; y así, estos vapores que sentimos son unos alientos nitrosalinos y sulfúreos, que, como forasteros de este centro, los arroja y eleva; así el calor del Sol, como el fuego subterráneo que cuece en estas entrañas, y ellos, buscando los poros de la tierra, se penetran hasta encontrar el aire, y los que en aquella esfera endureció y condensó la frialdad de aquella región, bajan más térreos á buscar su centro, de tal modo, que continuamente suben vapores y bajan, siendo el calor y luz del Sol, y la humedad de la Luna, y el especial influjo de los demás cuerpos etéreos, universales agentes que producen en la disposición de esta materia elemental estas formas y especies. Dijolo Hermes en su *Tabla Smaradigna: Rei unius pater est Sol mater vero Luna portavit ventus hanc*

rem in suo ventre (est rursus quod prius) nutrix eius terra est.» «De modo, señor astrólogo—dijo uno de los compañeros—, que la naturaleza, á quien llaman los filósofos *principium motus, et quietis eius in quo est*, viene á ser un ejercicio del cielo con los elementos, y á lo que llaman *materia prima* ó *substantia receptiva phormarum*, es toda la región elemental; y á lo que dicen *phorma*, ó *certatotius corporis singularumque partium dispositio*, es una acción y potencia de aquella etérea región en esta elemental.» «Sí, señor—le dije—, y estos son los principios del ente natural y los de cualquier compuesto físico. De suerte, caballeros, que ya que estamos despacio, quiero (pues la Filosofía no es otra cosa que un conocimiento de las cosas naturales) hacerles á vuestras mercedes filósofos, sin gastar tres años en hacer silogismos, sin pasar por los rudos principios del *Barbara Celarum*, y las demás impertinentes disputas; y supuesto ya esto, como prenotable á nuestro intento, oigan vuestras mercedes: Todas las materias que oculta este mundo subterráneo son tres: piedras, metales y medios minerales. Estos géneros se engendran de la proporcionada mixtión de tierra y agua, manteniendo también en sí porciones de los cuatro elementos, pues es indudable que cualquier sulfur y licor retiene en su cuerpo el aire oculto. Esas piedras, que vuestras mercedes ven, las fabrica la sagaz naturaleza de mixtión de mucha tierra y poca agua; y el motivo de que unas sean más cristalinas, otras más lúcidas, otras más duras y otras más suaves,

es la mayor ó menor cocción que hace en ellas el fuego, ya de los celestes cuerpos, ya el que está encerrado en estas cavernas. La generación de los metales es de mucha agua y poca tierra; esta poca porción se convierte en sulfur, y la mayor cantidad de agua en argento vivo ó azogue, y condensada y unida el agua al sulfur en la diuturna decocción, la tierra se clarifica, y destruidas las partes más térreas, queda el metal. En los colores, que vuestras mercedes vieron, digo, que toda materia preparada para metal, como otra cualquiera materia cocida, es negra al principio; en la segunda decocción se hace blanca, y de la tercera resulta el color rubro, que es el más perfecto, y el último que hace el fuego en los metales. Vámoslo viendo en el oro, que es el más puro, y que tiene menos porción térrea. El influjo del sol y el calor subterráneo encuentran en la tierra proporcional mixtura de ella y el agua; únense con la diuturna decocción estos cuerpos, y resulta el argento vivo, y después en la tercera preparación falta la bellísima criatura del oro, que fué á los principios negro sulfur, después blanco argento, y al último pálido oro, siendo la tierra y agua su remotísima materia; el vitriolo la remota y la inmediata el argento vivo y el sulfur. Los químicos, consultándose con su siglo y con la posteridad, han intentado á fuerza de tragar humo y gastar carbón, considerando el temperamento y materias del oro, hallar el temperamento fingido del oro, juntando partes vegetables y minerales, y queriendo hallar un calor material.

que pueda suplir el del Sol; pero es locura, porque no puede haber fuego material de aquel especial influjo, ni puede haber humano conocimiento que pueda conocer entre las térreas materias cuál sea la más dispuesta para esta transformación.» «Hemos entendido—me dijo uno—su doctrina de vuestra merced, y discurro yo también que no habrá metal que no esté empuñado del azogue; y que todos los metales vienen á ser oro imperfecto ó no bien cocido, ó ya por sobra ó falta de preciso calor.» «Es así—respondí—; pero además destas precisas materias y decocciones, que hemos dicho, es de advertir que en cada metal trabaja con especialidad un cuerpo celeste; y así el Sol es el que purifica el oro; la Luna es el que trabaja en la plata; Saturno en el plomo; en el hierro Marte; en el estaño Júpiter, y en el latón Venus; y esta impresión y especial influencia, la deducen los filósofos por la similitud que en las cualidades tienen estos metales con aquellos astros; y así como Saturno es frío y seco, y el plomo tiene la misma cualidad, de aquí es que dicen los filósofos que es necesario el especial influjo de estas estrellas en cada metal. Los medios minerales son los que ya del todo preparados se descubre en ellos porción lapídea y metálica; estos son la magnesia, la tutia, el oro pimento, antimonio, estibio, arsénico, alumbre, sulfur y otras infinitas sales.» «Basta esto acerca de los metales (que puede acabárenos la luz) y ahora volvamos—dijo uno—al asunto de las piedras, y díganos vuestra merced, ¿en qué consiste esta her-

mosura de los diamantes, esmeraldas y demás piedras preciosas?» «Digo, pues, que la generación y materias de éstas es la misma que la de las otras; pero también por la semejanza de sus cualidades las cuece especial influjo con proporcionada mixtura; de suerte que el carbunclo se forma de tierra del Sol y de su influjo; el diamante del cielo de la Luna y de su tierra; el zafiro de tierra y cielo de la Luna y tierra de Júpiter mezclados, y la esmeralda de tierra é influjo de Marte; y así de las demás, y esto lo experimentan los químicos en sus transmutaciones; pues tomando porción de estas tierras y añadiendo varios vegetales, con proporcionado calor material, fingen semejantes piedras, y fabrican en breve (aunque con notable imperfección y poca existencia) metales y piedras, en cuya creación tarda más de mil años la sagaz naturaleza.» Cuando yo estaba acabando este discurso, ya se habían desnudado algunos, y aún iba nadando el del mechón; echaron los demás conmigo ropa fuera, y cogiéndola al hombro, pasamos al otro lado de aquel brazo horroroso de mar, y mientras nos enjugábamos y nos vestíamos, les dije: «Este río que hemos pasado, que se precipita con soberbia furia por esas cavernas, es el agua del mar; de manera, que en sus suelos y fondos se experimentan varias y diversas roturas y bocas, por donde sus aguas se despeñan á estas entrañas; y la de este río es la mayor, y es una horrorosa garganta, que está debajo del polo Ártico, y dividiéndose esta agua por ocultas sendas y conductos, se va repar-

tiendo por todo este globo interior, y luego se vuelven á unir y salen por otra puerta ó rotura que está debajo del Antártico, siendo esta circulación de las aguas subterráneas el motivo de perpetuarse en la superficie de la tierra las fuentes, ríos y lagunas, volviendo también éstas á entrarse en el mar; y esta es la causa de no salir el mar de sus límites, porque cuanta agua recibe de sus caudalosas corrientes de ríos y fuentes la vuelve á arrojar por estos conductos subterráneos, y con esta perpetua circulación no da lugar á exceder sus límites.» «Poco á poco—me replicó uno de los camaradas—; por dónde sabremos ser cierta esta circulación, y que en los fondos del mar hay esas roturas; y aunque yo había oído decir que uno que hizo pacto con el diablo, guiado su espíritu del otro infernal, fué llevado á registrar todas estas maravillas, y después las dejó comunicadas, ni á él ni al diablo creo, mientras no me den razón en la misma naturaleza.» «La prueba de esto es—le respondí—porque debajo del Ártico y Antártico jamás han podido llegar naves, porque es tan precipitada la furia con que se despeña el agua á estas bocas y roturas, que arrebatadas de su corriente se sorbe también las naves; y esto sucede en muchas partes del mar, pues la causa de tantos remolinos como hacen las aguas es sola esta desigualdad y cisuras de sus fondos.» Ibamos caminando, y no sin notable horror vieron mis amigos diferentes cavernas y profundidades, unas llenas de fuego, otras de aire, y otras (estas eran las más) de agua. «Estas profundi-

dades—les dije—son oficinas, donde la nunca ociosa naturaleza labra con la virtud de esos elementos las hermosas sustancias y especies con que llena y adorna los tres reinos, mineral, vegetable y sensitivo, continuando sus operaciones con incansable fatiga. Las salobres aguas del mar, llenas y preparadas de los celestes influjos, se desguazan por dichas roturas y corren por varias partes de este cuerpo terráqueo. Llénanse estas cavernas (á quienes los filósofos llaman abismos ó hidrofilacios), y éstas, por la virtud del fuego, que está en estas vecinas cavidades que veremos, se cuece y se altera; y separando lo sutil de lo craso, rompe y penetra los poros y cisuras de la tierra, y sube en alientos y vapores; éstos, parte se congregan en nubes, parte se convierten en fuentes, cuando entran en los huecos de los montes; y á las porciones más salitrosas, las prepara el fuego; y según la disposición y mixtura, las cuece y convierte, ya en plata, y en ese oro que han visto vuestras mercedes. Al ir, pues, penetrando estos poros la parte sutil de aquellos hálitos, á las orillas de las cisuras por donde pasan, se van dejando lo más bituminoso y sulfúreo; y de eso se engendran esos medios minerales que vuestras mercedes ven repartidos por esas venas, como el arsénico, oro pimente y muchas sales y venenos; y éstos, con los días y siglos, hacen una física transmutación. La porción de agua que está cerca de esas venas se conserva cálida, por la cercanía de este fuego subterráneo; y rompiendo la tierra, y llevándose consigo estas cantidades de

alumbre, vitriolo, azufre, etc., hace las aguas saludables; y á estos conductos llaman *baños y termas*, cuyas aguas son maravillosas y medicinales; al contrario, cuando pasa dicha agua por el adusto, adusto betún, arsénico calcinado, son venenos, por las malignas y retostadas cualidades que en sí tienen aquellas térreas porciones. El origen también de las lagunas es esta agua, que por las roturas y poros de la tierra, por secretos conductos las comunican estas cavernas ó hidrofilacios; y hay algunas cuyas aguas están estancadas, debiendo sólo á los hidrofilacios su copia y manutención; porque ni entra en ellas, ni sale río. Otras reciben ríos y fuentes, y no sale ninguno de ellas; pero por canales secretos vuelven á entrar en la tierra, y despiden tanta agua como reciben; y otras, sin recibir corriente alguna ni río, son nacimiento de muchos caudalosos ríos; y éstos reciben el agua por los arcauces ocultos de estos hidrofilacios.»

Reparó el del mechón que se le humedecían demasiado sus trapos, y medio espantado dijo: «¡Vive Dios, que llueve; pues ¿qué nubes puede haber debajo de la tierra?» «No se asusten vuestras mercedes—les dije á todos—de ver lluvia en estos abismos, que es muy natural. Estas aguas despiden de sí copia de vapores, el fuego las eleva y calienta, penetran las grutas frías de la tierra; y apenas han llegado á tocar á las piedras se endurecen dichos vapores, y entonces se deshacen en agua, como en muchas cuevas habrán visto vuestras mercedes, que sus petrosos techos se derraman algunas gotas,

á quienes el vulgo llama manantiales, y son sudores de aquel congelado humor. También hay truenos y relámpagos, y aún más fuertes que los que oímos en la tierra exterior; y es la causa de ellos este nitro y sulfur, que inflamado en sus cavernas forma estruendos y luces, del modo que veremos en el aire. Aquel, ya frío, ya caloroso viento que hemos sentido al entrar por las gargantas de estas cuevas nace de los espíritus salitrosos que se mueven y dilatan por la virtud del fuego. Estos espíritus corren por las entrañas y profundidades de este globo, hasta hallar puerta. Cuando la encuentran presto, como viene todavía el calor en aquellos espíritus, sale cálido el aire; y cuando se azota por entre las cuevas, deja lo más nitroso y ardiente, y sale por las gargantas más frío y más puro.»

Así, instruyéndolos en santa conversación, llegamos á las orillas de otra caverna llena de aire. «Válgame Dios—dijo el del mechón—, ¿por dónde habrá entrado este elemento aquí?» «De suerte—dije yo—que cuando de golpe vertemos agua en alguna piedra ó losa, sentimos aire; pues, precipitándose el mar con furia en esos hidrofiliacios, levanta aire, y éste es el que está encerrado en esta caverna. Éste sopla por secretos fuelles y canales en los hidrofiliacios y cavernas del fuego, y avivan la llama de unos y agitan el agua de los otros; y así facilitan el ascenso de las aguas á las fuentes y ríos; y esto se ve claramente en las cuevas y montes; pues, estimulado el aire, rompe impetuosamente por las primeras cisuras que encuentra; y á

estas profundidades llaman los filósofos «aerofilacios».

—Señores—dijo uno—, salgamos de aquí, que yo siento un calor á mis espaldas sin haber visto luz alguna; que creo que, si nos detenemos mucho, hemos de salir fritos.

—Ese fuego—dije yo—sale de esa otra caverna que se llama pirofilacio. Arrimense á este lado, les diré á vuestras mercedes lo que en sí encierra. Esa es la principal oficina donde se preparan y labran á fuego innumerables materiales que sirven para la producción de tantas sustancias como vemos. Este es un calor y ardentísima materia, sin luz, á manera del de la cal cuando le echan agua, pero de mayor actividad y fuerza; y el pabilo con que se mantiene es la misma tierra preparada. Como para la generación de estas sustancias, además del calor es precisa el agua, ésta se dispone en estos pirofilacios; y para que este fuego se conservase mejor, sabia la naturaleza, le tiene abiertas bocas y respiraderos en los montes y otras partes, por donde vierta sus llamas y desahogue sus humos; y estas llamas son los volcanes que vomitan fuego en Sicilia y en Nápoles; y como en lo más central de los montes están las minas de azufre, carbón y sal, con la mixtura de éstas se enciende este fuego subterráneo, y, ayudado del viento, que está en los aerofilacios, revienta en llamas con temblor ruidoso de la tierra, abriendo muchas veces nueva boca, por donde el fuego se introduce; y como las halla cargadas de estos ma-

teriales, apenas llega el fuego, cuando resolviéndolos, como la pólvora, forman nuevo desahogadero de sus llamas. Mas, porque comunicándose este fuego por algunos conductos á las minas de azufre, sal, etc., los convierte en viento; y como el viento no puede estar encerrado, busca su violencia por donde salir, y abre los fundamentos de los montes por las partes más superficiales. Ya, amigos, que he explicado á vuestras mercedes las partes más principales y más insignes cavidades de este orgánico cuerpo, vamos á su superficie, que ya con estas breves noticias podrá su buen discurso deducir otras consecuencias; y ahora, busquemos la más pronta boca por donde podamos volvernos.





JORNADA SEGUNDA

De la tierra y su estabilidad, y situación del agua y de sus vientos y meteoros y generaciones de lo vegetal y animal, y causas del flujo y reflujó y otras crecientes y menguantes del mar.

EN ceniciento carbón se iban transformando los torcidos trapos de la mecha, y, agonizando su llama, daba en su pausada moribunda luz nuevo horror en aquellas tinieblas; y mis amigos, queriendo atropellarse y correr, les detuve yo, diciendo:

—Vamos poco á poco, no suceda que pisemos en tierra falsa y superficial ó tropecemos en algún boquerón, que sea garganta de los tristes calabozos de los precitos; y para no ir á parar á sus lobregueses, es menester asentar el pie; que, aunque es lo común irse todos los hombres por sus pasos contados al infierno, es porque caminan á ciegas y sin guía. Yo vengo con vuestras mercedes, y no quisiera que, por su poco cuidado, se me desgraciase alguno, y se quedase á ser infeliz tizón de estas moradas.

A todos se les erizó el cabello; y uno más animoso, aunque zancajoso de pronunciación, dijo:

—¿Pues qué? ¿Está por aquí el Infierno?

—Sí—le dije—; pues ¿dónde ha de estar, sino en las entrañas de la tierra? Y aun allí hay sus cavernas destinadas á proporción de las culpas. Y en este lugar hondo sin fondo, tenebroso, de hedor incomparable y de insufrible ardor, padecen las almas de los que se apartaron, á su voluntad, de la divina. En estas entrañas está también el Limbo y el Purgatorio; de suerte, que la general situación y orden de estos calabozos es el que se sigue: Tierra y agua juntos, más abajo el Limbo. En éste hay tres estancias: la primera, aunque oscura, con mucha luz, que fué la que dejó Cristo, nuestro Bien, á los Santos Padres, que estaban en él; y estos son los infiernos á que bajó Cristo; la segunda estancia es habitación de los que, sin el santo bautismo, mueren en pecado original; la tercera es el Purgatorio; no del todo lóbrego, pues tienen viva esperanza de la gracia y de la gloria las almas que allí se purgan; y el lugar donde totalmente no hay esperanza es el de más abajo, donde están los perezosos; debajo de éstos, los vanagloriosos, lujuriosos, iracundos, avaros, soberbios; y en la más horrorosa y última mansión, los traidores.

De esta suerte hablando, yo y ellos caminando, con tal tiento como si pisaran por vidrios, salimos á ver la luz del Sol, muerta ya del todo la de los trapos, y nos hallamos en la superficie de la tierra, ignorando mis amigos el terrazo. Yo les dije:

—Esta tierra es Sicilia; esa rotura por donde hemos salido es una de las muchas que abre el fuego

subterráneo, que acabamos de ver. Y pues estamos á la orilla del mar, y hay nave á propósito que nos conduzca á los puertos de España, y vuestras mercedes han visto ahora y antes esta superficie de la tierra, y nos es preciso hablar de este agregado total de tierra y agua, fletemos, que dentro de la nave hablaremos de todo lo perteneciente á este globo total.

Dimonos á la vela, y prestándome su atención mis compatriotas, dije:

—Maravilloso es Dios en todo; pero en las obras de la naturaleza, sin duda resplandece á todas luces su poder. Dispuso su infalible sciencia esta cósmica máquina, en número, peso y medida, dándole la figura más perfecta, que es la redonda; y amasando con su divina mano los dos elementos de tierra y agua, hizo un perfectísimo globo; pues no hay parte de la tierra donde no hayamos visto agua, ni hay profundidad en el mar donde no se encuentre con la tierra. No pierde la figura de su esfericidad estas cuevas, eminencias y llanuras que hemos pasado; porque, respecto de un todo tan vasto, son de ninguna insensibilidad estas eminencias y quebraduras; y, aunque á la vista se oculte lo convexo, es porque los ojos descubren siempre una muy leve parte; y siendo bola de tal magnitud, oculta su globosidad al sentido. Es la prueba de ser rotundo este cuerpo, la positura de su situación en medio del Firmamento, y desde cualquier sitio de este globo descubrimos siempre medio cielo; y á no ser esférica esta máquina te-

rráquea, no pudiéramos desde cualquier lugar descubrir iguales semicírculos del cielo. En los eclipses de la Luna se registra mejor; porque siendo la sombra de la tierra la que le quita las prestadas luces del Sol, ésta circularmente se las encubre; conque siendo indubitable, según buena perspectiva, que el cuerpo opaco, herido del cuerpo luminoso, guarda en su sombra la figura de su cuerpo; luego, quitándole redondamente á la Luna sus luces, se sigue que sea también como su sombra esférica la tierra. Otras infinitas razones hay, que prueban nuestro intento; pero basten éstas. Poca consistencia tuviera la tierra si le faltara el riego y unión del agua; ni pudiera retener en sí los cuerpos sólidos, ni menos alimentar al reino vegetal; pues crece y se aumenta, después del beneficio del Sol, con las humedades del terrazo. Además de esta consistencia, está firme y estable; y aunque no han faltado filósofos que le dieron tres movimientos, además de los que padece con la violencia de los terremotos. Nicolás Copérnico puso dos movimientos: el uno anuo, como si fuese uno de los planetas, diciendo que se movía alrededor del Sol por la eclíptica, con el orden de los signos, desde Aries á Tauro, cumpliendo su revolución en espacio de un año, conservando lo paralelo de su eje en cualquier situación de la eclíptica. El otro movimiento que le dió era diurno, moviéndose sobre su centro, y con respecto á la equinoccial de Poniente á Levante, en espacio de veinticuatro horas. No hay duda que, aceptada como hipótesis

esta opinión, es maravillosa para conocer y explicar mejor los fenómenos de los cuerpos celestes; pero en darle real movimiento, nos oponemos á muchos lugares de la Sagrada Escritura, en donde se prueba el movimiento del Sol y estabilidad de la tierra; pues en el *Libro de los Reyes* (1) leemos: «*Reversus est Sol decem lineis per gradus, quos descenderat*», y en el *Eclesiastés* (2): «*Generatio praeterit, et generatio abit; terra autem in aeternum stat.*» Y más sensiblemente vemos moverse al Sol para sí solo, que á la tierra con nosotros; pues en un movimiento de veinticuatro horas, aunque su periferia sea de tan insigne magnitud, algo habíamos de sentir. Contiene, pues, este agregado de tierra y agua partes flojas y débiles, sustancia lapídea y montuosa; así lo dispuso el soberano Autor, para que dicha sustancia sirviese de escudo y trabazón á la fábrica de este globo; pues sin esta defensa, el repetido flujo y reflujo del mar sacara de su lugar la tierra más floja; y sorbiendo su furia estas partículas, dejaría sin habitantes el globo. Los montes sirven para defender estas partes débiles y superficiales; pues quebrándose en su región la furia de los vientos, deja mantener en sus sitios estas porciones más flojas, y también sirven para que el agua salitrosa del mar, azotada en sus cumbres y arrastrada por sus cuevas, dejando en ellas la salitrosa piel, se nos contribuya

(1) Cap. XX.

(2) Cap. I.

dulce y potable, para general beneficio de los vivientes.

Así les explicaba mi cariño, cuando uno, que había hablado bien poco en todo el camino, me cortó el hilo, y dijo:

—Señor astrólogo, vamos enmendando tanta prosa como vuestra merced gasta, y juntemos y atemos cabos. ¿De modo, que esta tierra, que poco ha pisamos, es un globo total de tierra y agua? Éste es firme y estable; ¿y desde cualquier situación de este globo que nos pongamos hemos de descubrir medio cielo? ¿La tierra se compone de sustancia petrosa, débil y montuosa? ¿No es así?

—Esta es mi opinión—le respondí.

—Repítolo—repitió él—; porque á nosotros sólo se nos han de quedar estos generales principios.

—Prosiga vuestra merced, señor astrólogo—dijo otro—, que nos los dice con tanta claridad, que aunque hay sujeto dentro del vaso, que no saben á *musa*, *musae*, todos lo entienden; y sin sentir los va vuestra merced vistiendo de filósofos.

—Vamos adelante, que el tiempo es breve. Consta, por las navegaciones, que enteramente han dado vuelta al orbe terrestre, dividirse todo él en dos continentes ó partes de tierra firme. El uno comprende toda la parte polar ártica y las cuatro partes principales del mundo, Europa, Asia, África y América; y la otra parte, ó continente, incluye toda la tierra meridional incógnita; y hace la separación de estas partes ó continentes, el Océano que media entre una y otra. El continente que incluye

la tierra meridional es incógnito; pues sólo se saben algunas costas, y se duda si consta de muchas islas ó ser todo tierra firme. Las costas que hoy están descubiertas son: la Nueva Holanda; la Guinea, que está en derecho de las Molucas; la Nueva Zelandia y Tierra de Sancti-Spiritus. El otro continente contiene todas las cuatro partes del mundo. La Europa tiene de extensión, de Poniente á Levante, mil y cincuenta leguas; y desde el Mediodía al Septentrión, se extiende seiscientas y cuarenta y nueve. Por el Septentrión termina en el mar helado; por el Poniente con el mar Atlántico; por el Mediodía en el Estrecho de Gibraltar; por el Oriente en el mar Egeo. Las mayores y principales provincias, fuera de sus islas, son catorce: España, Francia, Italia, Alemania, Países Bajos, Polonia, Hungría el Ilírico, la Romanía, Bulgaria, Servia, Tartaria menor, Moscovia, Moldavia, Valaquia y Escandinavia. Asia tiene de longitud dos mil leguas, y de latitud mil y cuatrocientas. Por el Oriente termina en el Océano Índico; por Poniente en el mar Bermejo; por el Septentrión en el mar de Tartaria. Divídese en cinco partes principales, que son: Tartaria, China, India oriental, Persia y Turquía. África tiene de largo mil doscientas y treinta leguas, de ancho mil ciento y cuarenta. Termina por el Septentrión en el mar Mediterráneo; por el Poniente en el Océano Atlántico; por Mediodía en el Índico, y por Levante en el mar Bermejo. Divídese en siete partes principales: Egipto, Berbería, Biledulgerid, Sarra, Nigrícia, Guinea y Etiopía.

América se divide en dos partes: en meridional y septentrional; la meridional es una península que tiene del Septentrión al Mediodía mil ciento y cuarenta leguas, y de Levante á Poniente novecientas y treinta. Divídese en ocho partes principales: Perú, Paraguay, Tucumán, Chile, Tierra Magallánica, Tierra Firme, Brasil y región de las Amazonas. La América septentrional tiene de largo mil y cien leguas, de ancho ochocientas; su término al Septentrión no está descubierto. Divídese en cinco partes: Nueva España, Nueva Méjico, Virginia, Florida y Canadá. Además de esto, se cuentan en la tierra infinitas islas, cabos, promontorios, etc., que el detenernos á contarlas era proceder sin fin; baste esta general noticia del globo y sus divisiones.

»El agua es solamente una, y por consiguiente hay sólo un mar con distintos nombres, que le dan por las costas donde corre. Es, pues, el mar un espacioso vaso donde se desaguaban las aguas sublu-
nares; estaban antes todas las aguas sobre la tierra, ocupando su superficie, y al mandato de su eterno Criador, *Congregantur aquae in unum locum*, obediente su curso se dirigió á llenar las profundidades y cavernas, que sirvieron para la formación de los montes, y al irse desguazando el agua (con la presteza que se puede discurrir) iba dejando áspera y desigual la superficie y redondez de la tierra, no destruyendo (como dije antes del todo su figura). Al separarse y desunirse estas aguas, unas á una parte y otras á diversas, dejaron formados

tan vastos mares como vemos. Comunicanse estas aguas, unas con otras, en perpetua circulación, por los estrechos, como se unen por Gibraltar el Mediterráneo y el Océano, y por los ocultos conductos que acabamos de ver en las entrañas de la tierra; que á no verterse algunos mares y á no tener éstos desagüaderos al globo interior de la tierra, sin duda la inundaran. De los varios movimientos que hemos visto en el mar, lo que ha que vamos flotando sobre sus olas, unos provienen de causa interna, y otros de externa. Cuando corren vientos encontrados que alborotan el mar en olas, y éstas forman grandes remolinos, este movimiento que procede de causa externa se llama vertiginoso. Otro hay también así llamado; pero éste procede de entrar aguas y volverse á introducir por las roturas y bocas que vimos en las profundidades; y estos son los más peligrosos remolinos, y de los que con tanto cuidado procuran guardarse los náuticos. Cuando el Sol resuelve en vapores copia de aguas de la tórrida zona, como en dicha zona es más fuerte el calor y actividad, enflaquece sus olas, con que las aguas, que están al Ártico y Antártico se mueven, y llegan á llenar aquel vacío de la tórrida zona; y á este movimiento llaman Nottobóreo. Cuando el Sol camina de Levante á Poniente, disminuye las aguas hacia el Poniente, y van caminando á llenar los vacíos del Levante; á este camino ó movimiento llaman los náuticos Eurocefireo. Y en fin, estas corrientes y remolinos de las aguas, unos los forma el viento, que de una

y otra parte las agita; otros nacen del movimiento de Levante á Poniente; otros, de la concavidad ó convexidad de los suelos y fondos del mar; y comunicándose, como hemos visto, estas aguas, ya por estrechos, ya por roturas, para esta comunicación es preciso el movimiento, y éste será vario, según la disposición del profundo de los mares; el más grave, más sensible y más continuado movimiento que experimentamos en las aguas del mar es el flujo y reflujo. La causa de éste, dicen los más de los filósofos, que es la Luna; porque al movimiento diurno y menstruo de este planeta siguen las crecientes y menguantes, ó el flujo y reflujo de las aguas, como nos lo dice la experiencia; de suerte, que cumple la Luna su movimiento menstruo en un mes. En este tiempo cumple su revolución y hace todos sus aspectos; y en la conjunción y aposición que hace en este mes sinódico, suceden los mayores crecientes y menguantes, y en los cuartos, ó aspectos cuadros, los menores; con que es cierto ser la Luna la que causa este flujo y reflujo del mar. En el modo, cómo lo causa, han variado mucho los filósofos y astrónomos. Pero el más racional sentir y el más seguido es el que voy á decir á vuestras mercedes. Es la Luna un cuerpo opaco y húmedo, y parecido (como veremos después) en las cualidades á este elemental mundo, por su vecindad y por su ser; su influjo hace la más grave impresión en las partes nitrosas y sulfúreas, dilata y extiende con su influencia estas porciones salitrosas y sulfúreas, de que abundan las aguas del mar; y de esta dilatación y her-

vor en los corpúsculos nitrosos se sigue el movimiento; con que, cuando perpendicularmente vierte sus rayos hace la mayor extensión de corpúsculos, y entonces la mayor creciente, cuando hiere de cuadrado la menor; y así en espacio de veinticuatro horas suben por dos veces y vuelven á bajar las aguas, continuando siempre este movimiento.

Compónese esta agua del mar de átomos, partículas ó corpúsculos sulfúreos, crasos y salitrosos, y de otros átomos más sutiles, fluxibles y dulces; y penetrándose y torciéndose unos cuerpecillos con otros hacen las aguas salobres, mordicantes y nada apetecibles para el gusto. El calor del Sol es el que dispone en el agua estas partes; porque con su influencia y rayos continuamente está recociendo y levantando en vapores las partes más sutiles; y como éstas son más raras que las de la sal, elevanse aquéllas al aire, y éstas, quedándose en el agua, la hacen más salobre. Consta por experiencia por qué en la tórrida zona y en el verano están más sulfúreas estas aguas, y es, porque en este tiempo, y en aquella zona, es cuando el Sol vierte su mayor actividad, fuerza y luz.

Dije á mis amigos:

—He reparado que á vuestras mercedes no se les ofrece razón de dudar, y ha rato que callan.

—Nosotros—dijeron—entendemos poco ó nada de esto; y así en esta buena fe le creemos á vuestra merced lo que nos dice; demás, que fuera salirnos del intento mezclar impertinentes disputas.

—Divídese, pues, el mar (ya que vuestras mer-

cedes no tienen réplicas que poner á esta doctrina)—dije yo—, en otros mares, ríos y fuentes. El Océano circuye y abraza toda la tierra por varias partes, y se reparte á formar otros océanos, senos y estrechos.

»El primero es el Océano Atlántico, entre las costas occidentales de África y Europa y las orientales de la América; llámase mar del Norte. El segundo es el mar Pacífico ó del Sur. Contiénese entre las costas occidentales de la América y Asia. El tercero es el Hiperbóreo, cerca del Ártico. El cuarto hacia la tierra incógnita, llámase Océano Austral. Cuando el mar entra en la tierra forma unos senos, ya máximos, ya menores, ya grandes. I. El mar Mediterráneo recibe las aguas del Océano; y además de este seno, consta de otros menores que son noventa y seis, y recibe muchos ríos, además de los dos principales: Nilo y Danubio. II. El seno Mejicano es formado del Océano Atlántico, y desaguan en él muchos ríos. III. El mar Báltico, ó Codano, contiene en sí al Fídnico y Livónico. IV. El seno Índico, y éste forma al Pérsico, recibe algunos ríos. V. El seno Gangético, y en éste desagua el Ganges y otros ríos. VI. El seno Lanchidot, procede del mar Índico. VII. El seno Hudson nace del Océano Septentrional. VIII. El seno Davis, en la tierra Ártica.

»Los senos más pequeños son: I. El mar Bermejo. II. El Ponto Euxino. III. El Pérsico.

»Los menores, son: I. El seno Bótnico. II. El Fídnico. III. El mar Adriático. IV. El seno de Na-

quín. V. El mar Blanco. VI. El golfo Dulce. VII. El de Panamá. VIII. El de Berín.

•Otros senos hay infinitos, que por pequeños no los refiero, ni todos tienen nombre. Los estrechos de mar son catorce: el de California, Magallanes, Maire, Manilas, Gibraltar, Báltico, Aden, Hudson, Davis, Cales, Bósforo, Cimerio, Helesponto y el Mamertino.

Todos divertidos, ellos en oír y yo en hablar, cuando menos discurremos nos hallamos en el puerto de Cádiz. Allí besamos la amada tierra; pero mis amigos, con tanta furia, que se la querían comer. No me maravillo, porque pasaron fieros sustos, así en los horrendos calabozos del Abismo, como por las furiosas olas del mar.

—Ya que, gracias á Dios, hemos llegado á ver la tierra, vamos—les dije yo—averigüando las generaciones destes vegetables y sensitivos que produce, mantiene y abriga, como universal madre. En esta superficie de la tierra se mantienen estas vegetativas y sensitivas plantas; las vegetativas reciben el alimento y suco nutricio por sus troncos y raíces. Tres diferencias hay de estas plantas: herbales, arbales y plantales. Las herbales son un género vegetal, cuya vida no la guarda la tierra mas que un año; porque secas después sus hojas, y vertida en la tierra su simiente, vuelve á propagarlas la naturaleza por putrefacción. Las arbales son las mayores, y éstas por sólidas raíces en troncos y ramas, se extienden y conservan por muchos años en la tierra. Las plantales son un medio entre

las dos; mayores que las hierbas y menores que los árboles. Toman la forma de unos y otros; pero mueren más presto que los árboles. La generación de éstas es su determinada semilla, y aunque algunos filósofos han dicho que muchas hierbas han producido en esta semilla, atribuyendo al putre su generación, otros al Cielo y al Sol, y otros inmediatamente á Dios; con todo eso no hay hierba alguna que no nazca de su semilla, que, ó por casualidad se derramó, ó porque desde el principio del mundo estaba oculta en la tierra, ó entre las partículas de los demás elementos; porque la tierra tiene en sí la virtud de engendrar, y esta virtud es lo mismo que el semen de la planta. El motivo de estas no conocidas generaciones es, que quemada la tierra, ó calcinada con copiosas lluvias, engendra muchas plantas; porque en fuerza del calor, aquellas sales ó semillas ocultas salen de sus cárceles y laxándose los poros, su humor vertido sube fácilmente, y humedeciéndolas las prepara y dispone. Después de algunas grandes inundaciones de ríos se ven salir nuevas plantas en la tierra, porque trayendo la corriente porción de sales seminales; después de retiradas las aguas, crecen y se aumentan en la tierra. En los tejados vemos á veces algunas plantas; y es la razón, que las lluvias vienen mixtas con estas sales, y en cualquier porción térrea prorrumpen en plantas. Maravillosa es la organización de cada vegetable; pues en el menor se contienen varios conductos, donde cuecen, filtran y percolan el suco nutritivo que por sus raíces reciben de la

tierra madre, distribuyéndolo después con singular circulación por su médula, leño, tronco, hojas, flores y corteza, que estas son las partes más principales de que consta el vegetable. Digna es esta república de toda consideración y estudio; pero compendiar sólo sus secretos, naturaleza y virtudes era intentar lo infinito; conténtense vuestras mercedes con estas escasas noticias, y el que curioso se quisiere dedicar á saber esta maravillosa estructura, lea á Julio César, Scaligero, Laguna, Malpygio y otros.

» Los animales son los que moviéndose por sí, toman el nutrimento por la boca. Tres son los movimientos que tienen, según los químicos, corruptivo, generante y animante, á quienes los filósofos llamaran movimiento *per se* ó *per accidens*. El movimiento *per se*, es el natural; es el que tiene el animal por sí, como el del primer móvil ó zodiaco. El *per accidens*, es causado de la generación ó corrupción. Sólo el hombre tiene un movimiento más, y éste es perpetuo y continuo, que es el del alma racional. Tres son las diferencias de animales: reptiles en la tierra, volátiles en el aire y nadadores en el agua. La generación de los animales, comúnmente la dividen los filósofos en ovípara y vivípara; llaman ovíparas aquellos animales que primero conciben un huevo y después lo paren; y con el incubito de la madre, ó con otro calor ó fomento se engendra el animal, y pasando cierto término de días, rota la corteza del huevo, sale el animal. Los vivíparas son los que dentro de sí conciben y crían

al animal, y después de crecido, á determinado tiempo sale á gozar la luz. Todos los animales se engendran de dispuesto semen, que éste es un cuerpo orgánico, en el cual, como en un breve compendio, está el orden y figura del animal. Pero mi sentir es que no hay animal alguno en la tierra cuya generación no sea del huevo. La diferencia que hay es que las ovíparas engendran el huevo y lo paren; y con el exterior fomento crían el animal, y las vivíparas le conciben dentro; pero sin parirle, en su clausura y vientre se rompe; y empezando por la generación del hombre, lo mismo que diga de ésta, deberán vuestras mercedes entender de las demás. Kerkeringio, en su *Tratado anatómico*, hablando de la generación del hombre, dice: «*In ovo hominum non minus, quam avium reperiri prima incunabula; ex ovo enim homo producitur.*» Dice, pues, que se hallan estos huevos en los testículos de la hembra, no sólo de aquellas que, por el uso de la conjunción, están fecundadas, sino también de las doncellas, del mismo modo que las gallinas que ponen los huevos. Afírmalo la sagacidad de Falopio en sus *Observaciones*, cuando dice: «*Vidi quidem in ipsis quadam veluti vesicas aquae, vel humore aqueo alias luteo, alias vero limido turgentes.*» El uso de estos huevos para la generación y cómo se disponen, lo trae el doctísimo Tomás Wartano, al capítulo treinta y tres de su *Adenografía*. Pero, aunque sea largo, lo diré, porque es precisa esta digresión. El semen del varón, guiado por las tubas falopianas, llega á los testículos, y allí con el huevo

(del mismo modo que las demás ovíparas) se junta; y el huevo así fecundado pasa al útero por el vaso eyaculatorio; y en espacio de dos ó tres días crece y se pone del tamaño de una cereza negra, y así va creciendo. Han notado los nuevos anatómicos que las vírgenes y las casadas muchísimas veces arrojan y despiden con la sangre menstrual, ó cuando se sienten acosadas de la lujuria, insensiblemente estos huevos, que no guardan la rotundidad, porque son laxos y suaves; pero tratándolos y manoseándolos se atientan; y es una membrana que no puede ser semen, porque es demasiado de duro, ni otra cosa. Esto no se opone á la generación en común, que es producir *ex praesupposito subiecto*, sea el semen por sí solo la sustancia de la cual próximamente se engendra el feto, animal, ó sea humor contenido en los testículos, siempre es precisa la conjunción de macho y la hembra. Las serpientes y los peces del mismo modo se forman en el huevo, el cual, ayudado del calor, echa de sí nueva serpiente y nuevo pez, porque sepultándolos en lo interior de la tierra, y cubriéndolos, á manera de un horno, el mismo aliento caliente de la tierra los incuba y va dando vida, por no poder dichos animales dar calor á sus huevos. Pero en los peces, cuando las hembras sacan á luz sus huevos, el macho los riega, humedece y fecunda, habiendo precedido antes el coito. Los animales cuya generación es el putre de la tierra también echan sus huevos, siendo incubados, ya por porciones pútridas, ya por sus madres; pues ¿quién duda que,

echando sus huevos un viviente tan abreviado como la hormiga, tengan la misma ovaria generación los demás animales?

»Baste esto por breve noticia, y aunque esto no es del asunto para las impresiones del aire, como son entes que nos los hallamos en el camino, me pareció útil dar á vuestras mercedes noticia de ellos, y más cuando vuestras mercedes vienen sólo á ver el mundo, y ahora vamos caminando, que esto sólo ha sido un paseito por la superficie.





JORNADA TERCERA

Del aire, del fuego, de las lluvias, granizo, nieve, rocío, truenos y relámpagos, y los demás meteoros é impresiones en una y otra región.

SI otro me contara semejante sueño, lo tuviera por imposible, porque en un cuerpo no pueden haber tan encontradas cualidades que de un instante á otro elevasen al cerebro tantas materias, dispuestas á tales locuras. Unas veces atemorizando la fantasía en las lúgubres profundidades de la tierra, otras veces alegre, registrando las vidas y generaciones del mundo, y ahora sutil, leve y pronta para subir por esos aires; no hubo humor en mi cuerpo que con pródiga demasía no ejercitase su abundancia y ministrase de sus copias nuevas fantasmas al pensamiento. ¡Yo no sé qué narcótico, qué beleño ó qué almendrada (gastando yo para mi sustento un guisado de vaca muerta, con que doy lo preciso al estómago, y á Dios las gracias) se apoderó ó levantó á mi fantasía tan raros humos y sales! En fin, con este sosiego, ligados todos los sentidos exteriores y sin movimiento el más mínimo, llevándome detrás á mis compatriotas, me subí

á esos aires; y pareciéndome que era ya dueño de sus esferas, empecé á decir en esta forma:

—Toda la concavidad del firmamento y cielo cristalino está lleno de unos cuerpos ó átomos purísimos y sutiles, á quienes llaman los filósofos «éter»; y esta materia ni es grave ni es leve. En todo este espacio fué colocando el Autor soberano todos estos globos que vuestras mercedes ven; como esas estrellas y este globo terráqueo que pisamos; estos globos despiden de sí gran copia de hálitos y vapores, que componen la esfera vaporosa; con que el aire es solamente un agregado de hálitos y vapores levantados de la tierra y unidos con el éter, á que concurre el mar vertiendo de sí una sustancia tenue y espirituosa. Divídese el aire en tres regiones. Subamos á verlas.

—Imposible será—dijo uno.

—Los astrólogos somos medio brujos. Agárrense á mí—les dije; y á mi parecer nos subimos á especular sus fenómenos á esas regiones.

Todo esto persuade la locura de un sueño. Llegamos á la infinita región del aire, y eran los vapores de aquella esfera tan crasos y pesados que cuasi no podíamos romper.

—Estos vapores, amigos míos—les dije—, son unos cuerpos térreos y ácueos, entretejidos, que por demasiado pesados no han podido subir á la región media y se han quedado en esta infima región. De éstos se forman la niebla y el sereno; y al tiempo de deshacerse, por lo cargadas que están estas partículas de agua, humedecen demasiado la

tierra. Originanse y fórmanse muchas veces de las lagunas y lugares pantanosos, siendo el ardor del Sol el que disuelve la unión de partículas, y aquel humor áqueo cae sobre la tierra. Algunas veces, por adquirir mayor levedad, se suben la región más arriba. El motivo de formarse tan presto la niebla es, que como va compuesta de vapores crasos de las lagunas ó ríos, éstos forman una nube que sirve de fermento á la niebla, y apenas siente un moderado calor, cuando se extiende por el aire. El sereno es un humor que baja á la tierra después de puesto el Sol. Éste se engendra de unos tenuísimos átomos de humor áqueo, que apenas falta el calor del Sol, cuando, condensándose en visibles gotas, se deshace sobre la tierra. En el verano, como el aire está más caldeado del Sol, estorba la formación suya. En esta ínfima región se engendra también el rocío, que es un vapor sutil. Con la frialdad de la noche se cuaja en menudas gotas, y éstas, cayendo á la tierra, humedecen las hierbas, y uniéndose unas gotas á otras se forman sobre las plantas á manera de perlas. Levántase dicho vapor sutil de los ríos y lugares húmedos. De este mismo vapor sutil se forma la escarcha. De suerte que, cayendo estos vapores sobre las plantas, así se hielan, y la frialdad los convierte en escarcha. Llegamos á la media región del aire, y uno de mis amigos dijo:

—Parece que hemos subido algo más.

—Sí—le respondí—; ya estamos en la media región del aire. Aquí, pues, se forma la lluvia, la

nieve y el granizo, truenos, relámpagos y rayos, y otros infinitos meteoros igneos, causados de la veindad del fuego, que en mí sentir es lo mismo que la suprema del aire; y así por esto, como por no calentarnos demasiado, trataremos desta región media, de la del fuego, y sea primero de la lluvia.

»La actividad del fuego subterráneo resuelve en vapores gran copia de agua, de la que vimos en los conductos é hidrofiliacios de la tierra. Mixtos estos vapores, con los que se elevan de las aguas, y otros del cuerpo terráqueo, juntan y unen entre sí, ya la frialdad de esta región, ya los vientos, aquellas partículas vaporosas de las nubes; sepáranse las partículas ácueas por agitación del aire; deshácense, y en gotas bajan á la tierra; y ya convertidas en lluvia las partículas ácueas, quedan en el aire aquellas más crasas y salitrosas que no pueden servir para lluvias, y quedan unas nubes que sólo sirven para materia de los vientos. La lluvia descende á la tierra en menudas gotas como polvo, procede de nubes muy poco crasas y muy cercanas á la tierra, y ésta se llama *estilicidio*. Otra, cuyas gotas son de mediano tamaño, se llaman *imber*; y *nimbo* llaman á la que con fuerte furia se desguaza en la tierra. Esta nube, pues, que se deshace en agua es materia también de la nieve. De suerte que, antes que se desate y resuelva en lluvia, llega el viento frío y la condensa y aprieta en su región; y así apretada, como tiene mayor peso que el aire, no se puede mantener aquí y baja en nieve á la tierra. El motivo de tomar aquella forma

de copos, como de algodón, es, que como la nube se compone de aquellas partículas áceas mezcladas con las más térreas y prolongadas, á manera de hilos, las partículas áceas, por la frialdad, se convierten en globos sutiles, y éstos, atados con los corpúsculos térreos, todas unidas y heladas, caen como lana, y esta es la nieve. La causa de formarse redondas estas partes de nieve es porque el aire con su virtud la aprieta por todas partes hacia un punto. Y el motivo de derretirse tan presto, luego que baja á la tierra, es porque en su débil textura se hallan muchos y grandes poros. Por éstos se introduce el aire y el agua, y con facilidad la dividen y deshacen. De esta misma materia y nube de la lluvia se forma el granizo, pues éste no es otra cosa que lluvia helada en el aire. Resuélvese esta nube en apretada lluvia, y sus gotas se endurecen y congelan antes de bajar á la tierra. Júntase á esta nube porción oleaginosa y partes nitrosas, mezcladas con sulfur y fuego; y á esta materia condensada la agitan y mueven varios vientos, y la nube con la agitación se remolina y revuelve en sí, y se va uniendo más; y aquellas partes de sulfur y fuego la resuelven en llama; y al salir de la nube, forman los relámpagos; y separadas ya las partes fogosas, lo remanente de la nube queda más proporcionado para ser agua, y hasta congelarse en piedra y granizo. Heladas por la frialdad de la región, estas partes son combatidas de opuestos vientos que las levantan en remolinos, y encontrándose unas con otras, se abren y se oye aquel

estruendo, que es el anuncio de la piedra. De esta agitación se sigue que, tropezándose unas partículas con otras heladas, se unen y se hacen mayores, bajando á la tierra con la violencia que vemos. La causa principal de helarse el agua son los espíritus nitrosos del aire, que, penetrándose por el agua, la vuelven en hielo. La razón por que estas nubes, aunque consten de humores salitrosos, no se convierten primero en nieve que en agua, es porque además de las partes que las componen, se le juntan otros corpúsculos ígneos, y éstos impiden la inmediata coagulación de las nubes en nieve; y así primero se separan las partículas ígneas, formando los relámpagos, y después se resuelven en agua, y unidas las partes nitrosas y coagulantes, forman el granizo y la piedra.

»La formación de los truenos y relámpagos es más dificultosa de comprender y explicar, porque son necesarios otros secretos naturales para su inteligencia; pero con la claridad que pueda me explicaré, de modo que vuestras mercedes me entiendan. Aquellos materiales sulfúreos, ácueos y oleaginosos que vimos poco rato ha en las profundas cavidades de la tierra, por el fuego subterráneo, ayudadas del viento, penetran los poros y simas de la tierra, y se elevan á esta media región del aire, donde se coagulan en opacas nubes, que con su triste color causan notable espanto. Éstas, con la agitación de contrarios vientos, se arremolinan y comprimen, y arrimándosele muchas partes ígneas, éstas, segregándose de las demás, salen con pronto

movimiento y forman en el aire una violenta llama, que es el relámpago. Con el fuego de éste, se mueven y extienden las partes nitrosas de la nube, con cuyo pronto movimiento, se divide con violencia el aire; y el ruido que hace el aire al romperse es el trueno, y juntamente aquellas partículas ácueas se vuelven á unir, y convierten y resuelven en lluvia, y á veces en granizo; y de este modo se resuelve esta nube, que hemos dicho. Explicome más. Su materia son los humos, exhalaciones sulfúreas, sutiles y fáciles de encenderse. Éstas, mezcladas con otras térreas y ácueas, componen la nube; y ésta, agitada por los vientos, se comprime de suerte que gran cantidad de los átomos sutiles sulfúreos é igneos se juntan á un lugar. Éstas, unidas, se desatan y apartan de las demás que componen la nube, y salen con violencia siguiendo la violencia de los vientos y forman la llama; y su trémulo movimiento mueve las partes etéreas, y se hace visible, llenando de luz los horizontes.

—Estamos enterados de esta formación; pero dudamos, y á lo menos yo—dijo el del mechón, que era el más agudo—, ¿quién aplica el fuego á esa materia de sulfur de que se compone la nube?

—Voy á decir—repetí yo—. De modo, que ya vieron vuestras mercedes en las cavernas del fuego una materia de fuego, pero sin luz; pues, de esta materia más refinada y resuelta en espíritus, se eleva (como hemos dicho) á esta media región. Estos espíritus, resueltos con la fuerza de los vientos, apenas se mezclan y frican con sus contrarios, se

sigue la separación del sulfur, y entonces se concibe el fuego, y forma llama repentina, que es el relámpago.

» El trueno no es otra cosa que una violenta fracción del aire. Esta fracción se hace por una fuerza ó impetu que de un lugar impele el aire hacia todas partes, de que se sigue su conmoción hasta dilatada distancia. La nube tonitruosa es un agregado de muchas partes salnitrosas é igneas, mezcladas con otras que las cavernas subterráneas despidieron para la formación de este espantoso meteoro. Encendidas las partes sulfúreas del relámpago, apenas los cuerpos nitrosos participan la llama, se extienden, y con notable violencia dividen y rompen el aire, haciéndole temblar hasta nuestros oídos, que participando su impresión, sienten ruido, que es el trueno. La materia que hemos dicho de los relámpagos es la misma que la de los rayos; pero la de éstos es más pingüe y pesada. Distingúense en que el rayo es un fuego de mayor duración y más pesadez, pues muchas veces baja á la tierra; pero el relámpago tiene sólo una llama tenue y de menor duración; pero la materia de uno y otro constan [de materia sulfúrea. Para adquirir la pesadez, que hemos dicho á los rayos, se le juntan varios espíritus subterráneos, como son azufre, oro, antimonio, arsénico y nitro; y éstos, apretados en la nube y agitados del viento, se encienden; y esta materia encendida forma una impetuosa llama, que es el rayo; y como es más pesado que el aire, no se puede mantener en él; y ayudado de los soplos del

viento, corre ya oblicuo ó ya directo, arruinando cuanto encuentra, siendo tan poderosa su llama y tan eficaz la virtud de su fuego, que penetra edificios, derrite metales y calcina piedras. El motivo de rajarse el rayo á la tierra y no subir como fuego á buscar su centro, es, que porque la violencia del viento impele al rayo aquella parte donde va la línea de sus soplos; lo otro, porque su materia es más pesada y más depurada que el oro, y á esta materia se llama fulminante; compónese de aceite, sal amoníaco, sal tarrero y otros ingredientes que vimos en el globo subterráneo; y á la nube que se le arruinan semejantes materias, necesariamente ha de arrojar formidables rayos y espantosos truenos. Lo mismo que hemos dicho del rayo, se debe entender en la centella; sólo que los más de los filósofos dicen que en la circunferencia de su llama contiene una piedra llamada *tellum*. De los colores de estas nubes se conocen y pronostican sus relámpagos y truenos; y así, si la nube es negra, se rompe en fuertes truenos, porque lo negro es señal de lo denso y de contener mucha materia sulfúrea. La nube roja se deshace en mayores truenos que la negra, por abundar de partes más nitrosas. La nube verde, con algunos cabos rojos, es más peligrosa, porque su color indica estar llena de materia oleaginosa, pingüe y térrea, y gran cantidad de espíritus de azufre y oro, y las nubes que tienen tal mixtura son taller donde se forjan muchos rayos y centellas, y por ser materias pesadas caen á hacer su ruina en la tierra. La nube blanca no es

de naturaleza maligna, por constar de partes poco térreas; si á la nube negra ó verde se le añaden nubecillas blancas ó cenicientas, es señal de que lleva consigo granizo ó piedra. Además de estos meteoros, son infinitos los de fuego que se forman en el aire. Fórmanse de exhalaciones cálidas y secas con porciones del sulfur, en unos meteoros más sutiles, y en otros más crasos; esta materia se inflama y enciende como la de los relámpagos, y así encendida se hace visible en el aire, y dura hasta que se consumen las porciones del sulfur; se dejan ver estas impresiones en el aire, en varias figuras; fingense dragones, estrellas nuevas; y otras veces hacen pirámides de fuego, erigen edificios y otras infinitas apariencias, que atemorizan y asustan á los habitantes de la tierra. Éstas se aparecen pocas veces, porque las nubes recogen para sí estas materias untuosas, oleaginosas y sulfúreas; y cuando se rompe la nube, las enciende y disipa. Las impresiones más conocidas en esta media región son las de los cometas; y aunque hay variedad con los filósofos dónde sea su formación; pues unos dicen que están sobre la Luna en la región etérea; otros, que es una unión el cuerpo del cometa de muchas estrellas errantes; otros, y entre ellos Cartesio, sienten que los cometas, aunque aparecen de nuevo, no se forman de nuevo; porque unos son planetas extraordinarios, criados desde el principio del mundo, los cuales con movimientos propios se mueven tan altos, que no se pueden descubrir desde la tierra, sino es algunas veces, que bajando se acer-

can á ella, y después se vuelven á subir; pero mi sentir es el que diré á vuestras mercedes.

•El Sol y los demás cuerpos celestes segregan de los dos elementos de tierra y agua cierta naturaleza fumosa, caliente y seca, con parte de humedad; y ésta, por virtud de los astros y el fuego y aire subterráneo, es atraída á la suprema región del aire, ó primera del fuego, cuyas partes elevadas y vencidas por el calor y sequedad, fácilmente conmistas y agitadas, y según la cantidad de materia y diversidad de los colores, tiene diversos nombres, se predicen sus efectos y se conoce su duración. Todos los filósofos sienten y pronostican por extremos del mal de los cometas; porque en la elevación, la copia de exhalaciones calientes y secas chupan lo pingüe de la tierra, consumen la humedad que la fertiliza y la dejan estéril; y como dice Liconiense, es una materia separada de las cosas complexionadas por acción de los cuerpos celestes; y con esta separación quedan mal acondicionadas y enfermas. Extrae al mismo tiempo en el hombre el húmido radical; y como en éste se funda y consiste el humor y la templanza natural, causa sequedades, y en éstas envueltas las pasiones y afectos de esta misma cualidad; enciende la ira, de que resultan disensiones, pleitos, guerras; impresiona é inficiona el aire, que ocasiona enfermedades, pestes, hambres, carestías, mudanzas de reinos y otras cosas; y en fin, el cometa nunca puede ocasionar nada bueno, porque, impresionado el aire con sus malignas cualidades, éstas, una vez

encendidas en el aire, como el cielo no es capaz de estas peregrinas impresiones, es preciso que desciendan á la tierra; y éstas inficionan á todo el reino animal y vegetable; porque como todas viven de él, é *in tantum vivimus in quantum respiramus*. Cuando el aire no es puro, es preciso que su impresión, como pestifera, cause semejantes malignidades. No faltan astrónomos que dicen que el cometa, en cuanto ataja mayores daños, es de utilidad. Fúndanse en decir, que luego que la tierra empieza á exhalar aquellos alientos corrompidos y pestilentes, como éstos son nocivos á todo lo vegetable y elementado, y que á no tener esta inflamación á la última región del aire, todo lo inficionara: *Nam per inflammationem fumi sublatis consumuntur qui alioquin sua putritudine omnia inficerent*. El príncipe de los astrólogos, Ptolomeo, pone veintitrés géneros de cometas; pero sólo nombra nueve: Al primero llama *Asub*; al segundo *Cenáculum* ó *Tenaculum Pertica*, *Miles*, *Dominus*, *Ascone*, *Matutina Aurora*, *Argenteus*, *Rosa* y *Nigra*. Los cuatro primeros, dice, que no se distinguen de las estrellas; los otros cinco tienen diversas figuras, y en opinión de este príncipe, todos significan terrores, inundaciones, terremotos y otros malos acontecimientos. Los cometas, cuando se forman en la exaltación de la Luna, dice Alfrater, que es causado por planetas superiores; y es estrella clara, grande y redonda, que llaman *Argenteus*, y en exaltación de Mercurio, es más pequeña, de color de cielo, con cola; y á ésta es la que llaman *Dominus Ascone*;

en exaltación de Venus, es hermosa, y se dice *Miles*; en exaltación del Sol, ó su opuesto, es de color de oro, y tiene figura de rostro humano, y se llama *Rosa*; en exaltación de Marte, ó su opuesto, es estrella pequeña, rubia y con cola, levantada hacia arriba, y ésta es la *Matutina Aurora*; en exaltación de Júpiter, ó su opuesto, es estrella como levantada en una pirámide ignea; llámase *Columna* ó *Tenaculum*; en exaltación de Saturno, es cerúlea, sin cola; llámase *Nigra*, en la exaltación de los Nodos, es como un dragón ardiente, y la llaman *Pertica*. Los colores los toman de la materia, pues siendo rara, es blanca; si más densa, rubia; si más oprimida la materia, es negra. Aristóteles da sólo dos géneros de cometas: unos llama *Pogonios* ó *Crinitos*, y otros *Barbados*. Los demás filósofos ponen tres: *Barbados*, *Caudatos* y *Crinitos*. *Barbados* son cuando la materia de las exhalaciones es sutil, y está esparcida en lo más bajo. Los *Caudatos*, cuando la materia está extendida á lo largo, y en otras partes oprimida y densa. *Crinitos* se dicen cuando la materia es al medio gruesa, y á los extremos y redondez sutil.

—Si vuestra merced no se cansa, háganos el favor de decirnos algo de los efectos de los cometas.

—Bien se conoce que vuestras mercedes son hombres de negocios, que su cuidado todo son los efectos. Yo con grandísimo gusto vengo con vuestras mercedes—les dije—á servirles en cuanto me mandaren, y así les diré lo que por casualidad se ha quedado en la memoria. Cuando el cometa fuere

de la naturaleza de Saturno, denota tempestades adversas, nubes densas, naufragios, pérdida en los pescados y destrucción de frutos por la demasiada langosta, granizos y lluvias copiosas. En los hombres influye catarros, lepra, hemorroides, parálisis y crónicas enfermedades. Los árabes dicen que el cometa que fuere de la naturaleza de Júpiter, que es el *argenteo ó tenáculo*, significa fertilidad y vientos saludables con lluvias copiosas; y en los cuerpos de los hombres significa dolores pleuríticos, sinocos, oftalmias, cólicos, flemones, gonorreas, letargos, linteria y otras de esta cualidad. El cometa dominado de Marte, que regularmente es el *Portica*, causa vientos enfermos, sequedad en los ríos y fuentes, y destrucción de frutos; en los cuerpos humanos, crueles disenterías, fiebres podridas, tercianas, erisipelas, delirios, hemorragias y otras que provienen de mucha sequedad, mueve en los hombres la cólera; en el mar causa fuertes naufragios, y en el aire truenos, piedra y relámpagos. Los cometas de la naturaleza de Venus son los más benignos, no impresionan tanto el aire; pero causan algunas enfermedades, como son, catarros, corizas, parálisis, apoplejías, dolores de la vejiga, útero y riñones, hidropesías y dolores de cabeza. El cometa Mercurial es también menos malo, y no inficiona demasiado el aire. Las enfermedades que imprime en los cuerpos son: frenesías, letargos, epilepsias, plétoras y otras de esta naturaleza. El cometa de la Luna significa inundaciones, lluvia y copia de animales venenosos, infección en las mieses y mor-

tandad de animales. Las enfermedades son: catarros, hidropesías, sarna, obstrucciones, dolores de cuello, diarreas, lepra y otras que provienen de humores húmedos. El cometa de naturaleza del Sol causa sequedades, truenos, relámpagos y exhalaciones; y las enfermedades crónicas, tercianas, tabardillos y hemicráneas ó jaquecas. Hasta aquí de los cometas.

»Ahora vamos á tratar de los demás meteoros de la luz; y sea primero el Iris ó arco celeste. Después de copiosas tempestades y lluvias, que del aire bajan á la tierra, viene mostrando risa, paz y tranquilidad el Iris ó arco celeste. Éste se forma de las nubes y rayos del Sol. Regularmente, aparecen dos: el primero que descubre nuestra vista es el menor; pero sus colores son más vivos y distinguibles; el segundo abraza dentro de su ámbito al primero; sus colores son más flacos, débiles y descaídos. Éstos, aunque no aparecen mas que con color bermejo, verde y azul, contienen en sí otros colores, aunque menos distintos. Fómase el primer Iris de aquellas gotas de lluvia, en las cuales los rayos del Sol y los de nuestra vista forman un ángulo; y en todas las gotas, en las cuales los rayos solares y visuales forman un ángulo como de ciertos grados, se pinta el color bermejo; y en todas aquellas en que se forma otro ángulo de determinada graduación, se descubre el azul; y en aquellas gotas que terminan los ángulos de los rayos solares y visuales, se forman los demás colores intermedios; y ésta es la general formación del Iris primero y se-

gundo. Significa el Iris lluvia, en el tiempo y lugar donde se forma; siendo la causa de esto las mismas gotas que le componen, las cuales deshace el Sol, siendo después el Sol anuncio de la próxima serenidad. Además del Iris, forma la luz del Sol en el aire otros meteoros dificultosísimos de averiguar. Sea primero el *Alón* ó *Corona*. Éste es un círculo que aparece alrededor del Sol ó de la Luna de colores muy remisos; siempre que delante del Sol ó de la Luna se pusiere alguna nube sutil, que no embarace los rayos del uno ni de la otra, se verá este meteoro. Éste se forma de las partículas ácueas sutilísimas de que consta aquella nube, siendo preciso que guarden igual distancia del Sol, para que, formando con sus rayos y los visuales determinados ángulos, se deje percibir desde la tierra. Las varas de luz son unos meteoros, cuya formación es lo mismo que la del Iris. De suerte que, cuando no hay materia suficiente en la nube para formar el arco, queda una leve porción de las partículas ácueas, iluminadas del Sol, que parecen á la vista línea recta; y por eso le dan el nombre de vara de luz. Fórmanse también de otra suerte; y es, cuando por las partes sutiles de las nubes hacen derechas roturas los rayos del Sol, y entonces forman unas líneas, que entre lo oscuro de las nubes aparecen resplandecientes á la vista; de que se infiere estas varas no ser otra cosa que el aire iluminado por la luz del Sol, que rompió la sutileza de la nube. Las *parhelias* son unos soles espúreos que aparecen cerca del Sol verdadero, que siguen su movimien-

to. Este se forma de la luz del Sol en una nube tenue, de la naturaleza que hemos dicho, que por tener algo de mayor crasitud, causa algo de mayor refacción en la luz, y escondiendo con su crasicie parte de los rayos del Sol, y descubriéndose circularmente por lo más sutil la luz, forma uno ó muchos aparentes soles, según la disposición crasa y sutil de la nube y la refacción de la luz del Sol.

—He notado—dijo uno de mis amigos—que habiendo tratado del aire, no nos ha dicho vuestra merced nada de los vientos.

—No estaba olvidado—dije yo—; pero aunque muchos filósofos han escrito dilatadísimamente acerca de esta materia, en mi sentir está reducida á poquísimos palillos. Porque el viento no es otra cosa que el aire agitado y movido de una á otra parte. Porque cuando corren vientos, no sentimos otra cosa que aire que se mueve. La causa de esta moción y violencia son los hálitos salitrosos y exhalaciones que con mayor ó menor abundancia suben de las entrañas de la tierra por lo activo del fuego subterráneo, y los vapores de las aguas del mar, elevados por el calor del Sol; y como éstos con facilidad se rarecen, extendiéndose prontamente en el aire, para ocupar mayor lugar, impelen con fuerza al aire que la circuye y encierra, y consiguientemente este aire impele al inmediato, y éste al otro, por algún espacio, hasta que, deshecho su impulso, logra mayor quietud el aire. Unos se mueven con ímpetu, otros con menos

furia. Los tempestuosos son tres: Ecnefias, Tyfón y Huracán. Ecnefias es un viento que repentinamente y con furia baja á la tierra. Tyfón es un viento vehemente, causado de muchos vientos opuestos, y se mueve espiralmente. Éste, con su furia, arranca los árboles y arruina los edificios. El Huracán es un viento repentino, que con grave furia descende de las nubes á la tierra, y viene acompañado de truenos. Fórmase de unos espíritus nitrosos, como los del rayo. Los vientos apacibles son los que corren en todo tiempo y lugar, mientras no bajan los vientos furiosos á detenerlos.

—¿Tiene vuestra merced, en esto, más que decirnos?—dijo el más viejo de mis amigos; y yo le dije:

—No, señor; porque cuando el fin nuestro no es mas que compendiar y tratar de estas cosas (porque las hallamos al paso de nuestras jornadas), me parece que, para breve noticia y compendio, basta lo dicho: vuestra merced se debe de cansar cuando me da á entender que lo deje.

—Ni por imaginación deseo tal—replicó el viejo—, sino que tengo por cierto que nos llevará vuestra merced al cielo, ya que estamos tan cerca de él, y ésta es una mansión que todos debemos desear con ansia, y el fin á que todos hemos de mirar.

—¡Ay, amigo!—le respondí—. Los cielos que hemos de ver no son los que vuestra merced piensa; que el Empíreo, que es la ciudad de Dios y

mansión de los bienaventurados, no se puede ver con estos ojos mortales.

—No importa—volvió á decir—. Yo me contento con estar cerca; y todo lo que sea ver cielos, aunque no sea por ahora el que debemos desear, alegría; y así, hagamos cuanto antes esta única jornada que nos falta.



JORNADA CUARTA

De los cielos, de los astros, estrellas y sus movimientos, cualidades é influxos de los eclipses de Sol y Luna.

CON pasos más acelerados que los que llevaban mis amigos cuando caminaban por las entrañas cercanas al infierno, llegaron al vasto campo de la Luna. Allí empezamos á discurrir por sus montes, valles y llanadas; no vimos, ni en los más ocultos rincones, aquellos vivientes que dijo Pitágoras, con que tuvimos por apócrifa la opinión de su escuela. Ni vimos monstruo alguno; sólo pudimos percibir que era un globo muy parecido al de la tierra en lo desigual y escabroso; pero tenía movimiento; porque uno de mis amigos, que fué el primero que sintió mover la Luna, dijo:

—¡Ah, señor astrólogo! ¿dónde nos ha traído, que nos hemos de despeñar? Yo me caigo.

—No se asuste vuestra merced, que no se caerá. Es verdad que se mueve la Luna, y no hay cuerpo en todas estas esferas que no se mueva. Tengan vuestras mercedes confianza, que como les libré de caer en el profundo abismo, también, si Dios

nos ayuda, saldremos con felicidad, que aquí estamos en el cielo, y no puede suceder nada malo. Siéntense vuestras mercedes, que hemos de ver despacio sus movimientos.

Todos se aquietaron, y yo dije:

—A la Luna la han llamado muchos astrónomos cielo terráqueo, por la similitud en cualidades y figura que tiene con la tierra. Es, pues, redonda, y su superficie es áspera y escabrosa, con cuevas, quebraduras y montes como la tierra; y no por eso pierde la figura esférica, como hemos dicho ya, y vuestras mercedes han visto de la tierra. Y para que lo vean mejor, miren vuestras mercedes hacia abajo, sin miedo de desvanecerse, y les parecerá desde aquí la tierra, lo mismo que desde la tierra parece la Luna.

Miraron hacia abajo, y por señas, inclinando la cabeza, me dieron á entender que tenía razón.

—Es la Luna cuerpo opaco, sin más luces que las que mendiga y el Sol le presta; y á tener por sí luces, no llegara el caso de padecer eclipses el Sol. Es la Luna de naturaleza húmeda y fría, acuática, nocturna y femenina. Tiene especial influjo sobre el mar y todos los vegetales; pero es un cuerpo tan variable, que por más que se ha fatigado el estudio de la Astrología y Filosofía en apurar su naturaleza, sólo ha podido conjeturar estas especiales influencias; pero en sus crecientes y menguantes, las suele templar y aun variar. Domina también sobre la plata; y dista de la tierra nueve mil ochocientas y cuarenta y seis leguas. Tiene cuatro or-

bes y una esférula. Este primer cielo en que está la Luna, primeramente tiene tres orbes, los dos son excéntricos (esto es, que tienen diverso centro que el centro del mundo). Éstos se llaman orbes deferentes del auge del excéntrico de la Luna. El tercero es excéntrico también, y está colocado en medio de los dos; y éste lleva el epiciclo de la Luna ó esférula. Y después de éstos, tiene el cuarto concéntrico (que tiene el mismo centro que el mundo, y éste es el que lleva el *caput* y el *cauda draconis*. La esférula que dijimos, está inmersa en la profundidad del tercer orbe, y en ésta va como engastado el cuerpo lunar. Los orbes que llevan el auge del excéntrico se mueven regularmente sobre el centro del mundo, contra el orden de los signos, esto es, de Tauro á Aries, en un día natural, once grados y doce minutos; y el eje de este movimiento corta al eje del Zodíaco; por lo cual, sus polos se apartan de los polos del Zodíaco; y la cantidad de esta declinación es de cinco grados, invariables siempre.

—Señor astrólogo—dijo aquel perillán del mechón—, yo no he entendido palabra de lo que vuestra merced ha dicho.

—Ni nosotros—dijeron los demás—; porque, verdaderamente, lo que vuestra merced nos explica supone otros principios.

—No desmayen vuestras mercedes—repetí—, que yo me explicaré más clarito; de suerte que sólo iré diciendo la naturaleza de estos planetas, sin tocar sus cielos, diré sus medios movimientos,

que esto sobra para que vuestras mercedes puedan instruirse de lo preciso. Pero en la Luna y el Sol, me han de permitir explicar sus orbes, que esto es preciso para lo que tenemos que notar en los eclipses. El orbe que lleva al epiciclo ó esférula de la Luna se mueve regularmente sobre el centro del mundo con el orden de los signos, esto es, desde Aries á Tauro; y en un día natural anda con tal movimiento trece grados y quince minutos. El eje de este movimiento, por el centro de este orbe, se mueve equidistante ó con igual distancia al eje de los orbes que llevan al auge. El orbe cuarto concéntrico, que lleva á la cabeza del dragón, se mueve sobre el eje del Zodíaco, sobre el centro del mundo, regularmente contra la sucesión ó orden de los signos en un día natural cuasi tres minutos. El epiciclo también se mueve sobre su propio centro irregularmente, y sobre su propio eje; pero esta irregularidad se reduce á uniforme. No es del intento; y así, vamos ahora dejando á la Luna en este estado, al segundo cielo, que es el de Mercurio. Éste también es cuerpo esférico, sin más luz que la que recibe del Sol. Su naturaleza es indiferente; es masculino y diurno: domina sobre el azogue, y dista de la tierra ciento veinticinco mil ciento y ochenta leguas. Este planeta tiene cinco orbes y su epiciclo. Los dos orbes extremos son excéntricos, según una parte, y concéntricos, según otra parte. De suerte que la superficie convexa del supremo orbe, y la cóncava del infimo, son concéntricas al mundo; y la cóncava del supremo y la convexa del infimo

son excéntricas con el mundo; y el centro de estos orbes dista tanto del centro del equante, cuanto el centro del equante del centro del mundo; y este mismo es el centro del círculo parvo, porque describe el centro del deferente. Llámense estos orbes deferentes del auge del equante, y se mueven con el movimiento de la octava esfera sobre los ejes del Zodíaco. Entre estos dos orbes tiene otros dos de disforme anchura; y entre estos dos está inmerso el quinto orbe; esto es el orbe del epiciclo. La superficie convexa del superior y la cóncava del inferior tienen un mismo centro con el círculo parvo; pero la cóncava del superior y la convexa del inferior, juntamente con las superficies del quinto orbe, tienen otro centro movable, que se dice centro del deferente. El orbe quinto, que lleva al epiciclo colocado entre los dos segundos, se mueve en longitud, según el orden de los signos, llevándose el centro del epiciclo, regularmente sobre el centro del equante. Vamos á los orbes de Venus (que aunque vuestras mercedes, por ahora, no entiendan esta algarabía de epiciclos, deferentes, auges y exes), después, á la explicación de sus pasiones, se harán más capaces. Llegamos á los orbes de Venus. Éste es un planeta esférico, no recibe ni tiene otra luz que la que mendiga del Sol; su naturaleza es fría y húmeda, con moderación ácuo, femenino, nocturno. Este planeta es el que tiene mayor luz después de la Luna; domina sobre el cobre; dista de la tierra trescientas ochenta y cinco mil seiscientas cincuenta leguas. Tiene tres orbes con el epiciclo. Los

orbes deferentes del auge se mueven sobre los ejes del Zodíaco, según el movimiento de la octava esfera, de tal suerte que el auge de su céntrico está siempre en aquel lugar del Zodíaco que está el auge del excéntrico del Sol, de tal suerte que, conocido el auge del Sol, se conoce el auge de Venus. El orbe que lleva al epiciclo tiene dos movimientos: uno en longitud hacia el Oriente, regularmente sobre el centro del equante, de tal suerte que en el mismo tiempo que el centro del epiciclo hace una revolución, hace otra el deferente del orbe del Sol. La línea de su medio movimiento, según longitud en aquel lugar del Zodíaco, es lo mismo que la línea del medio movimiento del Sol, de tal suerte que, conocido el medio movimiento del Sol, se conoce el medio movimiento de él. Pero su epiciclo se mueve con dos movimientos, uno en longitud y otro en latitud; en la longitud, como los epiciclos de los otros superiores planetas; pero siempre cuasi en diez y nueve meses solares cumple su revolución. El Sol es un lucidísimo globo de fuego: está en este cuarto cielo colocado, y puesto en medio de los demás planetas para darles y comunicarles su luz, como rey de todos los esplendores. Es caliente y seco, templadamente, diurno y masculino; domina sobre el oro y el fuego. Desde la tierra hasta estos orbes, hay de distancia un cuento, doscientas trece mil trescientas treinta leguas. Tiene tres orbes: el orbe supremo, según su superficie convexa, es concéntrico al mundo; y según la cóncava, excéntrico. El orbe inferior es, según la cóncava, concéntrico; y

según la convexa, excéntrico. El tercer orbe (que está colocado en medio de los dos), según ambas superficies suyas, es excéntrico al mundo. Los dos primeros son los deferentes del auge del Sol; y al movimiento de éstos, se varía el auge del Sol. El tercer orbe es el que lleva al Sol; de suerte que, fijo el cuerpo del Sol en este orbe, es llevado del deferente. Estos tres orbes tienen dos centros, porque la superficie convexa del supremo y la cóncava del infimo tienen un mismo centro, que es el mismo centro del mundo; pero la superficie cóncava del supremo y la convexa del infimo tienen un mismo centro fuera del centro del mundo. Los orbes deferentes y el auge del Sol se mueven con propios movimientos proporcionales. Los polos de este movimiento son los de la eclíptica de la octava esfera; el auge del excéntrico, que lleva al Sol, continuamente se mueve en la superficie de la misma eclíptica. Pero el orbe, que lleva al cuerpo solar con su movimiento propio, sobre su centro (esto es, del excéntrico) se mueve regularmente, según la sucesión de los signos, cada día cincuenta y nueve minutos y ocho segundos; y los polos de este movimiento distan de los polos de los primeros orbes, y son términos del eje de aquel orbe; esto es, de la línea equidistante del eje de los orbes que llevan al auge, y que pasa por el centro del excéntrico. La línea del medio movimiento del Sol es una línea que sale del centro del mundo al centro del Zodíaco; el medio movimiento del Sol es el arco del Zodíaco, empezando desde Aries hasta la línea del medio mo-

vimiento; el auge del Sol es el arco del Zodíaco, desde Aries, según los signos, hasta la línea del auge, y la línea del medio movimiento, según la orden de los signos. La línea del verdadero movimiento es la línea del centro del mundo, tirada recta al centro del cuerpo del Sol; y el verdadero movimiento del Sol es el arco desde el principio de Aries hasta la línea del verdadero movimiento.

»Subimos á la esfera de Marte, que es el quinto cielo, contando desde la tierra. Este es el planeta caliente y seco, ígneo, masculino, nocturno y enemigo de la naturaleza humana; es también cuerpo esférico, sin luz propia; domina en el hierro; dista de la tierra dos cuentos trescientas setenta y nueve mil leguas. Tiene tres orbes, y en el orbe medio, que es del todo excéntrico, está su epiciclo, en el cual está como clavado el cuerpo de Marte. Los orbes que llevan al auge se mueven sobre el eje de la octava esfera y polos de la eclíptica. El orbe que lleva al epiciclo, cortando el eje del Zodíaco, se mueve sobre su eje, según la sucesión de los signos; y sus polos distan de los polos del Zodíaco con distancia desigual. El epiciclo tiene dos movimientos, uno en la longitud y otro en la latitud. El movimiento de longitud es con el que se mueve sobre su centro el cuerpo del planeta inmerso allí en la parte superior, según la sucesión de los signos; es este movimiento irregular. La línea del medio movimiento de Marte ó del epiciclo es la que desde el centro del mundo se extiende hasta el Zodíaco, equidistante de la línea que va del centro del equan-

te al centro del epícielo. La línea del verdadero movimiento es la que sale del centro del mundo y pasa por el centro del epícielo al Zodíaco. La línea del verdadero lugar es la que pasa por el centro del mundo, y se extiende por el centro del cuerpo del planeta al Zodíaco. El medio movimiento del planeta es el arco del Zodíaco, desde Aries hasta la línea del medio movimiento. El argumento medio del planeta es el arco del epícielo comprendido entre el auge media (según su movimiento) hasta el centro del cuerpo del planeta.

»Al sexto cielo hemos llegado, y este planeta que vuestras mercedes ven aquí es Júpiter, cuerpo esférico, sin luz; es caliente y húmedo, aéreo, sanguíneo, masculino y diurno, y de naturaleza benigna; domina en el estaño; y dista diez y siete cuentos y doscientas veinte mil leguas de la tierra. Tiene tres orbes, como Marte, y lo que he dicho á vuestras mercedes de la teoría de este planeta, se debe también entender de Júpiter; pues consta de los mismos orbes y su epícielo; y pues no hay cosa especial que notar, pasemos al séptimo cielo planetario, donde está el melancólico Saturno. Éste es cuerpo esférico, sin más luz que la que el Sol le da; es frío, seco, maligno, melancólico, térreo y diurno; y es enemigo de la naturaleza humana. Este planeta, mirado desde la tierra, es el más pequeño, pero es mayor que la Luna, y mayor que la tierra noventa veces; domina en el plomo; y desde la tierra á este cielo hay de distancia veintiocho cuentos y cien mil leguas. Tiene los mismos orbes

que Júpiter y Marte; con que explicados los de Marte, es excusado cansar á vuestras mercedes.

—Y aun estas noticias pudiera vuestra merced excusar—dijo uno—; porque yo, por mí, no he entendido palabra. Vuestra merced nos diga cuánto se mueven estos planetas, y qué pasiones tienen, así por mayor, que es lo que á nosotros nos sirve; que esas hipótesis de sus teorías tienen mucho que entender, y son para los que han de profesar esta ciencia; nosotros no queremos saber mas que cuatro curiosidades.

—Pues, si vuestras mercedes no quieren más, volvamos á la Luna. Ésta se mueve cada día trece grados, diez minutos y treinta y cinco segundos; y cada hora, treinta y dos minutos y cincuenta y seis segundos. Su cabeza de dragón se mueve al día, contra el orden de los signos, tres grados y diez minutos, y cumple su revolución en un mes. Mercurio se mueve al día con su medio movimiento cuatro grados, cinco minutos y treinta y dos segundos; y cada hora, un minuto y diez segundos. Cumple su revolución en ciento y quince días, veintiuna hora y tres minutos. Venus se mueve al día un grado, treinta y seis minutos y ocho segundos, y cada hora, un minuto y cuatro segundos. Cumple la revolución de su ciclo en quinientos ochenta y tres días, veintidós horas y dos minutos. El Sol se mueve al día cincuenta y nueve minutos y ocho segundos; cada hora, dos minutos y veintiocho tercetos. Cumple su revolución en trescientos sesenta y cinco días. Marte se mueve al día treinta y un mi-

nutos y veintisiete segundos; cada hora, un segundo y diez y nueve terceros. Cumple su revolución en un año, trescientos veintidós días. Júpiter se mueve al día cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos; cada hora, doce segundos; cumple su revolución en once años, trescientos y quince días. Saturno se mueve al día dos minutos y un segundo, y cada día, cinco segundos; cumple su revolución en treinta años y veintitrés días. Estos planetas, según hemos dicho, son llevados por sus orbes; y así, cuando caminan hacia el ábside superior, se llaman ascendentes; y descendentes, bajando al inferior. Ábside es lo mismo que *apogeo*, y el opuesto ó inferior se llama *perigeo*. Estos apogeos se mudan y mueven muy despacio en muchos siglos, y de sus mudanzas conjeturan los astrológos varios efectos. Llámense los planetas directos y retrógrados; directos, cuando caminan por el orden de los signos, desde Aries á Tauro; retrógrados, cuando el movimiento es encontrado á éste. Llámense también veloces, y es porque entonces caminan más que su medio movimiento; dicense tardos, cuando caminan menos que su medio movimiento, y estacionarios, cuando se detienen, ya para hacerse rectos ó retrógrados. Tienen latitud boreal y austral; y esta latitud se llama ascendente. Cuando vuelven hacia el ártico y se disminuye la latitud meridional y se aumenta la boreal, se dice ascendente; y cuando al volver al antártico se disminuye la boreal y se aumenta la meridional, es descendente. La máxima latitud boreal que puede tener Saturno es de dos

grados y cuarenta y ocho minutos; la meridional, dos grados y cuarenta y nueve minutos; la boreal de Júpiter, un grado y treinta y ocho minutos; la meridional, un grado y cuarenta minutos; la boreal de Marte, cuatro grados y treinta y un minutos; la meridional, seis grados y cuarenta y siete minutos; la de Venus boreal, nueve grados y dos minutos; y la otra, nueve grados y dos minutos; la boreal de Mercurio, tres grados y treinta y tres minutos; y la otra lo mismo; la boreal de la Luna, cinco grados y diez y siete minutos; y la otra lo mismo.

De dos maneras atribuyen los astrólogos las dignidades á los planetas, una esencial y otra accidental. La esencial es la que tienen por naturaleza; y accidental, la que les sobreviene por el sitio. Las dignidades esenciales son cuatro: casa, exaltación, triplicidad y término. Tienen gozo en las casas celestes y en los signos. El gozo que se toma del signo es esencial, y la que se toma de la casa, accidental. Saturno tiene su gozo en Acuario, y en la casa duodécima. Júpiter en Sagitario, y en la undécima. Marte en Escorpión, y en la sexta. El Sol en Leo, y en la nona. Venus en Tauro, y en la quinta. Mercurio en Virgo, y en la primera. La Luna en Cáncer, y en la tercera. Cada planeta tiene su casa. El Sol lo tiene en Leo, y la Luna en Cáncer; los demás, cada uno tiene una diurna y otra nocturna. Acuario es diurna, y Capricornio nocturna de Saturno. Júpiter tiene por casa diurna á Sagitario, y por nocturna á Piscis. Marte tiene diurna á Aries, y nocturna á Tauro. Mercurio tiene

por diurna á Géminis, y nocturna á Escorpión. La exaltación del planeta es un lugar del Zodíaco en el cual tiene gran dignidad; y *caso* se llama donde se le disminuye la fuerza; y esto es en el lugar opuesto á la dignidad; y así en Aries se exalta el Sol, y tiene su caso en Libra. La Luna en Tauro, Saturno en Libra, Júpiter en Cáncer, Marte en Capricornio, Venus en Piscis, y Mercurio en Virgo. *Triplicidad* es una división de los signos en cuatro partes, según la disposición de los cuatro elementos, que concuerdan con una naturaleza; y en éstos tienen también los planetas dignidad esencial. Los *términos* son ciertos grados determinados en los signos, en que constituídos observaron los astrólogos antiguos que se aumentaban las fuerzas de los planetas. Los aspectos de los astros son las distancias que respecto del Sol ó de la Luna, ó de unos y otras, llevan en sus movimientos; de suerte que, cuando un planeta está distante de otro cuarenta y cinco grados, se dice que se miran con aspecto sextil; cuando la distancia es de noventa grados, se llama aspecto cuadrado; y cuando distan por ciento y ochenta grados, están en oposición; y cuando están en un mismo signo y grado, están en conjunción. Baste esto como general noticia de las naturalezas y dignidades de estos planetas; advirtiéndolo á vuestras mercedes que hay otras infinitas cosas que saber en este asunto. Ahora subamos al octavo cielo, que es el estrellado, y donde están las estrellas fijas. Éstas son unos globos formados de infinitos corpúsculos, que se mueven sobre sí

mismos, con un movimiento trémulo, aceleradísimo. Así en los planetas como en las estrellas fijas, se dan dos movimientos encontrados: uno es el de la décima esfera, que arrebatando todos los cuerpos celestes, les da una vuelta al mundo en espacio de veinticuatro horas, y éste es de Levante á Poniente, sobre los polos del mundo. El segundo movimiento es de Poniente á Levante, sobre los polos de la eclíptica, con el cual se van apartando de la sección vernal de la eclíptica con la equinoccial. En este segundo movimiento han variado mucho los astrólogos; pero la observación más segura y más puntual, es, que el movimiento anuo de las fijas es de cincuenta segundos: con que gastan setenta y dos años en andar un grado del cielo, y cumplen su revolución en veinticinco mil novecientos y veinte años. Mil y veintidós estrellas son las que los astrólogos han podido conocer en el firmamento, siendo sólo Dios el que pueda numerar su multitud; y son más que las que vemos desde la tierra.

—Eso he reparado—dijo el viejo—; pero también me parece que aun estándolo viendo aquí, y siendo unos cuerpos tan grandes, será imposible el numerarlos.

—Las más conocidas son las que componen las cuarenta y ocho imágenes y constelaciones, que son: las Dos Osas, el Dragón, Cefeo, Bootes, Corona boreal, Hércules, Lira, Cisne, Casiopea, Perseo, Auriga, Serpentario, Serpiente, Saeta, Águila, Delfín, Equículus, Pegaso, Andrómeda, Triángulo,

Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis, Cetus, Orión, Eridano, Liebre, Can Mayor, Can Menor, Argos, Hidra, Urna, Cuervo, Centauro, Lobo, Turíbulo, Corona austral. Si vuestras mercedes quieren saber de cuántas estrellas se compone cada imagen de éstas, lean á Juan Paulo Galucio en su *Teatro del mundo*. Además de estas constelaciones, dividen los astrólogos al cielo en doce porciones iguales, á quienes llaman «casas». De éstas hablaremos en adelante. Divídenlo también en doce signos, que están inmediatamente en este cielo, que son: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis. Cada signo de éstos se divide en treinta grados, que multiplicados por los doce, hacen los trescientos sesenta grados en que dividen los astrólogos todo el cielo. Las demás constelaciones de Aries dicen que están en la décima esfera. Las propiedades de estos signos, diremos en los efectos de los eclipses.

»Quedémonos aquí—les dije—, porque el cielo más arriba no tiene que ver; porque es el cielo cristalino, donde, según el venerable Beda, estuvieron las aguas del Diluvio; y más arriba está la décima esfera, que es el cielo, que arrebatando á todos los demás cielos inferiores, les hace dar una vuelta al mundo en espacio de veinticuatro horas de Levante á Poniente. El oncenno cielo es la ciudad de Dios y de sus bienaventurados; con que el sistema de este mundo es, contando desde el Empíreo, ú oncenno, se

sigue la décima esfera; á ésta, el cielo cristalino, el Firmamento, el cielo de Saturno, el de Júpiter, el de Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna, esfera del fuego, la del aire; y en medio de éstos, colocado el globo terráqueo.

Aquí llegaba delirando mi fantasía fatigada, porque no conocía ya tan vivamente de las especies; y á los menos graves vapores del estómago querían dejar sin tanta copia el cerebro (1); ya recitaba á pausas, olvidando la mayor parte de la idea, y trabucándose las razones; pero todavía estaba persuadido en el sueño que volábamos por esas esferas mis amigos y yo; y que poco á poco íbamos bajando, y nos volvimos á hallar en mi cuarto. Unos se sentaron sobre mi cama, otros sobre los apoyos de la ventana, otro se acomodó en el brazo una silla (porque en casa de los astrólogos no puede haber mucho asiento), y yo les dije:

—Ea, caballeros, aquí hemos de descansar, y hemos de recopilar de lo que hemos visto, lo que nos sirva para nuestro propósito; y explicando primero los influjos generales, vendremos á parar al particular de este eclipse; y ojalá hubiera caracteres en las imprentas de España, que yo me prometía darles á vuestras mercedes unos preceptos para que no sólo conociesen las influencias de los eclipses, sino también para conocer cuándo sucederían, su principio, medio y fin, y en qué regiones. Pero, pues esto por ahora no puede ser, será preciso para

(1) Así en el texto que reproducimos.—*N. de los E.*

que vuestras mercedes se informen de su influencia y hagan un prudente juicio, que vean en nuestros *Pronósticos*, en qué signo se fragua cualquier eclipse; y diciéndoles yo ahora la naturaleza del signo y casa en que sucede. Y por si acaso en los *Pronósticos* hallan vuestras mercedes quién sea el planeta señor del eclipse, puse la naturaleza de éstos; y juntando con la impresión del aire la cualidad de la casa é influjo del signo y planeta, podrán con la Filosofía natural de su buen discurso, y estos metereológicos principios, y la observación de los pobres astrólogos, que se dieron malas noches por notar influencias, hacer un cálculo y juicio prudente. Y para que vuestras mercedes no se queden tan en ayunas de la formación de los eclipses. Supuestas ya las teorías y movimientos del Sol y la Luna, y el *caput draconis*, oigan la general doctrina de su formación.

El amigo más viejo, que era el que más atendía (y aunque no hablaba mucho, bien conocía yo que tenía sus reglitas astronómicas), dijo:

—Sí, señor; explíquenos vuestra merced esta formación y sus influjos; que lo demás se puede averiguar por unas efemérides viejas, ó si acaso las encontraremos nuevas, mejor.

Pues esto supuesto, dije yo:

—Eclipse no es otra cosa que una ocultación ó privación de la lumbre del Sol, ó porque entre el Sol y la tierra se interpuso la Luna, ó porque entre la Luna y el Sol se interpuso la tierra. Porque, sabido es, en la perspectiva, que cuando el cuerpo

luminoso es mayor que el opaco, siempre éste es alumbrado por más de la mitad, y su sombra piramidalmente va en disminución, hasta fenecer en un punto opuesto al centro del luminoso. Pues como el Sol luminar mayor anda á vista de la tierra, que es cuerpo opaco, y el Sol sea mayor que la tierra cuasi doscientas veces, necesariamente la sombra de la tierra se ha de disminuir en pirámide, hasta fenecer en punto opuesto de él. Y como el Sol camina en la superficie de la eclíptica, así el diámetro de la sombra de la tierra se moverá por la misma superficie de la eclíptica ó la parte opuesta del Sol. Empezando por los eclipses de la Luna, digo que la causa de eclipsarse es que ésta no tiene más luz que la que recibe del Sol. Todas las veces que en las oposiciones ó Lunas llenas se hallare en una de las secciones, que dijimos llamarse *Caput* ó *Cauda draconis*, de necesidad ha de estar el Sol en el opuesto punto; y entonces queda la tierra interpuesta entre el Sol y la Luna, y la sombra de la tierra coincide en el cuerpo lunar; y como la luz del Sol no puede coger lo cóncavo de la Luna, quedase sin luz y padece el eclipse; y viene á ser general en todas las regiones de aquel hemisferio. El eclipse del Sol no es privación de luz (porque nunca la pierde), es sólo una ocultación de sus rayos, causada del cuerpo de la Luna interpuesto entre el Sol y nuestros ojos; y así, todas las veces que en conjunciones, ó Lunas nuevas, que tiene el Sol con la Luna, se hallaren en una de las dos secciones, ó modos del *Caput* ó *Cauda draconis*, ó en sus térmi-

nos, queda la Luna interpuesta entre el Sol y la tierra, y padece el Sol eclipse y ocultación de sus luces, por la parte opuesta al diámetro de la sombra. Y como causan diferentes aspectos en diferentes regiones, hay variedad en la duración y tamaño; porque el eclipse del Sol no puede ser general, como el de la Luna; porque la Luna es menor que el Sol, y nunca puede quitarle todas sus luces; pero como la tierra es mayor que la Luna, de aquí es que ésta puede padecer eclipse total y general, el Sol no. Para demostrar la grandeza y duración de los eclipses, se consideran los cuerpos del Sol y de la Luna como planos y superficiales; y en esta consideración dividieron á los diámetros de los luminares en doce partes iguales, á quienes llamaron dígitos; y cada dígito lo dividiéron en sesenta segundos; y por esta división nos han dado á conocer los astrólogos antiguos la cantidad y duración de los eclipses, de tal suerte, que en diciendo que el eclipse es de doce dígitos, se entiende eclipse total; si de seis, se entiende que fué oscurecido la mitad del luminar. Los eclipses de la Luna son más fáciles de calcular; porque, cuando en la oposición, ó Luna llena, se hallan en el *Caput* ó *Cauda*, ó cerca, como no diste por más que doce grados, es regla general que habrá eclipse; y tanto será mayor el eclipse cuanto menor fuere la distancia; y así, en doce grados de distancia no habrá eclipse; pero en diez, en ocho, en nueve, etc., lo habrá. Pero en los eclipses del Sol, además de conocido el novilunio, es necesario saber la noticia de los paralajes;

y éste es punto más dificultoso de la Astronomía. Baste esto por general noticia, y vamos sabiendo ahora la naturaleza de los doce signos, en que se pueden eclipsar los luminares, para que de cada signo hagan vuestras mercedes el juicio y conjetura del influjo, que este es nuestro fin.

»Aries es figurado por un carnero; es cálido y seco templadamente; su naturaleza es de fuego; es signo movible y masculino; es casa de Marte, exaltación del Sol, caída de Saturno y detrimento de Venus. El día que entra el Sol en este signo, hace el primer equinoccio; domina en las provincias de Francia, Alemania, Inglaterra, Polonia; y en las ciudades de Florencia, Patavia, Nápoles, Cracovia, Zaragoza, Valladolid y Tortosa.

»Tauro es figurado por un toro; es térreo, frío y seco; es signo nocturno y femenino; influye frialdad moderada, y con ésta va empezando á crecer y aumentarse lo vegetable; es casa de Venus, y su gesto exaltación de la Luna, y tristeza y detrimento de Marte. Domina en las provincias de Irlanda, Egipto, Armenia, Persia, Media y Asia Menor; y en las ciudades de Capua, Salerno, Bolonia, Sena, Verona, Parma, Mantua, Palermo, Gerona, Huesca, Toro, Badajoz, Astorga y Jaén.

»Géminis es figurado por dos niños abrazados, denotando lo amigable del tiempo; su naturaleza es cálida y húmeda; engendra un temperamento muy templado para todo lo vegetable y animal. En este signo se fraguó el eclipse del día 22 de Mayo, que es el que á vuestras mercedes, al Norte y á

Francia tiene alborotados. Y es cierto, que á no estar tan infecto é impresionado el aire de porciones sulfúreas, que por causa de la gran seca que ha habido en lo más de nuestra España diez años ha, no fueran tan malos los efectos; y con todo eso, lo benigno y afable del signo le destruye muchas cualidades pestilentes. Es este signo casa diurna de Mercurio; y este planeta también es Almutén ó significador y dispositor del eclipse. Las condiciones de este planeta indiferentes; con que junto á un signo tan bueno, no puede ser dañosa su influencia. Es detrimento y tristeza de Marte, es masculino y diurno; domina en las provincias de Hircania, Marmárica, Armenia y Margiana; y en las ciudades de Trento, Ceste, Viravo, Norimberga, Brujas, León de Francia, Sigüenza, Córdoba y Talavera.

»Cáncer es figurado por un pescado. Su naturaleza es acuática, fría y húmeda, femenina y nocturna; influye templadamente. Este signo es casa diurna y nocturna de la Luna, exaltación de Júpiter, detrimento de Saturno y caída de Marte. Domina en las provincias de Numidia, Holanda, Nuremberga, Zelandia, Betania, Etiopía, África y Frigia; y en las ciudades de Constantinopla, Milán, Pisa, Luca, Venecia, Túnez y Génova, Lisboa, Granada y Barcelona.

»Leo es de naturaleza de fuego, cálido y seco en demasía, masculino y diurno. En este signo, cuando el Sol está en él, seca y aniquila lo vegetal. Es casa diurna y nocturna del Sol, tristeza de Sa-

turno. Domina las provincias de Bohemia, costa del mar Bermejo, la Caldea, Italia, Suecia, Turquía, Proponto, Alpes y la Macedonia; y en las ciudades de Roma, Rávena, Cremona, Urna, Crotón, Damasco, Praga, Murcia y León.

»Virgo es signo térreo, frío y seco; se figura en una doncella; y éste significa lo estéril de la tierra. Es femenino, nocturno y melancólico; es casa, gozo y exaltación de Mercurio, caída de Venus y detrimento nocturno de Júpiter. Domina las provincias de Grecia, Babilonia, Asiria, Mesopotamia, Sicilia, Rodas y las islas de Candía; y en las ciudades de Pavía, París, Ferrara, Tolosa, Parencio, Lérida, Toledo, Avila y Algecira.

»Libra se figura por un peso de balanzas, significando la igualdad de los días y noches. Es signo masculino, diurno, cálido, húmedo y aéreo. Es casa diurna de Venus, caída del Sol, exaltación de Saturno y diurno detrimento de Marte. Domina las provincias de Asturias, Cesperia, Bactriana, Regio y Tuscia; y las ciudades de Palencia, Lodi, Gaeta, Parma, Viana, Burgos, Almería y Salamanca.

»Escorpio se figura en un animal terrestre, llamado así. Es frío, húmedo y nocturno. Es casa nocturna y gozo de Marte, caída de la Luna, detrimento y tristeza de Venus. Domina en Escocia, Siria, Mauritania, Getulia, Capadocia y Judea; y en las ciudades de Mesina, Padua, Aquileya, Crema, Bujía, Valencia, Játiva, Segovia, Tudela, Braga y Málaga.

»Sagitario es figurado por un centauro tirando saetas. Es cálido y seco, y de naturaleza ignea, mas-

culino y diurno. Es casa diurna y gozo de Júpiter, y detrimento diurno de Mercurio. Domina en las provincias de España, Arabia Feliz, Esclavonia, Dalmacia y Etruria; y en las ciudades de Malta, Aviñón, Jerusalén, Milán, Jaén y Calahorra.

»Capricornio es figurado por una cabra. Es térrero, frío y seco, femenino y nocturno. Es casa nocturna de Saturno y exaltación de Marte, caída de Júpiter y detrimento de la Luna. Domina sobre Macedonia, Barbaria, Portugal, Albania, Moscovia, Gredosia, Tracia, la India y Esclavonia; y en las ciudades de Verona, Forlinio, Saboya, Tortosa, Soría y Carmona.

»Acuario es figurado por un hombre vertiendo un cántaro de agua. Es caliente, húmedo y ácueo; corrompe los vegetables y plantas. Es casa diurna y gozo de Saturno, y detrimento nocturno y diurno del Sol. Domina sobre Aragón, Bohemia, Sajonia, Etiopía, Dalmacia, Arabia, Sodiana y Piamonte; y en las ciudades de Constancia, Jerusalén, Urbino, Pavía, Monferrato, Zamora, Medina, Palencia y Sevilla.

»Piscis es figurado por dos peces. Es femenino, nocturno, acuático, frío y húmedo; casa nocturna y diurna de Júpiter, exaltación de Venus, caída y detrimento nocturno de Mercurio, y su tristeza. Domina en Persia, Irlanda, Normandía, Lidia y Sicilia; y en las ciudades de Orense y Santiago, y parte de Sevilla.

—Estos signos ya los registramos en la octava y décima esfera—dijo un compañero—; lo que no he-

mos visto allá es la equinoccial, coluro y otra greguería de cosas, que acá les oímos á vuestras mercedes, y nos ponen en sus *Pronósticos*.

—Ya entiendo á vuestra merced lo que dice—respondí yo—; y por que no se vayan de mi cuarto sin saber todos los principios, así accidentales como sustanciales de una y otra esfera, en breve les he de instruir con la general doctrina y principal división; pues á ella se debe el conocimiento del cielo y el haber hallado franco comercio del de la tierra á los superiores orbes: *Plurimum debemus antiquis ob tontum inventionem, cum coelum palpemus manibus ictuque oculi distantias locorum, ac si in Coelis degeremus*. Para la inteligencia de los movimientos celestes y situación de sus cuerpos, imaginaron los astrólogos, además de la general división en los doce pedazos ó casas, diez líneas en el cielo estrellado, por este orden. Los signos, que hemos visto, están en un círculo de esta esfera que divide al cielo en dos partes iguales; y á este círculo dieron los astrólogos latitud de doce grados; pero en los demás círculos no tienen latitud; éste es un círculo oblicuo, por ser tan ladeado como consta de las declinaciones que el Sol hace cuando se encamina al Septentrión: llámase también signífero, porque lleva consigo todos los signos. En medio de su latitud imaginan una línea, á quien llaman eclíptica, de donde el Sol no se aparta ni declina jamás; y llámase así, por hacerse en esta línea los eclipses. La equinoccial es también círculo máximo y divide la esfera en dos partes iguales, pasando por los dos

signos de Aries y Libra; y en llegando el Sol á estos puntos ó signos, hace los equinoccios é igualdad del día y la noche en toda la tierra. El horizonte es otro círculo mayor, terminador y determinador de nuestra vista, por aquella parte por donde, á nuestro parecer, se corta el cielo con la tierra; ó por mejor decir, es un círculo que termina y remata la vista, tendida por la redondez de cualquier parte donde el hombre la tiende. Meridiano es el círculo de mediodía; y en éste toca el Sol en cualquier tiempo del año al punto del mediodía; está siempre sobre nuestras cabezas, atravesado del uno al otro polo del mundo; la una mitad está siempre sobre nuestro hemisferio, y la otra debajo; y en éste toca el Sol al punto de la medianoche; y según la habitación de cada uno se considera el meridiano; y así son diversos los meridianos, como lo son los horizontes; porque no todos tienen un mismo horizonte y un meridiano. Los dos círculos coluros son unos círculos que dividen también la esfera en dos mitades iguales, y son diferenciadores de los puntos de los equinoccios y solsticios; y sirven de regla y mensura para muchas observaciones de los astrónomos. Además de estos seis círculos máximos, que dividen al cielo en dos partes iguales, hay otros cuatro círculos. Los dos primeros de los menores, y que no dividen la esfera en porciones iguales, son los círculos de los trópicos, el de Cáncer y el de Capricornio; el círculo que causa el Sol cuando está en el principio de cancro y el que describe ó causa cuando está en el principio de Capricornio llámanse

solsticios, como si el Sol, para volver atrás, hubiese de volver á parar en ellos. Estos signos terminan las máximas declinaciones del Sol, y diferencian á la zona templada de la tórrida. Los otros dos círculos menores son el Ártico y Antártico: son defidores de las zonas heladas ó frías. El diámetro de estos círculos es cuarenta y siete grados; y en el medio de cada uno de estos círculos están los polos del mundo, puntos ó remates del eje que atraviesa la esfera de arriba abajo. El punto nuestro es llamado polo septentrional, por las siete estrellas que están junto á él; que así llaman los ciegos á lo que nosotros llamamos Bocina y Norte. La estrella Polar no es el Norte ni el polo; antes dista de él más de dos grados. El polo contrario al nuestro se llama antártico, porque es opuesto al polo ártico y meridional, por ser del lado del mediodía, según nuestro respecto. Todo cuanto hemos dicho de la esfera celeste se debe entender de la terráquea, porque de los mismos círculos consta una que otra; pues los cosmógrafos, para la descripción del orbe terráqueo, se valen de ella y es precisa esta misma división; y para entender mejor la ciencia de estos círculos, puede cualquier curioso dividir un globo material y formar en él las diez líneas, del modo que dice el Padre Tosca (1) en su *Compendio matemático*; y comprendidas en el globo material, tiene sabidas las del cielo, que imaginan los

(1) Tomás Vicente Tosca, sabio filósofo y matemático valenciano (1652-1728).—*N. de los E.*

astrónomos, y las que en la tierra, para su descripción consideran los cosmógrafos, que son todas unas mismas.

Al mismo tiempo que yo á mi parecer estaba explicando estas noticias, me persuadí en la fantasía que entraba en mi cuarto un mozo (y no era mi criado, porque á mi nadie me sirve, como yo me sirvo) con un garrafón de agua y un canasto de azucarillos, y que iba llenando los vasos de una salvilla (que tampoco la había, ni la he tenido jamás) y fué sirviendo á mis amigos la bebida. Yo les dije:

—Caballeros, ya habrán vuestras mercedes recuperádose de la fatiga y cansancio del dilatado camino, refresquen y descansenos, que ya nos falta poco que dictar acerca de los influjos y efectos de los eclipses, y podrán vuestras mercedes volverse á sus casas.

En ninguna de las pasadas fantasías me persuadía yo que podía soñar, si no es en esta del refresco, mozo, azucarillos, salvilla y vasos; porque todo esto es contrabando en mi posada; porque como están los ojos enseñados á ver solo una cama, como Dios me la ha dado, una silla, que la suenan los trebejos como bolsa de damas, una lía, que forma un ángulo en los dos remates de las esquinas del cuarto, donde están ahorcados, y no por buenos, mis vestidos; extrañaba que ni por sueño pudiera haber llegado tanto bien á mis puertas; en fin, bebimos é hicimos por un rato parar el discurso.



DESCANSOS DEL VIAJE

De la facultad de las causas superiores, y cómo se avienen con las inferiores; de las causas é influjo particular y general, así como del eclipse del día 22 de Mayo de 1724, como de los que pueden suceder hasta la fin del mundo, y otras curiosidades.

AUNQUE los cuerpos celestes, por la inmensa distancia que hay de ellos á la tierra, parecen exiguos, ya han visto vuestras mercedes su desmesurada magnitud, y aún son mayores que lo que nosotros discurremos. Estos cuerpos celestes hacen su impresión en los inferiores por su movimiento y por su luz, y por su influencia. Por el movimiento, porque éste es la vida de todo lo criado, porque cesando el movimiento, cesan las generaciones y corrupciones, y todo natural movimiento; por la luz, porque la lumbre de los cielos imprime en el aire las primeras cualidades; y del temperamento de las primeras se engendran las segundas, de donde se sigue que los cuerpos celestiales hacen con su luz todas las alteraciones y mutaciones del aire y otros cuerpos inferiores: por la influencia, porque con maravilloso modo labra en las entrañas de la tie-

rra los metales, piedras, etc., y en la superficie de ella fomenta las producciones de mieses y plantas; y según la varia influencia, y según el diverso sitio del lugar hace producir y engendrar sustancias diversas; porque no todo lugar es bueno para producir aromas, ni en todos los terrazos se engendra el vino dulce. Del mismo modo varían estas influencias en las inclinaciones del hombre (dejándole siempre libre su voluntad, que á ésta nadie la manda, si no es el mismo hombre); y así, según la buena ó la perversa constelación, á unos hace fortunados, á otros infelices, á unos borrachos, á otros lujuriosos, á unos ladrones, y á otros soberbios; pero aunque al hombre le inclinen las estrellas, le queda libertad para elegir á su voluntad; que en ella, ni el cielo ni el influjo hacen impresión. La parte de la Astrología que trata del concurso de las causas agentes con las pacientes, del temperamento y mudanzas del aire, y de los tiempos, era necesaria, ya que vamos á explicar en general los eclipses; pero bastará que vuestras mercedes, con prudencia, hagan juicio de que no todas las regiones padecerán estos efectos, sino solamente aquellas tierras que concuerdan con la triplicidad en el signo en que se fraguó el eclipse, y más si el eclipse fragua sobre sus horizontes. Es importante también hacer un juicio de la impresión del aire por los años antecedentes; y así, por cuanto este año han sido más copiosas las lluvias, daremos más humor áqueo y sulfúreo en el aire. Esto no lo enseña la Astrología, es menester que el buen juicio de vuestras

mercedes haga estas prudentes conjeturas. Es necesario, también, que vuestras mercedes tengan noticia de las doce casas del cielo; porque es de esencia de este asunto juntar la naturaleza de aquel pedazo de cielo ó casa con el signo en que se fragua la conjunción eclíptica, para ir juntando, así los influjos de la casa como los del signo y del planeta señor del eclipse, y de la impresión que prudentialmente tendría el aire al principio, medio y fin del eclipse; y así, tratando de las casas, digo que dividen los astrólogos á todo el cielo formal en doce casas. A la primera llaman Ángulo del Oriente, Casa de las vidas y constitución del cuerpo; á la segunda, Casa de facultades y bienes; la tercera, Casa de los viajes; la cuarta, de los bienes estables y fin de cosas; la quinta, Casa del contento; la sexta, de las enfermedades; la séptima, de los enemigos y mujeres; la octava, es de la muerte y herencias; la novena, de los viajes y de religión; la décima, de los honores y dignidades; la oncena, es Casa de la fortuna, y la duodécima es de los enemigos ocultos y cárceles.

»Oigan vuestras mercedes la explicación de cada casa, así de sus influjos especiales en el hombre, como de su cualidad y naturaleza, y de los planetas que son consignificadores de ellas.

CASA PRIMERA

La primera casa, llamada Ángulo del Oriente, Horóscopo ascendente, y Casa de la vida; en ella estuvo aquella parte del cielo que en el punto de la Natividad asciende, y que hizo la primera impresión. Es significación del cuerpo y su forma, de la salud, vida, ingenio, complexión y costumbres, de la propia industria; y es de donde se toman los principios de las cosas. En ella tiene gozo Mercurio, por significador de los espíritus animales. Joviano Pontano (1) lo excluye de esta dignidad por versátil. Julio Firmico (2) dice que Saturno, fortunado en esta casa, y no leso de Marte, ni combusto del Sol, y con rayos felices de Júpiter ó Venus, indica vida larga y buena salud. Es casa feliz, femenina; su color blanco, su cualidad fría, húmeda, flemática, y es con ella consignificador Saturno, por el primero y supremo de los planetas.

CASA SEGUNDA

La segunda casa, sucede á la primera debajo de tierra. Significa la hacienda, las ganancias, rique-

(1) Lib. II, cap. 5.

(2) Lib. II, cap. 22.

zas movibles, los censos y los bienes, que con industria y trabajo se adquieren; los ministros fautores, personas, facultades, y medios necesarios para la adquisición, y el tiempo de su duración y descaecimiento hasta el fin de la vida. Es casa en quien ningún planeta tiene gaudio; es consignificador Júpiter, porque naturalmente significa sustancia de bienes; y hallándose en ella por cuerpo ó buen aspecto, no impedido, da grandes riquezas, siendo señor de ella, las promete por oficios, y dignidades eclesiásticas, por mercedes, dones de buenas personas. Si el significador fuere Marte, bien afectado por la milicia; si Venus, por mujeres y favores de amigos. Si Saturno, por labranza y cultura de la tierra; y si Mercurio, por ciencias y mercaderías. Grande impedimento es, cuando en esta casa se hallan corporalmente, ó el Sol, ó Saturno, ó Marte: el Sol, porque destruye los planetas que con él se juntan, y les quita la lumbre; Saturno, porque es la misma vanidad, pobreza y necesidad; y Marte, porque significa impedimento, trabajo, y defecto de sustancia; fuera de esto, es casa feliz, femenina; su color verde, su complexión fría, y húmeda flemática.

CASA TERCERA

La tercera casa se llama la de los hermanos y parientes, aunque Ptolomeo no hace mención de

ellos en sus *Apotelesmas*. Joviano Pontano (1) dice que el hombre es animal sociable naturalmente, ninguno tanto; y que esta comunicación es primero con sus hermanos y allegados; y que la tercera casa es la primera, que se junta por aspecto sutil amigable con el ascendiente; por lo cual tiene con propiedad el significado de los hermanos, y parientes de la hospitalidad, la Fe, Religión, Piedad la correspondencia y amar de los hermanos; las controversias y pleitos en juicio, los viajes breves y legaciones: de aquí se toma la denominación de los buenos y felices acontecimientos. Tiene gaudio en esta casa la Luna: el color es azafranado, su naturaleza femenina, su vigor mediano, su complexión fría, y húmeda flemática, y es Marte su consignificador.

CASA CUARTA

La cuarta casa significa á los padres, el patrimonio, heredades y bienes raíces, los campos, cultura de la tierra, labores, minas y fundiciones de metales, cimientos, edificios, tesoros, y cosas escondidas, las presas, despojos, y el fin de las cosas; y tómanse también las herencias, cuando el señor de la cuarta se halla en segunda ó primera casa, ó el señor de la primera ó segunda en la cuarta, y la

(1) Cap. IV, lib. II, *Rebús cœlestibus*.

fama y opinión después de la vida. Ningún planeta tiene gaudio en esta Casa; antes de opinión de Hermes, es sepultura de los planetas: es medianamente feliz, y masculina: su color rubio, su complexión fría y seca, melancólica, su consignificador el Sol. Dice Hermes (1): *Res paterna transit in filium, dum Saturnus fuerit fortunatus, et ex dilectione aspexerit Dominum ascendentis, magis, ac amplius, se fuerit Dominus quarti loci.*

CASA QUINTA

La quinta casa se llama de los hijos, que como á la tercera se le dió el significado de los hermanos, por el sextil que tiene con el ascendiente; á la quinta por el trino, se le da el de los hijos, su estado, número y otros ascendientes, las donaciones, y aquello que es del gusto, amor, deleites, convites, músicas, conversaciones familiares, nuncios y dones. Tiene Venus gaudio en esta Casa: su color es melancólico, mediana su felicidad, es masculina, de cualidad fría y seca, melancólica, su consignificador Venus.

(1) Aph. 56.

CASA SEXTA

La sexta casa significa las enfermedades: es lugar desierto, y como fuera de la frecuencia de los hombres, y frecuentado de animales venenosos y hierbas nocivas; y regularmente cuantos planetas se hallan en esta casa, tantos géneros de enfermedades predicen, especialmente en la vejez. Y los planetas que se hallan en la duodécima, mayormente estando infortunados, indican enfermedades en la puericia. Significa también esta casa los criados, siervos, esclavos, los animales domésticos, y el ganado menor, y toda cosa doméstica y de servicio, el sustento y protección que el señor debe al criado, y la obediencia que el criado al señor. Tiene Marte gaudio en esta casa, y la consignificación Mercurio: su color es negro, su naturaleza infeliz; es masculina, aunque débil, de cualidad fría y seca, melancólica. *Planeta si non fuerit in locorum aliquo suce potestatis, et ipse fuerit in sexta, vel duodecima domo, tunc fortunabitur.* Ibi: Abent. y Ptolomeo (1), dice: *Exercet saepevires stellæ, quo in loco nullas habet vires lucrum inexpectatum afferens.*

(1) Aph. 78.

CASA SEPTIMA

La séptima casa se llama de las bodas y casamiento; significa la inclinación á la continencia ó al matrimonio, y el número de las mujeres y la cualidad; significa también las ventas y compras, los enemigos declarados y sus operaciones, los ladrones desterrados, fugitivos y las contiendas: ningún planeta tiene gaudío en esta casa, consignificadora es la Luna, su color blanco, feliz, femenina, de complexión cálida y seca, colérica.

CASA OCTAVA

La casa octava llaman los astrólogos lugar interficiente y casa de la muerte natural ó violenta, por cualquiera causa externa ó interna: es lugar flaco y ocioso, que no tiene vista con el ascendiente y es nocivo: significa las herencias de los muertos, los tesoros escondidos, la tristeza y los venenos letales. Dice Ptolomeo, que se mire el estado del grado interficiente, cuál de los planetas se halla en él, ó tiene con él aspecto, y según su naturaleza, insinúa la muerte. Si fuere Saturno, la muerte será por largas enfermedades, flegmas, reumas y defectos de

la naturaleza. Si Júpiter, por apostemas en el tragadero y pulmón; si Marte, por fiebres continuas y agudas; si Venus, por mala afección del estómago, del corazón y del hígado, por flujo de sangre, apostema derramada por el cuerpo y fistulas; si Mercurio, por morbo caduco, gota coral, falta de juicio y pérdida de sentido. En esta casa no tiene gaudio planeta alguno, si bien la llaman templo de la Luna; y según Firmico (1), y Pontano (2): La Luna en nacimientos nocturnos en esta casa bien colocada, aumentada en luz, y con felices rayos de fortuna, libre de infortunio, promete gran felicidad: es consignificador Saturno: su color negro, su naturaleza infeliz y mala, femenina; y su complexión caliente y seca, colérica. En esta casa se fraguó el eclipse de 22 de Mayo.

CASA NONA

La casa nona es semejante y más eficaz que la tercera, así por estar en la parte superior del círculo, como por el aspecto trino con el ascendente, que es de perfecta amistad: significa la Religión, y cosas tocantes al culto divino, las dignidades eclesiásticas, la Piedad, la Fe, las Facultades, las Ar-

(1) Lib. II, cap. XXII.

(2) Lib. II, cap. IV.

tes, la Filosofía, la Ciencia, la aptitud y la inclinación á la Religión, las buenas costumbres y recta institución: tiene también la significación de las sectas, y es casa de los viajes largos y los juicios de legaciones, y los piadosos, los sueños y las adivinaciones: tiene el Sol gaudio en esta casa, y es consignificador Júpiter; su color es melado; su naturaleza mediana y femenina, su cualidad caliente, y seca, colérica.

CASA DECIMA

La casa décima se llama medio cielo, el culmen, ó lo sumo del cielo, corazón del cielo, casa regia, Cuspis Real, y de los honores: significa los imperios, dignidades, oficios, magisterios y honores; es término y primacía de los bienes civiles á que aspiran los hombres; y también significa el género de vida, las eminencias y superioridades en las Artes, y el favor, y mercedes de los príncipes y magnates, y las privanzas; tiene significación de la madre, su estado y condición después de nacido el infante. En esta casa no tiene gaudio planeta alguno; es consignificador Marte; el color es melado; su naturaleza feliz, masculina; su cualidad es caliente y húmeda, sanguínea.

CASA UNDECIMA

La undécima casa es de fortuna, de las esperanzas, de los favores, benignidades, buenos sucesos, felices, de los amigos fieles y falsos, con quien se trata familiarmente: significa los consejeros y ministros del rey y de los príncipes. Tiene en esta casa gaudio Júpiter, el cual, hallándose en ella bien afecto con dignidad y libre de infortunio, es felicísimo, y da favor en todas las cosas; y así como la décima es casa del rey, la undécima es de los que hacen su causa, y los auxilios de la hacienda real, y de las esperanzas; y consiguientemente la primera casa del pueblo, y la segunda de su hacienda y sustancia: é impedida cualquiera de ellas, impide todo lo tocante á su partición; es consignificador el Sol; su color azafranado, su naturaleza mediana, masculina, su complexión cálida y húmeda, sanguínea.

CASA DUODECIMA

La duodécima casa significa los enemigos ocultos, las cárceles, tristezas, adversidades, insidias, y turbaciones, trabajos, envidias y dificultades; significa también los animales mayores, y el daño

que de ellos puede resultar; la fidelidad de los criados y su hacienda, algunas enfermedades, especialmente en la puericia.

Conjetúranse de aquí los sucesos que las mujeres tienen en los partos, los susurros y malas sospechas; y da aptitud para penetrar la distinción de las cosas. Tiene en esta casa gaudio Saturno; su consignificador es Venus; su color verde, su naturaleza infausta y maligna, masculina; su compleción caliente y húmeda, sanguínea. Si el señor del ascendiente se hallare en esta casa, insinúa muchos enemigos, con distinción, que si estuviere fuerte y fortunado, los supeditará; y si estuviera débil, será supeditado de ellos.

Para los eclipses, sólo harán vuestras mercedes juicio del general influjo, porque los demás sólo sirven para los juicios gentiliacos de los nacimientos. Ya que vuestras mercedes pueden ir juntando circunstancias del signo, de la casa del planeta, y de la disposición anterior del aire, vamos sabiendo en uno y otro lumínar las observaciones particulares que tienen hechas los astrólogos en cada mansión del cielo, así de los eclipses del Sol como de la Luna.





PREDICCIONES DE LOS ECLIPSES DE SOL Y LUNA

EN sus *Apotelesmas* (1); dice el príncipe de los astrólogos, Ptolomeo, que de los eclipses de los lumináres, nunca se puede pronosticar nada bueno; y que si sucede en el ascendente, pronostica muertos, graves enfermedades y peligrosas pestes. El tiempo en que sucederán los eclipses, es desde el ascendente á la casa décima, y desde la décima á la séptima, contando por quince grados de equinoccial una hora, y por cada hora un mes; de suerte, que si el eclipse sucede desde el ascendente á la décima, á treinta grados de equinoccial, serán dos horas, y por las dos horas se entiende que comenzarán los efectos de los eclipses, desde el principio del mismo eclipse en dos meses; y así contando hasta la décima casa, que hay noventa grados, los seis meses. Si sucediere desde la décima á la séptima, que hay noventa grados, se han de ir contando hasta seis horas, desde el fin del eclipse, seis meses; dando siempre á quince grados de equinoccial una hora, y á cada hora un mes. Los eclipses

(1) Lib. I, cap. VII.

del Sol tendrán tantos años de duración cuantas horas tuviere el eclipse; y los de la Luna, durarán sus efectos tantos meses cuantas horas durare el eclipse. Los eclipses de los luminares en las anuas revoluciones, son sumamente nocivos, si suceden en la distancia desde el grado ascendente al lugar del tal eclipse; y todos los accidentes de los eclipses del Sol no pueden tener más duración que doce años, y los de la Luna doce meses.

»Se deben considerar los planetas dominantes y el signo; porque los efectos no son del eclipse, sino de los significadores. Los eclipses del Sol son poderosos; y si se fraguan cuando florecen los frutos y mieses, es destrucción suya, y significa esterilidad.

»Los eclipses de la Luna pronostican lluvias, y algunos sequedad, terremotos, esterilidad é incendios. Los eclipses de uno y otro luminar hacen más su impresión en lo general de ciudades y reinos, que en lo particular de las personas. Un eclipse no puede de todo punto pronosticar en toda la tierra penurias, carestías y pestilencias, ni la peste puede durar más de cuatro años. Si el eclipse sucediere en signo humano, sus efectos é influjos serán en cosas humanas, como este eclipse que sucedió en Géminis, signo humano.

»En Aries, el eclipse daña los frutos. Los eclipses de Libra corrompen y pudren las hierbas y mueven rencores y cismas entre los eclesiásticos. En Capricornio influye copia de langostas y gusanos, amenaza perdición de naves, sumersiones en la mar, y mudanza de costumbres y leyes en las

regiones de su dominio. En Géminis y Sagitario denota muerte de las aves, y con especial las que sirven para el sustento del hombre. En Virgo y Piscis destruye todo lo vegetal, animales acuáticos, y corrompe el agua de las fuentes. En Tauro,* Leo, Escorpio y Acuario influye ruina de edificios, simulaciones y traiciones. Si el eclipse se fragua en la undécima ó duodécima casa, amenaza ruina de edificios y muerte de gente joven y adolescentes. Si en la décima ó nona, amenaza á los reyes, príncipes y eclesiásticos con muerte ó grave enfermedad. Si en la casa octava ó séptima, indica mudanzas de leyes, institutos y sectas, y con muerte ó casos notables á los viejos.

»Saturno, si fuere señor ó dispositor del eclipse, es causa de frios grandes, heladas, nieves y granizos, y en especial en los signos ácueos y aéreos, tempestades, vientos recios, inundaciones de ríos, peligrosas embarcaciones, terremotos, penuria en los frutos por corrupción y por gusanos, oruga y langosta. Mueve las enfermedades crónicas, fiebres, cuartanas pestilentes, epidemias, causa destierros, muertes, cárceles y llantos.

»Júpiter, señor del eclipse, da buena disposición á las cosas, salud, paz, acrecentamientos, ganancias, trato con los poderosos; favorece á los reyes, copia de animales necesarios al hombre y destruye lo que le es contrario; copia de trigo, templadas lluvias; temple al aire y lo limpia; da fortuna en los viajes de Indias y toda navegación, y finalmente, es planeta autor de bienes y felicidades.

»Marte, especialmente en signo ígneo, influye sequedad en las fuentes, corrompe las aguas, mueve vientos cálidos, tempestades, truenos, rayos, centellas, repentinos naufragios, pérdida de naves, destruye los animales que sirven al hombre, arruina las mieses y las plantas y árboles por langostas, gusanos, moscas, orugas y todos los animalejos que se engendran del putre de la tierra, y en las mismas trojes podrece las semillas. En signos humanos comúnmente engendra tabardillos, morbos estuosos, corrompe la sangre, arruina edificios, causa incendios, hurtos, crueles estragos, muertes violentas, guerras, tumultos en las plebes por iras y violencias de príncipes; causa destierros y prisiones; causa desestimación en los virtuosos y estimación en los crueles y facinerosos, y mueve el apetito á cosas ilícitas.

»Venus bien afecta, y señora del eclipse, influye generalmente lo que Júpiter; pero más alegría, porque causa fiestas, músicas, holguras, el cielo apacible, buenos frutos y opulentas cosechas.

»Mercurio (éste fué dispositor de este eclipse, cuya influencia vienen vuestras mercedes á averiguar) es impetuosisimo, veloz: es planeta indiferente, pero en todo camina sin reflexión; y así causa vientos turbulentos, rayos, truenos; pero poco estable en todo: hace dificultosas las navegaciones con derrotamientos, naufragios, invasión de piratas; es autor de hurtos y rapiñas, mueve borrascas y huracanes, inclina á mentiras, y es usurpador de las cosas ajenas; mueve pleitos, inclina á

mudar religión, costumbres y leyes; causa repentinas enfermedades, toses, corrupciones, vómitos, fiebres agudas; en todo es pronto, veloz é inestable este planeta; pero dice Ptolomeleo, en sus *Apotelesmas* (1), que bien afecto de otros planetas, indica lo contrario. Con que de lo dicho se infiere, que si Júpiter ó Venus, bien afectos y con amigables aspectos, son denominadores, no pronostican mal de los eclipses; porque la significación es del signo en que sucede y de los planetas que dominan en el eclipse, en que el Sol y la Luna, como causas universales, concurren con los influjos de las estrellas fijas y erráticas para que consigan sus efectos. Generalmente el eclipse en Tauro, Virgo y Capricornio significa penuria de frutos, mayormente en las semillas; en Géminis, Libra y Acuario, hambre, peste y enfermedades; en Cáncer, Escorpio y Piscis, muertes repentinas, sediciones, guerras y pérdida de naves.

»Ahora trataremos de los influjos del eclipse de Sol, por los *decanos* de los signos.

»Cada signo tiene treinta grados, y cada signo tiene tres decanos, contados de diez en diez los grados. Pues si el eclipse de Sol sucediere en el primer decano de Aries, significa grandes movimientos de armas, ejércitos, controversias, sediciones; el segundo decano, opresión y muerte de reyes, corrupción de frutos; en el tercero, tristezas, llantos y abortos en las preñadas. Si el eclipse de Sol suce-

(1) Cap. VIII.

diere en el primer decano de Tauro, destruye los negociantes y comerciantes, y daña á las mieses; en el segundo ofende á las mujeres en los partos y á los caminantes; y en el tercero predice hambre y peste. En el primer decano de Géminis, mueve entre los eclesiásticos pendencias y lides, odios, desprecio de las leyes, é irrita los ánimos, olvidándolos de toda piedad. En este primer decano se fraguó el eclipse de 22 de Mayo de 1724. Algunas disensiones hemos visto en estos días entre personas eclesiásticas (quiera Dios que cesen). En el segundo causa robos en la mar y muertes; en el último indica muerte de rey, detrimento en el estado político, é irrita los negocios civiles. En Cáncer, en su primer decano, perturba el aire con notable variedad; en el segundo, deseca fuentes y ríos; en el último, pronostica en Armenia y África, y en todas las regiones sujetas á este signo, enfermedades, pestes y pleitos. En los primeros grados de Leo, pronostica muerte de príncipe; en el segundo causa ansias, agonías y enfermedades ocultas; en el último, pronostica cautelas, atrevimientos y profanación de cosas sagradas. En el primer decano de Virgo, predice desastrado fin de algún rey; en el segundo, hambre y peste; en el tercero, amenaza con infortunios á las personas de ingenio, poetas, pintores, matemáticos, y los conduce á cárceles y á destierros. En el primer decano de Libra, corrompe el aire y mueve la peste, truenos y tormentas; en el segundo, muerte de rey, y odios entre soberanos; en el tercero, pérdida de haciendas en la mar. En el

primer decano de Escorpio causa bélicos tumultos, muertes, odios, traiciones; en el segundo, cautiverios, y daños en los príncipes, y falso ánimo de sus capitanes; en el último, amenaza venida de príncipe tirano. En el primer decano de Sagitario, predice sediciones; en el segundo, muerte de cuadrúpedos; en el último, causa aflicción en los ejércitos. En el primer decano de Capricornio, denota infortunios á varones grandes, mudanzas de rey, rebelión de la plebe; en el segundo, sucesos desastrados en los soberanos por conmoción de su ejército; en el tercero, tumultos. En el primer decano de Acuario, influye hambre y temores, tristezas; en el segundo, robos, terremotos y hambre; en el tercero, muerte de ganados y brutos. En el primer decano de Piscis, deseca los ríos é infortuna los lugares marítimos; en el segundo, muerte de personas principales, y en regiones marítimas mortandad de peces y terremotos; y en el último, crueldades é inhumanidad en los soldados.

» Cuando los eclipses de Luna se forjan en el primer decano de Aries, señalan fiebres, incendios de templos, sequedad en el aire; en el segundo, pestes; en el tercero, abortos en las mujeres. En el primer decano del Tauro, indica enfermedades y muertes, y robos en el ganado; en el segundo, muerte de reina; en el último, muerte de animales ponzoñosos. En el primer decano de Géminis, amenaza acometimientos de enemigos; en el segundo, con ejércitos repentinos; en el último, señala fama por muerte de varón sapiente. En el primer decano de Cáncer, in-

dica guerra; en el segundo, impone pensiones y tributos intolerables; en el último, enfermedades en las mujeres, súbitas miserias y muertes. En el primer decano de Leo, predice acelerada enfermedad en algún rey, en el segundo, indica viaje en el rey y mudanza en su estado; en el último, mueve los pueblos á novedades de guerras. En el primer decano de Virgo, influye discordias y sediciones; en el segundo, amenaza daño á los consejeros, letrados, hombres de negocios y comerciantes; en el último, letales morbos. En el primer decano de Libra, mueve torbellinos y tempestades dañosas, granizos y heladas; en el segundo, pleitos perniciosos; y en el último, pronostica muerte de varón grande. En el primer decano de Escorpio, conduce horrorosos truenos; terremotos y rayos; en el segundo, destrucción de lo vegetal y enfermedades en los racionales; en el último, lo mismo. En el primer decano de Sagitario, mueve hurtos y rapiñas; en el segundo, daña los animales cuadrúpedos; en el último, influye pestilencia. En el primer decano de Capricornio, causa tumores, golpes y cardenales, y muerte perniciosa de varón insigne; en el segundo, excita fuertes acometimientos é insultos, de soldados, cautiverios y hurtos; en el último, pleitos y muerte de rey. En el primer decano de Acuario, indica enfermedad peligrosa de príncipe; en el segundo, daño general en las semillas; en el último, mudanza insigne en todas las cosas. En el primer decano de Piscis, causa tristeza en prelados eclesiásticos y daño en sus bienes; en el segundo, ame-

naza muerte de varón insigne; en el último, latrocinios por mar y tierra.

—Pues ya—dijo el viejo—no tiene vuestra merced que quebrarse la cabeza en explicarnos, porque á mi parecer lo tenemos entendido; porque sabiendo la naturaleza del signo, dónde se fraguó, quién fué el dispositor planeta, la casa, y hacer un prudente juicio de la templanza del aire, digo yo, que sabremos así los influjos de éste, como de cuantos eclipses sucedan; pues es forzoso que se fragüen en uno de los doce signos, y casa; y que uno de los siete planetas sea el dispositor; después, averiguada su duración por nuestra vista, á cada hora en los eclipses del Sol, hemos de dar un año de influencia, y en los de la Luna por cada hora un mes.

—Empezó este eclipse (como vuestras mercedes vieron)—dijo yo—á las cinco y media y algo más; su medio fué á las seis y cuarenta minutos, y á este tiempo vimos eclipsados nueve dígitos y cuarenta minutos del cuerpo solar; el Sol se puso á las siete y diez y seis minutos; con que la duración de este eclipse fué en nuestro horizonte una hora y diez y seis minutos; de que se infiere que sus influjos durarán por más de año y medio. En Londres y en París le observarían sus astrólogos. Para saber á qué hora se empezó á hacer visible en toda la Europa este eclipse, es muy fácil, porque en cualquiera libro viejo de la Facultad hallarán vuestras mercedes la longitud y latitud del lugar; y sabiendo á qué hora se celebra el eclipse en nuestro horizonte, se sabe en todas las demás regiones de este modo.

Si el lugar para que quisieres computar el eclipse es más occidental que tu región, has de añadir á los grados de longitud de tu región de los grados del lugar donde quieres saber, y los grados convertidos en horas y minutos, y esta será la diferencia del meridiano; por cada quince grados se ha de tomar una hora, y por cada quince minutos de grados un minuto de hora; y si el lugar fuere más oriental, has de quitar los grados de él de tu lugar, y quedará hecha la observación. En el primer decano de Géminis, en un grado y cuarenta minutos, se vió el eclipse la cabeza del dragón en veintisiete grados de Tauro; en el ascendente estaba Escorpión, en la octava casa, casa de la muerte; el Sol y la Luna en el dicho signo de Géminis, Saturno en veintinueve grados de Sagitario retrogrado, Júpiter en veintiséis de Capricornio, Marte en ocho de Virgo, y Venus en veinticinco de Aries. Mercurio, Almutén y general dispositor, indica esta figura.

—No se fatigue vuestra merced—volvió á decir otro—, que ya sabemos lo que pronostica, pues recurriendo con este particular de Géminis, signo en casa octava, ascendente Escorpio, Mercurio, Almutén; y conociendo nosotros las malignas cualidades de que el fuego, sulfur y betún subterráneo, con la doctrina general que vuestra merced nos ha dicho, pronosticaremos ya cuanto sea posible en las conjeturas.

Yo no sé si fué la campana de los Padres basilios, que tocaba ya á la oración, ó la piedad de un amigo que pasando por la calle daba gritos á la

reja; en fin, yo ignoro á qué piedad debí el volver á ser dueño de mis potencias; y recobrado, no me pesó del sueño, pues las memorias generales perdidas ya en la memoria, me las sacó á plaza la fantasía, y quise copiar con la pluma lo que en la imaginación creí dibujado. Y así, lector, si te gusta el sueño, dame las gracias, y si no, haz lo que quisieres; que yo, en ofreciendo y sujetando cuanto soñé y cuanto he escrito á la santa Iglesia católica romana, á ti se me da muy poco no haberte dado todo el gusto que esperabas.

DIOS SOBRE TODO



LA SUMA MEDICINA
O
PIEDRA FILOSOFAL

DE

DON DIEGO DE TORRES

Profesor de Filosofía y Matemáticas

DEDICALA

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

DOÑA LUISA CENTURION, etc.

Marquesa de Almarza, y Flores de Ávila, etc.



DEDICATORIA

*A la Excelentísima señora doña Luisa Centurión, etc.,
marquesa de Almarza, y Flores de Avila, etc.*

SEÑORA:

Desde la hermosa, apacible confusión de estos bosques, en donde vivo sobredorando lo siervo con los subidos quilates de vasallo, remito á Vuestra Excelencia la *Piedra filosofal*, para que sea también de toque, en que se acredite y pruebe el oro finísimo de mi veneración. Con vanidad la entrego á la experiencia, y en todo tiempo responderé por su buena ley, pues en el crisol del agradecimiento, artifice el alma, despegó su espíritu de las impurezas que padece el más bien dispuesto mineral de nuestra frágil organización. El cuidado de este papel (que digo yo que me remite el Ermitaño) es persuadir que puede el artificio y la observación trabajar una *Suma Medicina* para enriquecernos y librarnos de toda futura y presente enfermedad; la primera parte es despreciable en Vuestra Excelencia, porque no contiene el mundo preciosidad que pueda hacerla más poderosa. La segunda, que cuida de la salud, es la que con más gusto mío (y como menos falsa) remito á Vuestra Excelencia como quien desea tanto su vida; y por sí en mis escritos se descubren algunos secretos que con evidencia libren de futuras enfermedades, he querido que sea Vuestra Excelencia quien primero los disfrute; y cuando no se me logre esta buena intención, sírvase Vuestra Excelencia con el deseo de quererla inmortal.

Otras veces, en lo sucio de mis planas parlé á Vuestra Excelencia y al marqués, mi señor, mis felicidades; y si dejara á la pluma que dictase las abundancias del ánimo, cada instante pregonará sin descanso mis dichas; pero como ésta es sospechosa lisonjera y en las dedicatorias tienen perdido el crédito las expresiones, las sufro en el alma y sustento en el labio, esperando sólo en el decir las deseada ocasión de acreditarlas; y en cuanto á este beneficio y mi agradecimiento, volveré á repetir que estando á los pies de Vuestra Excelencia me burlaré á cara descubierta de la fortuna: sus halagos y sus gestos los conozco embustes, sus propuestas mentiras, y sólo á empujones podrá arrojarme de tal sagrado; y si por desgracia mía pudiese más su coraje que mi cuidado, me ocultará para siempre el monte que hoy me sufre y huiré de todo lo que quiera parecer empleo ó conveniencia, y sólo será un retraimiento ó abandono mi destino, contento siempre en la mayor descomodidad, pues á todo lugar y en todo tiempo arrastraré la dulcísima cadena de mi servidumbre, y ya la honra de haber comido su pan y hollado sus umbrales no me la podría quitar la más avarienta desventura. Guarde Dios á Vuestra Excelencia en la feliz compañía del marqués, mi señor, los años que puede y yo deseo. De este retiro de Vuestra Excelencia, Valverde, y Abril, treinta de mil setecientos y veinte y seis.

Excelentísima señora.

Besa los pies de Vuestra Excelencia, con toda veneración y respeto,

Su siervo,

*Diego de Torres
Villarreal.*



AL LECTOR

PRÓLOGO, QUE ES PRECISO QUE

*lo lea, y si no, se quedará en ayunas de
la obra, que éste no es como otros,
que más han sido bachillerías
que advertencias.*

DESENOJANDO á la vida de las porfiadas razones de la urbanidad (trabajosa ocupación del ocio cortesano) y alicionando al espíritu más en las verdades de la naturaleza que en las voluntarias leyes del melindre, estoy, lector mío, en la suave sola situación de estos carrascos, salvaje racional de estas malezas; aquí me visita el tiempo más despacio, y se detiene conmigo algunos ratos: sólo en la aldea conozco que es caduco, porque me viene á ver con muletas, y allá me visitaba con alpargatas; en los pueblos corre, y en estos retiros descansa; por soplos me contó los años en la corte, y se huyeron los meses sin razón ni cuenta, y por estas soledades viene arrastrando las horas, de modo que pasan con su cuenta y razón; en cualquier lugar es sueño la vida y muerte el hombre; pero aquí vivo siquiera lo que sueño, y me voy acabando más acomodado y menos enfermo, porque el sol, el aire y el humiento calor de los tizones (médicos examinados por la Providencia) me curan y desecan las húmedas hinchazones de que se queja el más cerrujo de la corte; respiro sin quejas, paseo libre, miro sin estorbos, discorro poltrón y me gasto las horas como yo me lo mando, sin vecinos ni visitas, que son las dos tarascas que se engullen las vidas; estudio

mucho en huir de las penas y cenas, que éstas, cuando vienen á buscar á un desdichado, se traen de camino la mortaja, y el pobre humor que se descuida, dan con él en tierra: recibo las pesadumbres cuando vienen lloradas y enjutas; á las desdichas no las abro la puerta, que mi organización es posada de arrieros más locos, y una locura en cualquiera parte se acomoda, y las señoras penas, como se precian de graves, no se pueden esparcir en mi fantasía, y es ruin mesón mi espíritu para tan hinchada soberbia; ceno poca carne, y en abreviatura, doy gracias á Dios; me acuesto temprano, y doy gusto al gran Avicena, señor del aforismo, y á sus secuaces les niego el atributo que les paga nuestra glotonería.

Libre el alma de estos sustos, retoza el animal con un desahogo que hace menos pesados los humores; el cuerpo se baña en un sayo vaquero, entre sotana y caperuza, los ijares se chapuzan en un pár de calzones miqueletes, en donde se acomodan los lomos, convaleciendo de los estrujones del traje, polaina justa, zapato pecador de cuatro suelas, bueno para edificio, porque es ancho de cornisas, y la nuez del pescuezo hecha piernas, desde el hueso esternón hasta la mandíbula, sin que la tenga de las agallas el garrote de cuellos, golillas, corbatas, ni otros arreos, á quienes se les puede perdonar el adorno por la carga.

Los alientos, que estaban tísicos, las fuerzas éticas, las respiraciones dificultosas, y todos los movimientos emplastados de la ociosidad, ya van cobrando su nativo valor con el nuevo ejercicio; á todos doy á beber los sabrosos cordiales del esparcimiento, ya arrojando un canto, apedreando un cuerno (que esto se llama jugar á la calva), y esto lo ejercito pocas veces, que por acá hay pocas calvas con cuernos, al revés de otras poblaciones, que no hay calva, por estéril que sea, que no brote estos duros pelambres; ya burlando á un novillo, haciendo sudar á un caballo, y ya rodando un monte por asustar á un pájaro, tareas todas, aunque reñidas con la seria

política, gustosas y acomodadas á la vida natural; pues una tarde (aquí va empezando lo preciso del Prólogo) estaba yo bien entretenido con las tres personas de este pueblo, birlando á competencia nueve bolos, cuando me apartó de su compañía y mi diversión un criado que me traía las cartas que, desde la corte y otras partes, me escriben algunos amigos que no me han querido olvidar; llevóme la atención una más abultada que las regulares, de un pliego, y abriéndola, me hallé (por no cansarte) dentro del sobrescrito aquel cartapacio alquimista que me había ofrecido el Ermitaño que me recogió la noche triste de la mula; llegaron los colegiales de campiña á saber novedades, y habiéndoles leído la *Gaceta*, les dije: «Aquí viene una obra de gran consideración, hagamos rancho, y vamos leyendo.» «Que nos place», dijeron los tres; yo leí, y aquellas hojas, en donde se explica en latín el Ermitaño, se las construía yo, de modo que quedaba contenta su sencillez. Uno de ellos, que es el Cicerón de este concejo y el Aristóteles de esta ribera, levantándose de un poyo, en donde estuvo oyendo con toda atención, dijo: «Ello bien claro lo dice, y á fe que el Ermitaño no es como los de esta tierra, que son unos porros, que sabe un punto más que Satanás; pero aunque él lo asegura tanto, á mí me parece más fácil sacar esa Piedra de la vejiga del diablo que del mercurio, y es mucho que esos chinos, ó como se llaman, hayan tenido Piedra, desanguándose tanto por todas partes; pero en fin, sáquese ó no se saque, yo me he alegrado tanto de oílo, que si Dios me diese algún hijo en la mi moger, lo he de poner á sulfurco y pedrero, que todos los hijos de la piedra son muy dichosos, y ahora se me ha venido al caletre, que antaño pasó por esta serranía un astrólogo de estos, y de las hierbas del campo y los mocos que arrojaba el herrero hacía agua muy clara, y diz que á sus solas formaba oro y plata.» Estas razones dijo el noticioso patán; y yo, respondiendo á él, y hablando contigo, lector, dije: «El intento del

Ermitaño en esta obra es persuadir con la natural Filosofía, que del mercurio y el sulfur se compone una unión de elementos, y en ellos se oculta una quinta esencia, que con ella y otras especies vertidas en todos los cuerpos metálicos y humanos, los purga y modifica las superfluidades, flemas, impurezas, y otras enfermedades; esto es, al impuro estaño lo limpia de aquella virtuosidad y lo deja plata, al sucio cobre lo purga de sus flemas y lo transmuta en oro, y al cuerpo humano lo libra de las enfermedades presentes, y reserva de las futuras de cualquiera especie y condición que sean; los preceptos que da el Ermitaño para formar esta Suma Medicina son muy racionales, y aunque yo en la primera parte de esta obrilla los aborrecí, fué por no estar enterado en sus principios, y porque no entendí las metáforas con que se explican en sus libros estos filósofos enigmáticos; entendiéndolos tú, lector amigo, podrás hacerte de oro, y robusto de salud (si la operación sale conforme te aseguran estas doctrinas), y cuando esto no logres, te enriquecerás, á lo menos con las voces de una graciosa Filosofía ignorada en nuestra España; yo la he leído, pero no he procurado la experiencia; si se me detienen algunos cuartos, puede ser que los gaste en hornillas y alambiques, y como encuentre esta Piedra, te prometo de decírtelo con tal claridad, que no necesites más maestro (que todavía no está explicada á mi satisfacción esta obra, y el Ermitaño no ha querido vomitar todo el veneno); y si no la encuentro, también te avisaré, que á mí me tiene gran cuenta festejarte y servirte, porque tú eres mi piedra filosofal, de donde yo saco con más seguridad el oro, la plata y el cobre. Y con esto á Dios, que no se me ofrece más. VALE.





LA SUMA MEDICINA

O PIEDRA FILOSOFAL

que saca á luz, de las tinieblas, de enigmas y metáforas con que la oscurecieron los chemistas filósofos, un Ermitaño, codicioso sólo del aprovechamiento de los curiosos.

LA parte más famosa, más oculta, más difícil, más noble y más secreta de la Filosofía natural es la que te escribo desde estas soledades donde habito, monstruo racional de estos carrascos; he procurado dictarla y escribirla con toda claridad y sucinta gramática, limpiándola de las enigmas, figuras y metáforas con que la ocultaron y oscurecieron los avarientos chemistas que se dieron al experimental estudio de esta gloriosa ciencia, procurando, más que descubrirla, enterrarla. El genio prudente conocerá á la primera vista lo famoso y verdadero de la operación, y aun el mediano discurso, á continuado desvelo, conseguirá el fin de estas operaciones, excluyendo miserablemente á los de duro ingenio. Debe ser el estu-

dianete artifice de esta profesión, escogido, y práctico en el conocimiento de la naturaleza y en la anatomía de los metales y tener averiguadas sus generaciones, enfermedades, imperfecciones y otras impurezas en sus minas; y del mismo modo debe conocer los tres órdenes de medicinas, ó piedras; pero como las dos sean sofisticas y falsas, ó á lo menos conjeturables, trabajará el buen profesor en una sola, que es la tercera, la gran Piedra, Suma Medicina filosófica, única y cierta del todo, de la cual solamente escribieron los verdaderos filósofos, y la trataron en sus libros, dejando como inútiles y vanas las otras dos órdenes de medicinas y piedras; y así yo, imitando la lección, estudio y manufactura de los más graves, escribo esta tercera orden, apartándome de otros intentos inútiles, y antes de empezar mi Tratado (porque si fuere á otras manos) quiero decir cómo ha de ser el profesor de esta inclita Filosofía.

Tengo el consuelo, amigo Torres, de que estás adornado de algunas de las amables prendas que han de componer al buen operario de estas artes; si sólo he comprendido en ti la poquísima constancia en esta precisa diligencia, porque te advierto variable en todo linaje de propósitos; pero venciendo la gran pasión que tienes á la flojedad, no dudo yo sacar en ti, con mi doctrina, un famoso profesor que acredite la maltratada (por no conocida) ciencia de las ciencias; y por si acaso en las demás propiedades tuvieres que enmendar, quiero decirte (así á ti como á cualquiera que leyere este Tra-

tado), cómo ha de ser el profesor de estas operaciones.

No ha de ser garboso, y que pique un poco en desbaratado en despreciar sus dineros; debe ser firme en la empresa, ni muy tardo ni muy pronto, fino observador y cauteloso; ha de estar sano, sin estorbos en pies, manos, ni en la vista, ni ha de ser muy viejo ni muy mozo, ni tan pobre que no tenga con qué suplir los primeros gastos, para alcanzar esta suntuosa y poderosa Filosofía; y en fin, debe ser el aplicado á esta ciencia hijo verdadero de la doctrina, varón de sutil talento, medianamente rico, pródigo, sano, constante, firme, suave, pacífico, templado y bien dispuesto de órganos y miembros; ha de estudiar muchas veces en esta doctrina, y sacar de sus discursos y su noticia las verdades, y sacadas, recomendárselas á la memoria, y entrar al fin con desinterés y cuidado en la operación; y siendo el profesor, como llevo insinuado, sin detenerme en otras impertinencias, voy á desengañarte, en las siguientes hojas, de aquel tropel de errores en que te vi las tres noches, que con gusto mío te comuniqué; no me repares en el estilo, que yo no entiendo de otras recancanillas que de escribir con verdad y sencillez lo que tengo leído y experimentado, y lo que por mis propias manos he hecho, sin más principios ni más materias que las que se siguen.

Es preciso que sea loable y dichoso el fin de cualquiera intento cuando los principios están bien estudiados; y aún dice Aristóteles, en el primero

de los *Éticos*, que no se duda el fin, sabido el principio: *Qui scit principium alicuius rei, scit fere usque ad fines eius*. Así, pues, empezaré por los principios de esta famosa Filosofía, para que á éstos suceda la gloriosa consumación que deseo. Son, pues, los principios de esta ciencia los mismos que en los metales, y la materia principal de éstos en sus minas, de la cual se engendran; es el agua-seca, agua viva, ó argento vivo (que con todos estos nombres la bautizan los chemistas) y el *spiritus-færens*, ó sulfur; pero es de notar que éstos, en su naturaleza, como los crió Mina, no son la materia que buscamos, porque en aquellos lugares donde son engendrados no se encuentra algún metal; es, pues, su materia una sustancia creada por la naturaleza que contiene en sí á la naturaleza y sustancia del argento vivo y el sulfur, y de esta materia ó sustancia, de estas dos se engendra y procrea otra sustancia sutil y fumosa en las entrañas de la tierra y venas minerales, en donde se congregan y detienen; y después que la virtud mineral baña á la dicha fumosa materia, la congela y une, con unión inseparable y fija, por medio del calor y decocción natural, templada en la minera, y tan unidos, que ni el húmedo que es el argento se puede separar del seco que es el sulfur, ni el seco del húmedo. De esto se infiere que en los metales se dan naturalmente cuatro elementos, y que éstos son homogéneos, que no son otra cosa que unos humos sutilísimos, congelados y fijos por decocción natural en la minera, y alterados en naturaleza de metal. También se

saca de esta doctrina que el húmedo radical de los metales en su calcinación, por la homogeneidad y fuerte unión con los elementos, no se consume ni se separa, como sucede al húmedo radical de la piedra, por faltarle la unión con el seco ó sulfur; y así vemos que el húmedo de las piedras es volátil y huye del fuego, y el húmedo de los metales es fijo y permanece en él; que el sulfur, en la generación de los metales, es como agente, y la sustancia del argento vivo es paciente; y por esto al sulfur llaman *Pater mineralium*, y al argento vivo *Mater*.

De lo dicho conocerá el artifice filósofo que la naturaleza, en la creación y formación de metales, tiene cierta sustancia ó materia; es, á saber: el argento vivo, de la cual materia hace salir en la mina aquella fumosa sustancia ó material sutil que después, con el artificio de la naturaleza, se convierte en metal. Aquella, pues, primera materia, de la cual se engendra la dicha fumosa materia, es cuerpo, y aquella fumosa, engendada de ella, es espíritu; y así la naturaleza hace del cuerpo espíritu, y la hace subir desde la tierra al cielo, porque de una materia corporal hace una cosa espiritual; y porque á esta materia espiritual la docta naturaleza convierte en metal (como hemos dicho), entonces hace del espíritu cuerpo, y así la hace bajar del cielo á la tierra (póngote, Torres amigo, estas ascensiones y descensiones á la tierra y el cielo porque son metáforas con que ocultaron estos famosos principios los avarientos químicos, y porque si le-

yeres sus libros no te confundas); y así, volviendo á atar el hilo de nuestra intención, digo que en todas estas operaciones verdaderamente no podemos seguir á la naturaleza, pero hemos de procurar imitarla con atención, ya que no en todo, en parte. También es cierto que todos los metales, en cuanto á la raíz de la naturaleza, son todos de una misma sustancia ó materia, pero no de una misma forma; y esto es, por la enfermedad ó sanidad, mundicia ó inmundicia, cuantidad ó poquedad de la sustancia del argento vivo y el sulfur, en la unión natural, por la distinta cualidad de minas y la larga ó breve decocción de la naturaleza; esto me parece que basta para dar á entender la general generación de los metales, voy á decir los radicales principios de esta secreta Filosofía.

Los radicales principios en que se funda esta ciencia, son: cierta y determinada materia ó sustancia propia del argento vivo, y sulfur fumosa, y sutil de naturaleza de estos dos, engendrada por nuestro artificio limpidísima, clara, en la cual existe el espíritu de la quinta esencia, como diremos después; no es esta sustancia, ni el sulfur ni el argento, conforme están en sus mineras naturales, sino cierta parte de estos dos, que ni es sulfur ni argento. Esta sustancia que digo, fumosa, volátil, se fija y se mata y convierte en otra sustancia de argento y sulfur, que es pasible en el fuego, y nunca huye de él, antes bien, persevera siempre, la cual, después, por la decocción templada y continua, y por maestría de este arte, se congela en

una piedra flúida tingente y que persevera en el fuego. Algunos filósofos dicen que de solo el argento vivo, sin las comixtiones ó mezclas del sulfur, se engendra esta materia; pero esto es lo mismo que voy yo afirmando, porque el argento vivo contiene naturalmente en sí el sulfur rubro mezclado (y este sulfur rubro yo le he sacado de la albura del argento vivo con mis propias manos). Los agentes en la operación de esta ciencia son el agua y fuego, y estos dos elementos se coadyuvan juntamente; la tierra y el aire son los pacientes; el agua es el macho; la tierra la hembra; el Sol es el padre y la Luna la madre; de muchas cosas necesitamos en este arte que no las ha de menester la naturaleza, pero nuestro estudio ha de ser imitarla: en estas cosas de que necesitamos, es de advertir que están los cuatro elementos, y conviene con precisión saber convertirlos unos en otros, mudarlos y alterarlos; es á saber, hacer del húmedo seco, del frío cálido y del cálido frío; y de otra suerte es imposible consumir con perfección la obra; nota que así como la naturaleza hace del cuerpo espíritu y del espíritu cuerpo en la generación mineral, así los químicos en la generación de la piedra (que hemos de hacer) por nuestro artificio, haremos los cuerpos espíritus y los espíritus cuerpos, que por eso dice Aros: *Facite corpora spiritus, et inveniens quod queritis*, con que de todo lo dicho sacamos que los principios y operaciones de esta ciencia son semejantes á los de la naturaleza; pero nosotros necesitamos más cosas que ella para nuestros trabajos.

Dados ya los principios de la generación de metales y los de esta inclita, admirable ciencia, así, generalmente, ahora iremos viendo la operación y maestría del arte.

Todo el artificio de esta piedra oculta filosófica tiene dos partes de operación: la primera es el *elixir*, y ésta se llama *primum opus*; la segunda parte es de la operación de esta piedra, que es el *secundum opus*, la cual se hace de otro modo, y en distinto vaso. Muchos filósofos, en sus libros, primeramente enseñaron á hacer la segunda obra, esto es, la operación de la piedra; y algunos hablan en sus escritos unas veces de la primera, otras de la segunda, á fin sólo de confundir y cegar al aplicado, y para ocultar de los ingenios esta famosa ciencia. Yo, amigo, seguiré el recto orden en la operación; y como la ejercité con mis propios dedos y vi con mis ojos, así pondré la doctrina. Lo primero es necesario que las materias se conviertan en *elixir*. Este *elixir* es el primero y principal fundamento de esta piedra preciosa, la cual por la segunda obra se convierte en verdadera *piedra filosófica y medicina suma*; la cual quita de lo comixto lo enfermo y lo imperfecto de los metales, y los reduce á sanidad y perfección, y realmente lo convierte en lunífico ó solífico, según el color de la tal piedra. Dividen los filósofos al *elixir*, y dicen que tiene cuerpo, alma y espíritu, y éstos están unidos en aquella unión de la naturaleza, á la cual, por nuestro artificio, la ministramos para que la haga, y por eso nosotros no hacemos el *elixir* ni la piedra, sino la

naturaleza, á quien damos la materia para que la fabrique; á la tierra de esta suma medicina llaman cuerpo, fermento ó secreto de la piedra ó del *elixir*, con que de la sustancia sutilísima y purísima del argento vivo, el sulfur y nuestra tierra se compone el *elixir*, y en esto consiste nuestra piedra.

De dos modos se considera el *elixir* en esta ciencia; hay *elixir* para lo blanco y para lo rubro; vamos viendo el *elixir* para lo blanco primeramente, y de sus especies de que se compone: de las especies del *elixir* para lo blanco han variado mucho los filósofos y las han dado diversos nombres, unas veces tomándolo de su color y otras de su naturaleza, pero siempre añadiendo ó quitando algo para engañar á los curiosos y deseosos de saber esta ciencia, unos buscaban este *elixir* en los vegetables; y aunque esto es posible por la naturaleza, no es posible al filósofo, porque es breve la vida para esta operación; otros le buscaban en las piedras preciosas, vidrios y sales, y éstos trabajaban un imposible contra los principios de la naturaleza, pues lo más que de estos entes se puede esperar (después de largo tiempo y crecido trabajo) es la alteración; otros, en los espíritus solamente del sulfur y el mercurio, con sus compañeros la sal amoniaca y el arsénico; y otros, en todos los cuerpos de los metales; pero todos estos sudaron vanamente; y así, omitiendo otros muchos, diré sólo lo que verdaderamente conviene á este *elixir*.

Cuatro son las especies que son precisas para componer este *elixir*; es, á saber: el argento vivo,

el sulfur citrino volátil que huye, el sulfur verde fijo, y el sulfur blanco fijo, y estos tres sulfures son flúidos como la cera; de estas especies son mejores las nuevas que las viejas; el buen sulfur verde es el que, quebrantándolo, aparece la fracción clara, y verde, y es lúcido, á manera del vidrio; y por esta razón lo llama Morieno á este sulfur, *vidrio*, por la razón de su color y lucimiento; el sulfur blanco fijo es el mejor el que fuere más blanco, que tenga su fractura blanca, luciente, y que descubra los granos oblongos, aunque no mucho, y poco gruesos, los que no son buenos que descubra el sulfur citrino volátil.

Compónese, pues, el argento vivo con el sulfur vivo citrino, de tal suerte, que uno y otro sean alterados y convertidos los dos en una masa rubra, la que llamamos tierra rubra ponderosa: de estas dos especies su composición, ó disposición, habla Morieno en su libro *Ad Regem Hali*, y dice: *Fac ut, sumus albus, idest Mercurius, fumum rubrum, idest sulfuris capiat, et simul ambo efunde, et coninge, ita quod pars pondus aponatur*. Pero respecto que esta tierra rubra, lúcida, ponderosa y venal se encuentra, no nos cansaremos en su composición, y así prosigamos nuestro intento. Habiendo, pues, comprado estas especies, toma una libra del sulfur verde fijo, y muélelo sobre un mármol ó pizarra limpia, hasta que se haga un polvo minutísimo; toma después tres onzas de sulfur blanco fijo, y en el mismo mármol las molerás con cuidado, y guardarás aparte uno y otro; toma también otras tres

onzas de tierra rubra, lúcida, ponderosa, que está compuesta del sulfur y el mercurio, y majarla también, hasta que en la tal tierra no se vea nada de lo lúcido, y queda un polvo rubicundo y grave; y toda esta obra la llaman los filósofos *opus contritionis*; y á esta obra de contrición la llaman también *hiems*, ó invierno; porque, como el invierno, está destituido de todo fruto y virtud agente natural; y así también esta obra de contrición está destituida de toda operación agente al *elixir*, porque nada de estos antes está mezclado.

Hecha, pues, la operación del invierno, luego sin intervalo comienza la obra de composición y mezcla de estas especies, que es así: á todos estos polvos de estas especies, júntalas; y mezcladas en el mármol, hasta que toda esta materia aparezca rubra, y á toda esta materia rubra divídela en dos partes iguales; cada una de estas partes de esta composición ó preparación se pone en un vaso propio y destinado á este fin; en tal vaso siempre se ha de hacer esta obra, de modo que el vaso alambico de vidrio se disponga así: han de ser dos vasos el vrinal y el alambico (como regularmente se hace en todas las destilaciones) sino al contrario, la boca del alambico ha de entrar en la del vrinal; después se embarra y cubre con el lodo filosófico, y se deja secar y endurecer, y luego se vuelve á cubrir, de modo que no pueda evaporarse por las junturas espíritu alguno; y llámase la obra presente *opus veris*, porque como en el verano universalmente todas las cosas naturalmente se unen, para fructificar

así estas de que se compone el *elixir*, se unen para fructificar y engendrar esta piedra filosófica.

Fáltanos ahora decir el residuo de esta operación, y la que nos resta de hacer se llama *cæstas*; porque así como los frutos de la naturaleza, por el calor, salen de la tierra y suben á gozar del aire, para llegar después al otoño, esto es, á la naturaleza y perfección, así también en este *elixir*, por el calor del fuego material, salen de esta tierra y suben al aire, para llegar al otoño á perfeccionarse. Hablando, pues, de esta disposición, contrición y separación, dice (para concluir esta obra) Aristóteles: *Ad Alexandrum Regem*, en el libro *De secretis secretorum* (1), ó *Alexander accipe lapidem mineralem vegetabilem, et animale, et separa elementa*. Luego debemos empezar por la separación de elementos, que es así: de esta tierra rubra se han de separar los elementos; esto es, lo puro de lo impuro, lo diáfano del opaco, y lo claro de lo turbio, es como se sigue: puesta esta tierra en los dos vasos urinales con sus alambicos enlodados, entonces pondrás el vaso singular, hecho á este fin, en el aludel sobre cenizas, y el aludel esté seco y bien sigilado, con el luto sobre el horno, dispuesto para esta operación; cada vaso ha de tener su horno y su aludel, y en estos hornos compondrás el fuego, templado de tal suerte, que dentro del horno, en el hondón del aludel, puedas tener la mano sin peligro de quemarse, y en esta disposición y continuada templan-

(1) Cap. penúlt.

za del fuego está la felicidad de la obra, porque si das mucho fuego, la materia se fundirá en los vasos antes que vuelen los espíritus, y antes de secarse dicha materia en el vaso se quebraría todo y se perdería toda la obra.

Dispuestos así los vasos con el templado fuego en sus hornos, entonces el vapor de estas materias sube al alambico en humo sutilísimo, y este humo se convierte en agua limpia, serena y clara que contiene en sí la fuerza y valor de todas las especies, de las cuales se engendran; la cual, engendrada ya y causada en el alambico, baja por el cuerno de ciervo ó nariz del alambico, el cual ha de ser agudo, suave y corvo, á manera del cuerno de ciervo. Las primeras gotas de esta agua no sirven, y así no se reciben en vaso alguno; y para saber el verdadero tiempo de recibirlas harás así: después de quince ó diez y seis gotas vertidas, tomarás un cuchillo caliente un poco y ponerlo en la boca del alambico, y aguarda que caiga una gota sobre el plano del cuchillo, y si ésta se bulliese y pusiese negra sobre el plano, entonces es tiempo de recibir el agua; y si no, no, porque todavía contiene aquella agua gran porción de flema, y de ésta es preciso que se purgue, y no lo estará verdaderamente hasta que tenga la dicha señal. Conocido, pues, que el agua se purgó de la flema, tendrás dos vasos, para recibir la de vidrio, que tengan el hondón redondo y el cuello largo, como cosa de medio pie, y estos dos vasos sean espesos y fuertes, porque de otra suerte no retendrán al agua, porque su

demasiada virtud y fortaleza los quebrará, y estos vasos los pondrás debajo de los alambicos, de modo que entren dentro, juntándolos á los cuellos de los vasos cuanto pudieres, y cúbrelos con un paño de lino seco, y así recibirás el agua. Continuarás el fuego débil por un día y una noche, después aumentarás el fuego, no de golpe, sino es poco á poco hasta doblar el calor, y en este aumento de fuego se ha de continuar hasta que se ponga rubro el alambico, y en apareciendo rubro se ha de mantener en aquel color, y el fuego se ha de continuar en aquel estado, hasta que salga toda el agua que ha de salir, y entonces añadirás más fuego, y hacerle con llama, para que aquellas partes más gruesas y fuertes salgan también, y este fuego de llama se ha de continuar por seis horas hasta que salga toda el agua fuerte y espesa, y aparece la tierra seca y sin humor, y así quedará el agua bien hecha.

Llámase esta agua, agua de mercurio y de sulfur, porque se engendra y sale de estos dos; llámase también entre los químicos fumo, viento, aceite, agua, aire, fuego, vida, alma y espíritu; y por fin, el nuestro mercurio que buscamos, que es fuego comburente, disuelve todos los cuerpos con una obra sola, que es con la del otoño: llámase esta agua por los filósofos *lapis benedictus*, porque no es piedra ni tiene naturaleza de tal, y por esta razón se llama *piedra*, porque los filósofos llaman piedra á todo aquello de lo cual se pueden separar los cuatro elementos por arteificio; porque hecha la separación de ellos por su conjunción ó unión en este magiste-

rio al químico; es, á saber, en la obra autumnal se suscita cierta sustancia, á modo de las piedras, que por la admixción del húmido con el seco se engendra. Llámase, pues, *benedictus*, porque los elementos separados y después juntos sobre una quinta esencia (como diremos luego) que se llama *espíritu de la piedra*, y porque el espíritu no aparece, ni se toca, sino es tomando cuerpo en algún elemento, por eso este espíritu, por la nobleza de su naturaleza, toma cuerpo en la noble y superior esfera de los elementos; esto es en la esfera del fuego, quedando siempre en su naturaleza espiritual, y por eso no es fuego ni tiene tal naturaleza de fuego, aunque habita en él; y porque este cuerpo ígneo por su sutileza y pureza no se deja ver de nosotros, y así, mediante los instrumentos idóneos, y la industria, convirtiendo su sutil sustancia, componiendo, condensando, y secando, sublimando, y destilando de la dicha materia, y se convierte en especie de agua, y, manando ésta, se separa y limpia de las superfluidades de la flema. En esta dicha agua todavía no están los cuatro elementos, sino sólo tres, agua, fuego y aire, y estos tres juntamente se purgan y separan de su inmundicia, esto es, de las impuridades de su tierra; en esta separación del agua llamamos elemento áqueo á su humedad, aire á la naturaleza del agua, que hace que todo el cuerpo fluya á manera de gotas de goma; y por esta razón llaman también *oleum*, ó aceite; fuego se llama en esta agua aquella virtud, con la cual quema, calcina y disuelve los cuerpos, en el cual fuego habita el dicho espí-

ritu de las piedras. Separados, pues, estos elementos de su tierra, y hechos espirituales con el espíritu de la quinta esencia, convertidos en agua (como tenemos dicho) se han de juntar á la tierra, para que esta tierra también se haga espiritual como los otros tres elementos.

Ya hemos llegado á la composición de estos tres elementos con el cuarto, que esta es la composición que ocultaron los filósofos; llámase esta composición *matrimonio del cuerpo con los espíritus*, porque en esta obra se junta el espíritu de la quinta esencia, que está oculto en los tres elementos con nuestra tierra, que es el cuerpo, y se hace la unión ó matrimonio, de tal suerte, que la tierra se hace espiritual de naturaleza, sutil, y de espíritu, y desde entonces se empieza á perficionar la virtud; este espíritu de naturaleza térrea, que se dice: *quintum ex quatuor generatum*, por lo que dice el filósofo: *Vis eius integra est, si versa fuerit in terra*. Hácese, pues, esta composición, no con las manos, sino es por obra de la naturaleza, á la cual, por magisterio admirable, administramos esta materia, para que opere en ella.

Debe hacerse este matrimonio, luego que el agua esté hecha, y no se debe esperar mas que *ad summum* dos horas, porque se desvanece pronto la virtud de este espíritu; llámase esta obra del otoño, porque así como los frutos llegan á su perfección y madurez en el otoño, así esta agua consigue su perfección en este matrimonio; llámase también *impregnatio lapidis*, porque cuando se hace este ma-

trimonio, ó conjunción de este espíritu, con el cuerpo se impregna la piedra; esto es, el cuerpo, ó tierra nuestra, de este espíritu de la quinta esencia, en el vientre de la dicha agua, en el cual vive oculto este espíritu; hácese del modo siguiente:

Lo primero, hemos de suponer, firmísimamente, que aquella tierra, ó heces, de las cuales salió esta agua de los tres elementos, se ha de arrojar, porque no tiene virtud alguna, como dice Alfidio: *Fæcem projice in alia enim hæc aqua plantatur, et radicatur*, y así se entiende bien lo que dice Aros, que *opus istud in uno incipit, et in alio terminatur*. Tómese, pues, de nuestra tierra y quitense de ella todas las humedades superfluas, y sepárense de ella hasta que quede blanca, lúcida, y afinada en un todo; de esta tierra purificada y hecha polvos, tomarás dos cortas cantidades, y la una de ellas échala en uno de los vasos sobre el agua, y la otra porción en el otro vaso, cerrados ambos, y quitándolos el alambico, y dejándolos sobre las cenizas calientes en los aludeles sobre el horno, y luego al punto que sea entrado este cuerpo, cúbranse los vasos estrechamente con un paño de lino seco, é incontinentemente que esta tierra caiga en dicha agua, empezará á bullirse, si fuese buena y hecha sin error, y si no se bulle, es cierto que se ha errado la operación, porque no disuelve el cuerpo, y así conviene reiterar y hacer otra agua. Se han de tener siempre dichos vasos sobre las cenizas cálidas, hasta que el agua deje de bullirse, y en cesando, queda clara, limpia y verde, y nuestra tierra queda

líquida y casada con el espíritu de la quinta esencia; después de esta obra tomarás otros vasos semejantes á los dichos, y pondrás en ellos esta agua cãuta y sabiamente, de modo que aquello que quedó al hondón no se disuelva con el agua clara, y así, en estos vasos bien cerrados, con un paño de lino, guarda á la dicha agua hasta el caso de necesidad: así se impregna esta agua, y se hace el *elixir* para lo blanco, pero todavía no es perfecto ni consumado el coito, ni matrimonio del espíritu con el cuerpo, sino sólo un verdadero principio y medio para la perfección: llámase este cuerpo que se disolvió en esta agua, *temperantia sapientum*, ó agua de la vida, y el cuerpo que se delata *gumma philosophorum*, por lo que dice sin duda Aros: *Vide ubi miserunt aquam, ibi miserunt gumma, vele contrario*.

Nótese que la primera parte del *elixir* es blanca y se hace de tierra blanca, y la segunda es rubra porque se hace (como diremos) de tierra rubra, y así parece que hay dos *elixires* en este arte, pero no hay mas que uno verdaderamente, que es para uno y otro; esto es para lo blanco, y para lo rubro ya hemos dicho del modo de composición de la parte alba, ahora diremos de la parte rubra; el filósofo dice: que en esta operación del *elixir*, que las mismas son las cosas que blanquean que las que rubifican, y así tres son también las especies que se han de tomar para hacer este *elixir* rubro, pero con otro peso; es, á saber: de sulfur verde doce onzas, de sulfur blanco seis, de tierra rubra ponderosa seis

onzas, y en estos dos pesos sólo se diferencia el agua blanca de la rubra.

Pues de estas especies harás toda la obra ya dicha de invierno, verano, estío y otoño, con la misma separación, contricción, decocción ígnea, en los mismos vasos, los mismos hornos, y aludeles, con la misma separación de la flema del agua, y con el mismo matrimonio de la tierra rubra, con el espíritu de la piedra en el agua; empero la tierra rubra se debe separar de otro modo que la blanca de sus superfluidades; y así, antes que esta agua se ponga á purgar, es por su modo, y purificada y limpia, y convertida en polvos ó limatura, entonces se pone en el agua ya hecha; pero no se disolverá en ella, porque no es el agua de tanta virtud, si sólo se calcinará en polvos; hecho esto, mueve cautamente el agua y ponla en otro vaso semejante al que tenía antes, de modo que quede el polvo de la calcinación de la tierra rubra sin agua en su vaso, y en aquella agua apartada pondrás algún cuerpo como á la tierra blanca, y se desatará en el agua; deseca, pues, la tierra calcinada y guárdala con limpieza, de modo que no caiga sobre ella otro polvo hasta hacer otra agua, en la cual los disolverás. El agua hecha con estos pesos es más fuerte que la primera, porque ésta no puede disolver al mercurio en el agua, y esta segunda lo desata.

Resta ahora que hagas otra de las dichas especies, pero con esta medida: de sulfur verde doce onzas, de tierra rubra ponderosa nueve onzas, y otro tanto de sulfur blanco, y con estas especies

opera y trabaja, como tengo dicho, recibíéndolas del mismo modo; y en esta nueva agua pondrás los polvos rubros calcinados, y si se líquida ó desata, y el agua rubra ó flava, ésta será la buena y verdadera que buscamos; pero si no se disuelve vuélvela á remover del agua, como hiciste antes, y seca segunda vez la tierra rubra y guárdala; y así debes reiterar esta agua, aumentando siempre tres onzas de sulfur blanco, hasta que salga el agua que disuelva á la tierra rubra en agua limpídsima.

Indagada y hallada perfectamente esta agua, y disuelta en nuestra tierra rubra, la debes guardar aparte en un vaso cerrado, así como lo hiciste del agua blanca, y del mismo modo la reiterarás con la solución de la tierra rubra, hasta tener cantidad bastante de la dicha agua rubra: en esta agua preparada de este cuerpo rubro pondrás como dos onzas de limatura, ó polvos de esta nuestra tierra, y si pudiese disolver más onzas, pondrás más, y si quedase algo por disolver de dichas cosas, no lo arrojes, sino ponlo aparte, y en la solución de otra agua lo puedes aprovechar; y así el agua primera blanca se llama *virgo vel puella*, según Alfidio, y Ortulano la nomina *sperma femineum album et frigidum*; y esta agua rubra se llama *iuvenis pulcher habens pulcrum vestimentum*, que es el oro, y Ortulano la llama *sperma masculino in rubeo calido*; mas la primera agua, antes que se disuelva en ella el cuerpo blanco, la llaman *urina puellarum*, y á la rubra *urina virorum*.

Hechas, pues, estas dos aguas, se perficiona

el *elixir* de este modo: del agua blanca recibe cuanto hiciste de una vez en los dos vasos, y otro tanto de la agua rubra, y tendrás una calabaza hecha de vidrio fuerte, y espesa, cuya boca está formada á manera de urinal; en este vaso ó calabaza juntarás las dos aguas, y saldrá toda el agua flava ó citrina, y así queda consumado el *elixir* para uno y otro, el verdadero matrimonio entre el cuerpo y el ánimo, la perfecta impregnación ó coito de la piedra, de lo cual se seguirá buen parto. Esta agua, hecha de las dos aguas, es nuestro oro, nuestra plata; el agua celestial y gloriosa, nuestro metal y nuestra magnesia, en la cual dice Aros que están los cuatro elementos ó cuatro cuerpos, á los cuales cuerpos llaman *nubes, et nives extractæ oleum, et butyrum, et lunæ spuma*. Llámanse también fermento de la piedra por uno y otro, y plomo negro toda nuestra operación, y el huevo filosófico, y toda nuestra sabiduría, la que revela Dios á quien quiere; hablando de esta composición, dice un filósofo químico: *Ipsum enim est totum quod querimus, et quod cogitatur; in ipsa enim es fugiens, et fixum, tingens, et tinctum, album, et rubrum, masculus, et fœmina simul composita compositione inseparabili*. Conviene, pues, al que intentare esta obra, no descansar hasta que se mezclen estas especies y se haga la tintura, y al punto que estas dos aguas se mezclen en el vaso, se debe cubrir para que no se exhale nada.

Son necesarísimos en este arte estos dos espermas, porque no se puede hacer verdadera tintura

sin esta unión y composición; á estos dos espermallas llaman *caudadronis*, por la razón que veremos adelante; y de todo lo dicho se infiere que se compone este *elixir* del oro oculto en esta nuestra tierra, limpio de la terresteidad del sulfur, que se dice sulfur, de sulfur y del argento vivo, que se dice argento vivo de argento vivo; estos dos últimos volátiles y fugitivos, pero conversos juntos y compuestos en fijos.

DE LA OPERACION DE LA PIEDRA

Ya hemos dicho de la primera operación del *elixir*, réstanos decir de la obra de nuestra Piedra; ya hemos visto que de estas dos cosas se hace uno, y de este uno *elixir*, y no de otro, nace la verdadera y cierta Alquimia; ahora veamos qué es *elixir*, y de donde se ha tomado este nombre, qué sea *Alquimia*, y qué este *Lapis*. El *elixir* es cierto compuesto, que contiene en sí la virtud mineral, rubro ó citrino de muchas especies limpidísimas y claras, juntas á la especie del agua que contiene en sí la virtud mineral, condimento, antidoto, y medicina de todos los cuerpos que se han de purgar y transformar en solíficos y lunísicos verdaderos; dicese *elixir* del verbo *elicio*, *icis*, que es juntar, ligar una cosa de muchas, ya convertida en otra. La *Alquimia* es arte que administra y muestra la esencia de

los siete metales, y como éstos de sus formas imperfectas se han de reducir á la perfección. Dicese Alquimia de *Alambico* y *Kymia*, que son dos vasos, en los cuales este arte hace su complemento final en los tres órdenes ó géneros de medicinas. La *Piedra* es cierta fuerte virtud mineral junta y unida por el artificio alquímico de muchas especies en una, y tiene en sí la virtud de congelar al mercurio en naturaleza metálica verdadera, y de convertir todos los metales enfermos á su sanidad; y finalmente, es la suma medicina de todos los cuerpos humanos que conserva en ellos el húmido radical, porque esta es el agua de la vida.

Hecho nuestro verdadero compuesto, ó completo el *elixir*, se sigue la operación de la *piedra*, según Hermes, que fué el padre y maestro de los alquimistas; la primera disposición es nigrar; la segunda blanquear; y la tercera, cinerar; y la cuarta y última, rubificar, y con el acto sólo de cocer se finaliza todo el magisterio; y como todas las cosas, en la primera operación, suben al cielo, por esta segunda todas descienden á la tierra, y se fijan en la unión de la quinta esencia; hácese la disposición de lo negro como se sigue: toma el *elixir* como está en su vaso, y pon sobre él un alambico de vidrio, y ciérralo bien, del mismo modo que hiciste en la extracción de la primera agua; y así dispuesto, toma el dicho vaso y entiérralo en el estiércol de caballo, y harás el alma; esto es, que salga aquella agua que está dentro del *elixir*; y esta agua la pondrás en un vaso fuerte de vidrio, separando el fuma su-

perfluo, hasta que en el plano de un cuchillo ó de otro hierro se bulla caliente, como dijimos, y así has de continuar hasta que salga toda, y parezca la materia en el hondón del vaso clara, rubra y sin agua; después cuece y continúa hasta que esté del todo seca y negra, y entonces, aquello que en la primera operación se llamaba *sperma*, *Padre*, y *Madre*, en esta operación se dice *tierra* ó *nutrix* de esta separación del agua, ó del alma de su tierra ó cuerpo, dice el filósofo: *Fili a radio solis extrahe umbram suam*, porque se llama esta tierra entre los quimistas filósofos; *Umbra solis corpus mortuum corona vincens nubes, cortices matris magnesia nigra, et draco qui comedit caudam suam*, y con otros infinitos nombres; y el agua que salió de esta tierra se llama: *Cauda draconis, anima, ventus, aër, vita domum illuminans, lux meridiana, argentum vivum nostrum, lac virginis, totum secretum*; llámase también, *sal nuestra amoniaco*, y *medio de juntar las tincturas*.

A esta tierra ya seca sacarás del vaso ó calabaza con sutileza, y sabrás su peso, y la colocarás en otro vaso ancho, fuerte y espeso, según la cantidad de piedra ó medicina que intentares hacer; el vientre del vaso ha de ser redondo, y el cuello largo como de un pie, y puesta nuestra tierra ó dragón en dicho vaso, se ha de colocar el vaso bien cerrado en aludel, ó sobre las cenizas, y darás fuego de leños al horno, cuidando de que la llama no llegue al vaso, y se continuará dicho fuego hasta que la tierra toda se disuelva en sí misma, y se

haga agua espesa y rubra; entiérrase también este vaso en el estiércol de caballo caliente hasta que se disuelva dicha tierra; desátase de este modo en cuarenta y nueve días; otros ponen este vaso al aire, y así dejan que esta tierra se vuelva en agua rubra espesa; de la solución de esta tierra de sí misma dice Martyrizato: *Ars non completur nisi terra fuerit soluta*; pero otro filósofo, tímido en la operación, dice: *Citius autem perficitur hoc opus in humido tardius vero in sico*. Nota, pues, que es de dos maneras la solución de esta tierra, una por sí sola, como hemos dicho, y otra por la cauda ó agua impregnada que salió de ella; y muchos filósofos no hicieron aprecio de la solución de sí misma, diciendo no ser posible sino con el agua, y uno de los dos espermas de quienes fué criado. A esta solución la llamamos solución de cuerpo muerto, y á la solución que se hace por el agua se dice resurrección, vivificación y alma del cuerpo muerto; aquella solución que se hace con la llama del fuego y el calor del estiércol no son propiamente soluciones, sino liquidaciones ó fusiones, como las de la cera ó el metal, con que hemos menester entender que la fusión aquí se ha de tomar por solución; y al contrario, la solución por fusión.

Líquida y flúida nuestra tierra primeramente por sí, y por sí también disuelta al aire (guardándola del polvo), se toma el vaso con la tierra y se pone sobre las cenizas en el aludel sobre el horno, y en éste se hará un fuego lento, y se continuará hasta que se congele en una masa negra, cuya

fractura ha de quedar luciente como la del vidrio, la cual, amasada y congelada, la volverás á que se disuelva por sí, y cuatro veces reiterarás esta solución y congelación; y cumplida, quedará una tierra fija, lúcida, negra en la fractura, y echada en el cuerpo, lo altera en su color; y cuantas veces se disolviese esta tierra y congelase, queda más sutil y penetrable; y denigrada esta agua por la decocción, se llama *cinis clavellatus ces combustum, sal combustum, terra mortua, ovum proprium philosophorum*. También es de notar que esta tierra muerta, cuando se separa de ella el agua antes que se deseque y denigre, se llama *ignis, sal armoniacum, sal vitellorum ovorum, sol honoratum, athincarnostrium, nubes coagulata, lingua maris, arsenicus sublimatus, stella diana, ventus cerporatus, aduena, secretum naturæ*, y otros infinitos, que me parece preciso ponerlos aquí, para que no se confunda el que leyere los libros químicos.

Completa, pues, la disposición de lo negro, vamos á dar la disposición de lo blanco de la tierra de este *Lapis philosophorum*; es, pues, de notar que en este negro de la tierra está escondida la blancura, y aunque á la vista es negro, en el entendimiento es blanco, y esta virtud que está oculta en ella se debe descubrir, y lo que está dentro manifestarlo afuera; hácese esta disposición en el mismo vaso, sin separar ni remover de él la dicha tierra de este modo: sabrás el peso de esta tierra, y después disuélvela por sí, como lo hiciste en la denigración, la cual soluta, tomarás la mitad del peso

del espíritu, no fijo; esto es, del agua que salió de ella, que se destila por el alambico, y ponlo sobre la misma tierra soluta bien cubierta en las cenizas, ó con fuego lento, ó en el estiércol de caballo, y le continúa hasta que el agua y la tierra se hagan una cosa negra, clara y de otro color; hecho esto, se ha de congelar todo y reducirlo á masa en el mismo lugar y en el mismo fuego, cuidando que no salga espíritu alguno; la señal de estar cocida esta nuestra goma será si, dejando enfriar el vaso, el dragón estuviere duro, á modo de la pez dura, y entonces estará bastante espeso y cocido y expurgado de su flema; el agua, que en esta decocción salió de esta goma ó dragón, se puede guardar y recibir; congelado, pues, este dragón ó goma, se pondrá en parte donde se disuelva por sí en agua espesa, y ésta soluta, pondrás sobre las cenizas, como hiciste en la denigración, y queda completa la decocción, y hecha un cuerpo opaco, pero claro en su fractura.

Hecha esta decocción, vamos viendo lo demás. Sabrás el peso de todo este congelado, como supiste en lo primero, y pondrás la cuarta parte de este congelado sobre la misma tierra congelada, ó el mismo congelado de dicha agua, espíritu no fijo, *cauda draconis*, ó el esperma blanco (que todo es uno) en el mismo vaso, y sin la extracción del dragón del mismo vaso, y cuécelo, y ciérralo hasta que se congele y espese en una cosa negra como la pez; disuélvase todo esto por sí, y soluto por sí, luego al punto pondrás sobre las cenizas en fuego

lento, y se hace una masa de otro color más claro, y así, con el mismo modo, el mismo régimen y peso, esto es la cuarta parte de todo el congelado de nuestro argento vivo, ó agua blanca, se pondrá todo el congelado en semejante conjunción y congelación, y tanto por su cauda, como por sí mismo, se disolverá este dragón y se congelará; se reiterará esta dealbicación por los pesos de esta agua blanca ó cola; y por esto las rigaciones, adacuaciones, inspiraciones, animaciones y soluciones, tanto por el agua, como por sí, en el mismo vaso, y sin la extracción del dragón hasta que esté, ó toda esta masa muerta, como el hombre en el túmulo, poco á poco se anime, vivifique y resucite á la vida que estaba perdida en la denigración, y se hace una piedra cristalina blanca, que participa de cierto verdor, y persevera en el fuego, es fluente tingente, congela al mercurio y transmuta perfectamente á cualquier cuerpo de metal imperfecto en perfecto lunisico ó plata; y si la obra la haces así, con seguridad llegarás al intento; llámase esta piedra blanca en los libros de los alquimistas: *Calix cineris clavellati, cinis albus, calx corticum ovorum, terra alba, magnesia alba, pulvis de albata luna calcinata*, y con otros infinitos nombres.

En este párrafo siguiente me parece preciso explicar muchos de los términos, que al que no hubiere cursado esta Filosofía lo confundirán, son estos: blanquear y rubificar es lo mismo que calcinar y solver; congelar es lo mismo que componer y agregar; asar es lo mismo que desecar ó secar; des-

tilar, sublimar y solver es lo mismo que hacer descender ó bajar del cielo á la tierra; solver en agua es lo mismo que descender, sublimar, hacer lo fijo volátil; y congelar es también lo mismo que ascender y hacer lo volátil fijo; solver por sí es hacer lo fijo soluto; congelar lo soluto es lo mismo que calcinar lo soluto por sí; y este calcinar es dealbar y rubificar perfectamente. De este modo hemos de entender los diversos vocablos dichos y palabras de los filósofos que han profesado esta famosa ciencia, que todo el horror y la falsa noticia, con la inteligencia de sus metáforas, ha sido el fundamento de tener por falsas sus operaciones.

Antes de explicar la rubificación es preciso que tratemos de la cineración; hácese de este modo: toma una onza de la piedra blanca dicha y ponla en el mismo vaso de donde hiciste su extracción, y harás que se disuelva por sí, como hiciste en la dealbación; soluta, pues, esta onza, toma de sulfur rubeo, ó argento vivo, ó el sperma masculino, que guardaste aparte, y sea la cantidad de la agua rubra tanta como hiciste dos veces, y déjala que visiblemente se mezcle hasta que se hagan una cosa misma y una agua clara, citrina, roja y que tira á rubra, y cierra el vaso con el alambico, como lo hiciste en la denigración; esta agua se llama fermento del Sol, como la blanca fermento de la Luna; y así como en el primer compuesto negro estaba lo blanco oculto, y se hizo exterior lo blanco, escondiendo al interior lo negro, así cuando se hizo blanco el exterior de esta piedra quedó rubro el

interior, y así conviene que aquella blancura que es exterior y manifiesta se haga interior y oculta, que en este arte se ha de procurar hacer lo oculto-manifiesto; y al contrario, y así lo haremos en lo rubro con la operación del párrafo siguiente.

Toma, pues, el vaso enlodado con dicha agua y ponlo en lugar de donde pueda poco á poco salir el agua, como lo hiciste en la denigración, y saca de ella la superfluidad de la flema, y recíbelas, y antes que se espese has de saber que aquello que aparece en el hondón del vaso es lúcido, claro, rubro, fusible como la cera, y esto se llamó por los filósofos rubí, jacinto, coral, jaspe, etc., que lo dicen por su color; á todo esto lo secarás y asarás cuanto puedas, hasta que quede como sangre requemada, y esta asación, ó desecación, se llama *cineratio*, y así queda completa la disposición del cinerar, que es preciso que sea entre el albo y el rubro, que son el fermento del Sol; es de notar que la piedra blanca, sin removerla de su vaso, se puede cinerar del modo dicho y convertirla en fermento del Sol, pero se le ha de echar más porción del sulfur rubro, y se requiere mayor vaso, y apenas se hallará vaso de vidrio que pueda aguantar sin quebrarse la perfección de esta obra: muchos cuecen y asan este fermento hasta hacerlo polvo y ceniza, llevados sólo de la voz *cinerar*, y por eso es tenido este arte de muchos por vil, falso y mentiroso, y es sólo porque no entienden, ni se hacen capaces de su doctrina, y varias metáforas; y siendo cierto que es del todo evidente y demostrativa esta ciencia, es también

constante que no tiene enemigos, sino necios ignorantes.

Ya llegamos á la última obra de esta *pedra*, que es el rubificar; de esta operación dicen los filósofos que desde la de albación hasta la rubificación no se puede seguir error alguno, porque del mismo modo se rubifica que se blanquea en el mismo vaso, con los mismos pesos, con el mismo régimen, sólo añadiendo el sulfur rubro, ó el agua espiritual, rubra, y se reiterará muchas veces cociendo, solvendo y congelando, hasta que todo esté agregado ó compuesto, se rubifique, y se haga un licuor rubro, claro, flúido, que persevera en el fuego tingente transmutante, que penetra y convierte al mercurio y á todo cuerpo sólido en suave y solífico verdadero, y que purifica y limpia al cuerpo humano de toda enfermedad y conserva siempre en el estado sano; finge todas las piedras preciosas rubras, así como la piedra blanca hace las margaritas y otras piedras preciosas blancas; y ésta, en fin, es la bendita *pedra*, de quien dicen todos los alquimistas y químicos que es: *Pater omnis helesmi, idest totius secreti, vel thesaurus totius mundi, quem cui Deus vult subtrahit, et largitur, ad cuius, perfectionis inventionem plures sunt vocati, sed pauci ad huius effectum perfectionem inveniuntur electi.*

Pues de esta *pedra* ya completa nos quedan todavía muchas cosas por saber y conocer, son estas: así como del argento vivo, crudo y albo se impregna la cauda del dragón, ó el *aqua lapidis ad dealbundum lapidem magnum*, según la opinión de

muchos, así también dicen otros que del argento vivo rubro se impregna el *cauda draconis*, ó el agua de rubificar esta gran piedra blanca, y á esta agua llamamos sulfur rubro, así como á la dicha agua blanca también llamamos sulfur blanco, y de éstos se hace la impregnación del argento vivo; pero en mi opinión, mejor es que el color se haga de los metales, porque San Alberto Magno dice, en lo *De mineralibus*, que después de haber examinado siete veces el oro de algunos alquimistas, no se halló otra cosa que una tierra ó hez muerta; y así dice él mismo que son falsos alquimistas aquellos *qui per alba dealbant, et per citrina citrinant*, y mejor obran los que hacen esto del argento vivo, y el sulfur, no del común, como se ha dicho, si de nuestra rubra; y de ésta es de quien exclaman los filósofos, diciendo: *O, natura celestis qualiter vertit corpora illa in spiritum! O, quam admirabilis natura qualiter omnibus eminent, et omnia superat! et est accettum uberrimum quod facit aurum esse verum spiritum*; y esta agua, en fin, es la *piedra* de las Indias, los indios, babilonios y egipcios, etc. Y habiendo ya dicho cuanto se ofrece en la operación de esta piedra, síguese la última manufactura, es la

PROYECCION

Hácese la proyección de esta Suma medicina sobre los cuerpos, de este modo: según lo sutil que sea la piedra, tanto más se ha de observar en esta

proyección, de modo que siempre ha de ser mayor y más cantidad la del cuerpo que la medicina, y esto se ha de observar como regla general en toda proyección, tanto para lo blanco como á lo rubro, según el mayor ó menos peso de esta medicina, verbigracia: toma una onza de medicina y cincuenta onzas de plomo ó estaño, y fúndelo en el fuego, y hecha esta onza de medicina sobre el plomo ó estaño derretido, y todo se convertirá en medicina; y si éste no tuviese toda la precisa virtud para hacer dicha conversión, entonces tomarás menos porción de cuerpo y más de medicina. De todo esto, así convertido, toma una onza, y del mismo modo la echarás sobre treinta onzas de plomo ó estaño derretido y todo se convertirá en medicina, no tan fuerte como la primera que hiciste; de este último converso toma también otra onza y viértela sobre otras cincuenta de metal; y se convertirá en lunífico ó solífico, según el color de la medicina, porque si el *elixir* fué blanco saldrá plata, y si rubro, oro; y este Sol ó Luna convertida y engendada por dicho medicamento, exceda al Sol y Luna naturales, tanto en quilates como en todas las propiedades medicinales; y del mismo modo se hace la proyección sobre el mercurio; con esta medicina harás el vidrio más hermoso y colorado y fingirás piedras preciosas.

Cómo conserva esta medicina á los cuerpos humanos en su sanidad, y lo purga de sus enfermedades adquiridas y le defiende de las futuras, ó con la nutrición ó la fomentación, veremos en el siguiente párrafo.

Ya hemos dicho cómo los cuerpos metálicos enfermos se purgan, sanan y se reducen á la perfección; ahora nos resta decir cómo por esta medicina se han de sanar los cuerpos humanos enfermos y conservarlos en su sanidad; como el hombre sea la más digna de todas las criaturas, pues Dios crió para sí, y le sujetó todas las cosas, *omnia subiecisti sub pedibus eius*, con razón se ha de procurar conservar al hombre y mantenerlo en su juventud; y esto hace esta *Suma medicina* más virtuosa y más fuerte que todas las confecciones y bebidas de Galeno é Hipócrates, tanto que hasta la lepra y el cáncer, por envejecidos que estén en el cuerpo, los expelle y lo deja puro y limpio, de modo que sana con mayor eficacia á los cuerpos en donde hay calor y movimientos, que aun á los cuerpos de los metales enfermos expelle de ellos cualesquiera superfluidades; puesta esta medicina en las confecciones, libra de las enfermedades futuras, y poca cantidad, sea bebida ó aplicada, hace maravillosos efectos. Dejo las experiencias á tu industria, y espero que al fin me has de dar las gracias. Dios te dé salud y gracia para servirle.





CANTÁRIDAS AMIGABLES
PARA REMEDIO DE SUEÑOS
DESVARIADOS,

Y CONSEJOS DE COROMINAS A TORRES DORMIDO,
SOBRE EL MONTANTE QUE MANEJÓ EN LA
PENDENCIA MÚSICA SOÑADA

VALGATE Dios por Torres, que siempre has de andar soñando desatinos, y que porque se te antoje acostarte con las tripas jugando cañas, nos has de meter en danzas á tu modo, á los que vivimos ya con juicio, y tratamos de no ser actuantes de la bufonada, en las Conclusiones de bodegón con que entretienes los estrados! Así clamaba yo esta mañana (Torres amigo), porque apenas me desembaracé del empedrado de mis colchones, y enfundado en aquella manta verde, que tú sabes me sirve de bata, con el gorro entre músico y astrólogo, y los zapatos á medio calzar, porque me faltaba gastar en ellos los materiales de una sinfonía; entró mi hermano con una posturilla, entre si se ríe ó se enfada, y sin aguardar más razo-

nes me espetó un: «Buenos estamos, más de cien picardías dice Torres de ti; bien poca vergüenza tendrás tú si no le llenas el buche y las narices de vinagre, para que despierte de un sueño que ahora le ha dado nuevamente, de sornalirón te tizne valientemente, de modo, que si no mirara, ¡voto!» «Ta—dije yo—. ¿Qué? ¿Por lo que Torres dice te enfadas? Eso quisiera él, poder alegarme á mí para prueba de que había quien sintiese sus solturas.» «Bueno—me replicó—, pues ¿quieres quedarte así, y que de sus libertades y tu silencio hagan platillo en todo lugar?» «Calla hombre—le respondí—, que entiendes poco las cosas de Torres; ¿los astrólogos no sabes que no pueden injuriar? Ayer me ensució las orejas con mil dichos Dieguito, y tan sano me estoy como me estaba; después de que Torres es mi amigo, y yo no puedo creer que de mí diga mal alguno, y si lo dice, con nada me consuelo mas que con saber ó á lo menos traslucir qué es inducción; á ese le han informado muy mal, y como él es amigo de dar gusto á todos, aunque sea á costa de su reputación, no se atrevería á disgustar á aquéllos, por más que hubiese de quedar mal conmigo.» «Lo que sé es que como estaba dormido—dijo Fraseo— sueña mil disparates, y tan recio, que lo ha oído medio lugar.» «Ahora bien, hermano mío, por soñar—le repliqué—á nadie le han llevado á la cárcel, y como él no consienta, cuando despierte, nadie podrá culparle. ¿Pero tú le has visto?» «Sí marchó ayer á Madrid, ¿cómo he de verle?», me respondió. «¿Pues no le viste soñar?», le repliqué. «Sí. En este

papel verás su sueño, léele, y adiós, que si no le llenas bien las medidas, no he de volver á verte.»

Quedéme riendo de la amenaza, y sin mudar la figura, por no perder tiempo, me senté con gran fiema á oírte soñar. Empecé á ver pasear por el desván de tu calavera, aquel coche cañuto, y la gresca de médicos y músicos. Adelante, dije, con el Reomo. Feyjoo, y Martínez, allá te las hayas, guarda tu vergüenza de sus plumas, porque para sacudirte el polvo no se duermen, por no soñar, y quédate con la vanidad de apostárselas durmiendo, que eso de despierto ¿adónde lo soñaste? Pasé adelante, y vite componer el teatro en casa de una gitana, habiéndole pedido entrada en su lengua. ¡Válgate tu Astrología, que no ha de haber chulada que no sepas, ni jerigonza de la seria que no tengas practicada! Luego salió aquel militar, que con suprema autoridad envías al lavatorio de Santa María la Blanca. Con tu pan te lo comas. Guárdate, amigo Torres, de montantear con militares, porque no suelen entender de los círculos y compases de la esgrima, y si se les va la mano, sacuden unos palos desmedidos, que es un consuelo. Después te vi predicador, y me hizo novedad (aunque te he visto predicar otras veces); pero hombre, eres un bobo, ¡qué bello púlpito escogiste para un sermón serio! Dígote que sólo soñando te hubiera representado tu desbaratada fantasía tal despropósito. Acabaste, empezaron los médicos, acabaron también; sacaste la Música á danzar, desmándose el capón (mira, Torres, que no sabes qué gente tiznas,

que alguno conozco yo que me temo te cabalgue con montante y todo). Y después de algunas aldobadas, entre yo, no quisiera decirlo, pero es bueno que me gastaste la mitad de mi pez y rena, para defender de la carcoma la esfera que te pintaron con almagre, y ¿ahora me dices que huelo á ella? Valga verdad (Astrología no), zahúmate de tanto como te han echado encima y deja mi pez, no se derrita y tengamos infiernos. Después pedías que me dejasen entrar por hijo de Salamanca. ¿No digo que sueñas? Torres, despierta, que la Fuente Dorada y la Redecilla no caen junto á la calle Traviesa; pero no quisistes despertar y echaste por las de Pavía, sobre que me conocías, y que no era mío el papel... Mira, Torres, que tu te metas en tus Kalendaríos y que en ellos sueñes los desatinos á montones, vaya; pero soñar con sí entiendo ó no entiendo yo la teórica de la Música, no puede sufrirse. Si despierto la entiendes tú, como mi abuela, ¿quién te mete en camisa de once compases? Para defender mi Música, he estudiado, lo que me basta; aunque me confieso muy á los principios, y comparado con lo que tú entiendes de tu facultad, á paro, y si pinta, te envido el resto; aunque los jueces sean los de las conclusiones del medio celemin. Si tú dices que me conoces, yo digo que te engañas, tan loco fui yo, como tú en aquellos tiempos que tenía todavía cascabeles en el cerebro, y por eso puedo decir que calles, y callaremos. Pero después quiso Dios librarme de volver á mi patria, con limones de Concejos, y aplicado á mi trabajo, como tú confiesas,

he pensado sólo en comer, con justicia, lo que me da mi amo. Procura tú hacer lo mismo, y te librarás de tanto zurriagazo. No te metas en apuntar historias ni componerte de tus pecadillos del hurto, porque ya te entiendo; y si el confesor que elijas para este caso lo llegare á saber, habías de dar al diablo lo crespo del estilo y lo agudo de la pluma; déjale en su quietud, que ya sabes, eres tú poco hombre para hacérsela perder. Si yo me fuere fantasma, para mí me lo soy, más lo quiero que enfermar de astrólogos; y si hubiera proseguido en andar contigo, ya estuviera apestado y á pique de haber perdido el juicio y la modestia. Acabé de leer el papelito, cuando despertaste protestando tu arrepentimiento de tales desatinos. Gracias á Dios, exclamé, Torres, que has despertado, y con juicio áspero, por si te vuelves á dormir, quiero darte unos consejos, como amigo que te quiere y siempre ha querido bien.

Mira, ya que la fortuna te hizo catedrático, y de tan bellas Ciencias, haz lo que protestaste antes que te echases á dormir, estudia lo que pudieres, llénate de modestia, que me da lástima tanto como oigo decir de ti. No te andes á libritos, como te dijo Pedro Fernández, escribe de tu Facultad, y seriamente, que aun en el bolsillo has de sentir mejoría, cuanto más en la fama y en la alma. Date á estimar, que ya saliste de Torres Nada, y estás hecho Torres Algo.

A los señores médicos tenles mucho respeto, que así lo manda Dios, no sólo á los de nuestra célebre

Universidad, sino á los de esa corte. Ahí y en cualquiera parte puedes enfermar, y entonces, á tus clamores responderán los espuelazos en la mula.

Con músicos, y conmigo, con especialidad, mucho menos, porque sobre ser gente toda de la Carda, no ignoras que algunos tenemos unas caras como unos catalanes, y que así nosotros, como nuestros amigos, somos mejores para serlo que para lo contrario. No me vuelvas á sacar á danzar en tus escritos, que no quiero ser diversión de estrados, y si te tentare el diablo á responderme, hazle la cruz, que yo te prometo hacerle un calvario, y no acordarme de que vives, para desperdiciar más tinta. Allá te las hayas con tus cosas; déjame á mí en paz, y sobre todo acuérdate de esa corona, dala á respetar y obra como ministro del altar de Dios, que si tú estas cosas guardares, yo te prometo la vida eterna. *Ad quam nos perducatur*, etc.



CORREO

DEL OTRO MUNDO AL GRAN
PISCATOR DE SALAMANCA

CARTAS RESPONDIDAS
A LOS MUERTOS POR EL MISMO
PISCATOR

DON DIEGO DE TORRES VILLARROEL

Profesor de Filosofia, Matemáticas, etc.





A MIS AMIGOS LOS LECTORES

Yo, lector de mi alma, bastante sabía para ser Racionero (que es ciencia que se estudia á chorros, y se sabe al primer camino). Yo podía ser prebendado, que tengo buena traza para engordar á palmos, ó pudiera (como otros muchos) haberme acomodado para marido, que (á Dios gracias) no lo desmerecería; y ya que tengo, como todos, mi cruz, fuera, con Dios, la del matrimonio, que ésta se lleva á medias. Pero soy un pobre Donado del estado eclesiástico, sin más capellanía ni vínculo que esta pensión de escribirte, que es una admirable prebenda para volverme loco. Y si como te han dado que reir los disparates de mi humor te causaran enojo, mira ¿qué fuera de mí? Y si algún día (como lo temo) te cansan, me será preciso ver si me quieren para ermitaño; aunque estoy tan de mal gesto con mi fortuna, que si lo pretendo, los pasos que me arrastran para intentarlo serán senda para no conseguirlo.

Yo no escribo para que aprendas, ni te aproveches, ni te hagas docto, pues á mí ¿qué se me da que tú seas estudiante ó albañil? Allá te las hayas con tu inclinación; que fuera vanidad demasiada quererte enseñar al cabo de tus días y los míos, cuando en todas profesiones tienes admirables sujetos y libros que te instruyan, con otro cuidado y otra paciencia. Yo escribo porque no tengo dinero, ni dónde sacarlo para vestirme, y mantener á mis viejos padres, para recuperarles en parte con

estos leves alivios los días de la vida que les quité con mis inobedientes travesuras; y por este indispensable cuidado, sufro conforme los dicerios del tonto, las melancolías del discreto, los misterios del vano, los reparos del crítico, y las impertinencias de todos; que á estos golpes irreparables, voy pronto cuando publico mis trabajos en la plaza del mundo. (No puedo servir á vuestras mercedes, padres míos, con más amor); pues por consolar la porfiada fortuna y enferma vejez en que el cielo y los días han puesto á vuestras mercedes, me arrojé yo y vendo á mis hijos.

La idea de esta obrilla es pobre, pero no tan desgraciada que no te divierta las ociosidades; y aunque no lo gres mas que arrimarla y hacerla un huequecito entre tus papeles, te contarán los aplicados entre los curiosos, y con estas cartas (como verás en su nota) tengo prevenidos los elementos prácticos y teóricos de todas las facultades. Si me pagas los portes medianamente, me animaré á imprimirte los preceptos que guardo en mi estante, y si no corre la estafeta, me conformaré, pues por ahora no me atrevo á empeñarme para hacer la impresión; pues será chasco doble que yo te escriba y me dejes las cartas en el correo; y si no cambiamos con igualdad tus cuartos por mis libros, cesará nuestra amistad y correspondencia. Pues por eso no he querido ser largo, porque mejor comprarás un pliego regular de cuatro cuartos, que una certificación de veinte reales, con que por conveniencia tuya é interés mío metí la letra y atropellé la cortesía. Dígolo para que no repares en los impertinentes tratamientos que usan hoy los correspondientes estadistas; que yo más gasto ingenuidades que ceremonias, y más cuando tengo confianza de tu amistad.

Ánimate á comprar las cartas, para que yo pueda cumplirte lo que ofrezco, pues te aseguro (como hon-

rado) que con sus noticias y las que te di en el *Viaje fantástico* te harás estudiante, y podrás garlar sin miedo con los filósofos, astrólogos, médicos, letrados y místicos. Y aunque no sepas lo que el determinado profesor, para hacerte temido y respetable entre ellos, y para que te escuchen sin molestia, te sobra doctrina, ayudándote tú con tus talentos.

Disculpa por Dios lo mal lineado del estilo en lo tosco de la invención, porque en agarrando la fantasía idea por delante, sólo discurre en acabarla, sin detenerse en las prolijidades de pulirla. Y aunque no tiene disculpa el que da al público sus obras sin el provechoso castigo de las voces; como manda más en mí la necesidad que el gusto, por esto atropello los reparos (que yo sospecho notados antes de leídos). Demás que me han dado á conocer los prolijos gestos de los hombres, que no tiene la Retórica modo de escribir que generalmente les agrade, y esta desconfianza me anima á correr sin miedo mi natural estilo, sin violentar la pluma á más reparos que el traje natural con que salieron de la fantasía, aconsejándome el cuidado su pobreza, que tal vez el desaliño de las voces es más crédito de las verdades.

Perdona también (lector mío) que te trate como á tía (porque todo te lo cuento), y aun ahora tengo cortedad de contarte otro trabajito que me sucede, pero lo dejaré para otra ocasión en que esté mi ánimo menos medroso; porque no es justo cansarte tan repetidas veces, cuando yo quiero tu amistad por muchos días. Dios te los dé con mil siglos de gracia; á Dios, y pregunta por Fernando Monje, enfrente de las Gradass de San Felipe, que su casa es el Correo donde hallarás estas cartas. VALE.



CARTA

DEL GRAN PISCATOR SARRAHAL
DE MILÁN

al Gran Piscátor de Salamanca, don Diego de Torres
Villarroel

NO hizo mas que apearse de la vida, donde por ahora corre vuestra merced con la falsa moneda de sus cuartos, señor astrólogo salamanqués ó salamanquesa (pues donde pica mata), un muerto de mediana edad; pero tan flojo, que cada cuarto se le caía por su lado. Tocóle á éste á la derecha de la mía su caja; y al ruido de estregarle las maderas, dije yo: «¿Quién viene allá?» Y el tal, muy tendido, sin moverse de su ataúd, me respondió: «Un cuerpo á quien un cólico le sopló el alma, y vengo por permisión de Dios á este lugar, que sin duda debe de ser casa de astrólogos, pues no suena por aquí otra cosa que antojos, tablas y compases.» «Algunos profesores se pudren aquí—dije yo—; pero vuestra merced es el que viene antojado; pues los cúbicos, canillas y fémures se le hacen antojos. Estas

tablas lo fueron de muslos, y los que sueña compases, son radios, tibias y suras destrozadas, y todo lo que asienta son despojos de nuestras fábricas, que los tenemos asignados mientras llegue el día de recoger cada pobre sus trebejos y vestirnos ante el supremo Tribunal, que nos estamos deshaciendo esperando esa hora por tener un día, pues hasta ese todo será noche. Y vuestra merced, que es muerto novicio, cuide de sus trastos, que cuando menos piense nos harán la señal, y entre oír la trompeta y montar en los huesos no han de pasar instantes de por medio. Y cuenta con los gusanos, que son malos bichos y le esconderán algún casco donde después ande hecho un loco tras él, y se quedará para siempre sin ver el juicio, que aquel día universalmente lo hemos de tener todos por la infinita bondad de Dios.»

«¿Esto tenemos?—dijo el difunto—. Pues ya que por acá no se gasta luz, yo procuraré estar en vela, que soy muerto de todos cuatro costados y es menester dar razón de mi persona y comparecer decente en cualquiera ocasión que se ofrezca.»

Así acabó su prosa. Y quedándose tendido en la caja no volvió á levantar más cabeza. Sentí á este tiempo un ruido hacia los pies; y por lo pronto, consentí que fuese alguna sabandija de las que criamos á nuestros pechos, que se arrimó á morderle los zancajos (que aun aquí no estamos libres de esas mordeduras) ó que quiso hacer Pascua en sus carnes, pues ya, de puro roer nuestros huesos, se iban quedando ellas en la espina; hasta que me

desengañó la enferma luz de una lámpara que escasamente, por una rima de la losa, se percibe en este seno, y con ella pude ver un librito con un retrato medio parecido á mi, cuando vivía (que algunos de los que velaron por engañar al sueño le estaban leyendo, y se le quedó olvidado en la caja del difunto), vi que era el *Piscátor de Salamanca*. Leílo todo; y le aseguro á vuestra merced que me valió no tener tripas; porque á tenerlas, me las hubiera revuelto de tal suerte, que reventara de otro cólico como el que entró á ser morador de estas oscuridades.

Vuestra merced perdone, lo primero esta digresión, que (aunque estoy tan enfadado) he querido sacarle de la duda en que sospecho estaría de cómo vendría á mis uñas su papel, ya que del susto de leer mi carta no le haya podido librar. Lo segundo, el estilo, que yo ha mil eternidades que perdí la memoria de las cartas misivas, y no sé si va arreglado ó no. Y por no detenerle, porque vuestra merced no está tan de espacio como yo, quiero ya decirle los justos motivos de mi enojo.

Vuestra merced, señor Pescador, ha echado sus redes por el gran charco de la corte; y sin saber lo que se pesca, ha cogido algunos atunes (que se crían grandes en Madrid), y éstos le han hecho la olla gorda á su fama.

No quiero quitarle la gloria de la invención del cebo, que no hay duda que está amasado con una coca, con que ha sabido hacerles la cuca. Sepa vuestra merced que, si ese veneno lo hubiera tenido

yo por saludable, no me faltara nada para verterlo por mi Era; pero es contra el juicio y seriedad de la profesión, y no quise cargar la conciencia.

La tabla de Hermes, la rueda que consintió el Venerable Beda en sus obras de *Petosiris*, los *Pro-nósticos* de Jorge Purbachio, ni los juicios de cuantos astrólogos están arrojados por esas cavernas, tuvieron la aceptación que Sarrahal; y hasta el año de diez corrieron felices mis memorias. Yo puse en su punto y en su honra la ciencia pronostiquera; pero ¿cómo? Solamente dictando la pura Matemática de los cálculos y las conjeturables calculaciones de la astral Filosofía. Di puntuales las Lunas y eclipses, bien ajustadas las figuras, los horóscopos con toda precisión, y arreglados los discursos á los filosóficos sistemas de mi tiempo; sin entretenerme en metáforas, que es doctrina de Isopo, que sólo sirve para vejar pelones de Colegio. Si la metáfora teatral (que ya supe que vuestra merced dió otro año) se pudiera poner sin ajar el empleo, ¿quién mejor que yo la hubiera escrito? que (como sabe todo el mundo) nací entre la Arieteria de la Italia; y Arias y puntas, en pueblo ninguno se gastan mas que en mi patria Milán. Las coplas de esta Academia que han servido de cama donde ha echado los aforismos de este año de mil setecientos y veinticinco, es un maldito modo de ajar la profesión; y se le conoce lo escaso que vuestra merced está de noticias de esta ciencia, cuando para llenar cuatro pliegos de papel anda mendigando coplas é ideas para abultar y suplir con sus invenciones

Las ignorancias del estudio que sin fundamento sigue.

Yo nunca supe medir un verso; pero nuestro amigo el Gotardo (que está ya mohoso en estos panteones) los hizo decentes, y no los tuvo por tales, pues los arrojó de sus juicios, y no hay duda que es contra el buen ejemplo; porque es mal visto mezclar entre santos y santas, vigiliás y ayunos, lo profano de las liras, sonetos y romances. Y también para la honra del mundo, es materia vergonzosa revolver astrólogos con poetas, como si fuéramos todos unos; que en mi Era tenían más hambre que nosotros, y vuestra merced, ya que no se sabe dar á estimar, no quite la honra á los muertos; que su relajado estilo minora nuestra fama. Y si lo huelen por acá más de cuatro difuntos de vergüenza, que descansan en estas oscuridades, nos darán de mano; y entre los demás muertecillos de poco más ó menos no habrá quien nos dé con el pie; y sepa vuestra merced que ocultan estas losas muy honrados profesores.

Yo no he sabido la de vuestra merced hasta ahora que se me ha dado á conocer con este *Pro-nóstico*, y tal cual vaga noticia que había oído á algunos finados que pasaban á otros encierros ó se quedaban en este osario (que en él tenemos todo género de gentes). Pero sin que sea terrible el juicio, pudiera asegurar que está lleno de enemigos, pues no ha dejado mecánica, ni arte liberal, de quien no se haya burlado en su indiscreto y mordaz, satírico Prólogo. Pues aunque escribe gene-

ralmente mal contra el mal uso de las profesiones y ejercicios, como es el mayor número de los vivientes los que así las ejercen, de preciso habla con cada uno de por sí, y á todos en común; y el decir estas verdades siempre ha sido odioso; con que me aseguro que habrá granjeado gran cosecha de contrarios. Y tienen razón, porque vuestra merced satiriza con sobrado desuello é indiscreta resolución lo sagrado de las ciencias. Al médico lo debe honrar por necesidad; al teólogo, de justicia; y al letrado, de miedo. Si tienen cuestiones, ¿á vuestra merced qué le importa? Si dudan, harto infelices son en traer inquieta la fantasía y dudosa en elegir lo justo; deje á cada hombre con su tema. Bien se le conoce la mala compañía de las Musas, pues le han trocado en desenvoltura la modestia y seriedad que se gana en la Astrología, y es raro á quien las tales señoras no hacen hablador y mordaz, aunque sea al de la más templada condición.

Señor mío, hablemos claros: vuestra merced no sabe lo que se astrologa; pues lo principal, todo lo yerra; los eclipses y las lunaciones vienen perdidas, y el único fin del buen astrólogo es la verdad de estos movimientos prácticos, que las demás ideas son cuentecitos para las cárceles, ó asunto de relaciones para un estrado. Yo me he compadecido de que pierda el talento y no le aplique, ya que ha dado por esta facultad á escribir siquiera cada año un tomito de las treinta y dos ciencias matemáticas, que esta tarea sólo le ganará la inmortalidad, y olvide metáforas y coplas; que si yo me hallara

en el Protoastrológico, le pusiera perpetuo silencio en ellas; que la facultad poética es una incurable tiña que se pega en el juicio más bien humorado; y para que desde ahora hasta el tiempo que viva, ponga fin tanto error sus Lunas y cuartos, de caridad le envío en el adjunto pliego la práctica más fiel y más breve de los cálculos, y no se detenga en responder, que el portador es seguro. Tenga vuestra merced salud: de mi podridero, feria ninguna, y por consiguiente, ni día, ni mes, ni año, que por acá sólo se ferian eternidades.

Besa la mano de vuestra merced quien es su enemigo el de su oficio,

El gran Piscátor Sarrahal de Milán.

Señor Piscátor de Salamanca.

Verdaderamente que, para estar enterrado el señor Sarrahal, le sobran alientos. Como murió á puñaladas (salvo sea el embuste), respira por la herida, y por eso moja en sangre la pluma. Pero ya podía habersele resfriado, porque después de morir muy viejo, pasan ya de treinta años que está sirviendo de refectorio á los gusanos y de añadidura á los terrones. Para capitular de infame esta acción, no había menester mas que verla en otro muerto. Dícame que lo que escribo es mal hecho; y no se mira su corcova. Muerto está, y no se conoce. Y si por ser antes finado que yo, piensa que tiene licencia para satirizarme, muere engañado, que á los difuntos sólo les está bien pedir misas, pero no

escribir dicterios. Y si está en paraje donde no le sirven las oraciones, calle su boca y púdrase como pudiere, que lo mismo hago yo, y tengo una vida como una horca. Esto le dije á mi amigo, y me respondió: «Amigo, si es chasco, responde á quien te lo da, respecto que han de venir por la respuesta. Y si es verdadera carta del otro mundo, también; y sepan los muertos que todavía ha quedado en la vida quien les sepa mullir los huesos. Y esos cálculos que envía, después los podemos reconocer.» «No obstante—respondí yo—, debo, sólo así por alto, recapacitarme en el contenido de su doctrina; porque de otra suerte será responder á bulto á esta sombra.» Registré por mayor la obra; y suplicándole al amigo que tomase la pluma, le dicté la respuesta de este modo:





RESPUESTA
DEL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA
AL GRAN SARRAHAL DE MILÁN

RECIBO la de vuestra mortandad, y aunque no le he merecido que me diga de su salud, por acá se sabe que, si no está bueno, ha muchos á lo menos que no le duele nada. Y bien se conoce que está vuestra merced de espacio, porque para enviarme á decir que leyó mi *Pronóstico*, y le pareció mal, que está dicho, en lo que tengo dicho, me gasta una historia de un muerto, sobre si se apeaba de la vida, si era flojo ó desmadejado, como si en mi vida no supiera yo qué es muerte. Los que vivimos, señor mío, desde la escuela del nacer pasamos á la ciencia del morir; y los que tenemos vida, somos los muertos y los vivos. Pero vuestra merced ya es ni vivo ni muerto, si un terrón de frío polvo que quedó de su muerte y su vida; y si quiere ser muerto, le ha de costar volver á la vida, pues ya no puede morir el que está en la nada del no ser.

Díceme que si hubiera tenido tripas, se las hubiera revuelto mi pronóstico; y en verdad que no sabe vuestra merced la fortuna que ha tenido, que por tener yo estómago, se me han asentado en él sus mentiras, de tal suerte, que toda la triaca mag-

na no resolviera el embargo en que estoy. Siempre fui defensor grande de la facultad y apasionado de vuestra merced. Pero, pues llegó el caso de reñir aquéllas y aquéllos, se descubrirán los hurtos. La vanidad de haberme pintado con antojos, compases, estrellas, libros y bigotes, como yo vi á vuestra merced, me engañó á estudiar y aprender embustes. Y así, no nos creamos oráculos; que, hablando para los dos, todo lo que vuestra merced puso en Sistema de Guerras; en Aries, muertes de potentados; en Piscis, discursos de cometas; en Leo, ruinas de casas viejas; en Escorpio, el desteta niños, compra, ve á caza, recibe criados, etc., es un embeleso para tontos. Y vuestra merced sabe muy bien cómo se pone, para escaparnos siempre de la nota de embusteros y salvar los aforismos. Yo heredé sus embustes, y mañana me sucederá á mí otro bobo que adelante los míos; y siempre habrá quien nos crea, porque siempre habrá mentecatos. Y pues ni á éstos, ni á nosotros, ni á vuestra merced (aun estando en el mundo de la verdad) no ha llegado un sesudo desengaño, y todos estamos incapaces de enmienda, es preciso aguantar, y pase todo. Y si vuestra merced se quiere pudrir, buena ocasión tiene; y aunque acá no faltan, yo procuraré huir hasta lo preciso, que nada del mundo importa tanto como mi pachorra.

Dice vuestra merced que mis redes no saben lo que se pescan; pero las tuyas, señor pescador, ya no saben pescar. Y todo el pleito es porque yo peso y á vuestra merced le han pescado. El cebo yo lo

amasé; y aunque dice que es bueno para pesca de atunes (y que hay muchos en la corte) en su tiempo de vuestra merced no daban los mares otras pescas; y los que hay por acá son más bonitos; y la cosecha de éstos le hicieran á vuestra merced más salado; y por eso nunca corrió tormenta su nave, porque siempre estuvo á la lengua del agua. Pero dejemos metáforas, que vuestra merced no me entiende, aunque yo bien me explico.

No tengo la menor queja de que vuestra osatura me trate mal en su carta, cuando en ella leí el desprecio con que trata al gran Petosiris (á quien honra el Venerable Beda, consintiéndole su rueda en sus escritos) y al insigne Filo-astrólogo Hermes, y en la tabla de éste besó vuestra merced con felicidad el puerto de su fama, y en la rueda de aquél corrió con gran bonanza su fortuna. Y cuando vuestra merced no nos ha dejado otra memoria que un *Pro-nóstico* (que lo hacemos acá en ocho días, y nos sobran cincuenta horas) hace mal de querer usurpar la gloria á los antiguos con sus dicterios. Vuestra merced se dió más á conocer (lo mismo nos sucede á todos), pero es la razón, porque la rueda del uno y la tabla del otro no salieron á la vulgaridad, y nuestros papeles no hay bodegón, azotea, zaquizamí ni taberna donde no estén al paso; conque es preciso haber ganado más conocimiento; y la ventaja que vuestra merced nos lleva á los demás es haber nacido sesenta años antes, que en las obras, entre ruin ganado, etc.

No quiero creer que le pasó á vuestra difuntez

por la fantasía el estilo metafórico que condena en mis *Almanagues*, porque no me persuado que quisiese, teniendo caudal, enviar á sus hijos, por el mes de Diciembre, desnudos á vagar los lugares de la Europa. Confiésese vuestra merced pobre de manías, y que no supo mientras vivió mas que hacer un Pronóstico machacón. La metáfora es un galán vestido de la obra, y aunque sea malo el que yo le he puesto á mis papeles, ya es vestido; los suyos todos los hemos visto en cueros. Y más decente está un cuerpo en camisa que desnudo. Para hacer lo que todos, no hubiera yo salido á la plaza del mundo, porque estoy muy mal con los escritores de este mi siglo, pues no inventan, que trasladan. Yo advertí que nadie leía los *Pronósticos*, porque se cantaron de un príncipe de Aries; un quídam, un soberano de Géminis, etc., y púselos en solfa, y he logrado que me lean, pues enfastiada la juventud, y enferma toda la gente de los juicios de vuestra merced, no podían tragarlos, y yo les puse en punto de golosina los embustes, y los han tragado, que es el mayor milagro de un remedio hacerlo sabroso, para que no le aborrezca quien lo hubiere de tomar.

Como vuestra merced no sabe lo que son coplas, habla mal de ellas, y debe de pensar que las que hizo el mohoso Gotardo podían parecer con las que hoy hacen estos ingenios. Los poetas de entonces eran unos perdidos, despilfarrados; ahora hay en Madrid quien los trae en coche. Y poeta tiene la corte que se ha hecho de oro; y uno conozco yo que ha labrado casa. La indignación de vuestra merced.

es que mezclo á los santos y santas con las coplas; y esto lo aprendí en buena hora; pues cada vez que se reza se le dicen á Dios versos á prima, tercia, sexta, etc., y los villancicos tienen admirables coplas para mover á Dios y alabarle; y los salmos son versos que puso al arpa el santo profeta y celestial músico David. Vuestra merced debió de ser casado, y no vió el Diurno; y por eso ahora escribe sin noticias. Yo tengo dos oficios, y con ambos me muero de hambre; pero el más decente es el de poeta; que el de astrólogo me ha ganado crédito de embustero, y este es oficio, y no ciencia; pues hoy pagan tributo mis Kalendarios, y mis coplas, aunque no son nobles, no pechan.

Díceme que escribiendo con esta claridad me conciliaré enemigos; y me alegrara ver escritor sin ellos. Los que salen por su desgracia á la plaza del mundo á venderse, desde que salen van vendidos: ¿cómo es posible contentar á todos? Al melancólico que me lea, no seré de su gusto, porque escribo chanzas. Y si escribo triste y serio, tendré por enemigo al alegre; y á este número de tristes y alegres añada vuestra merced la infinita copia de envidiosos; verá cómo siempre es mayor el número de los descontentos que el de los apasionados. Yo me he de divertir y pasar con gusto el tiempo que me falta hasta que me llamen de arriba. El que me adula, el que me ofende y el que me engaña, todos me dan motivo de reir, y no más; con que supuesto que no hay modo de vivir para agradar á todos, no me quiera vuestra merced tan mentecato que me

ande á caza de ingenios, para lisonjearlos, que yo he de hacer lo que más me agradare. Esta voluntad que yo tengo es mía, y no de mi vecino. Las cosas se dividen en propias y ajenas. De éstas cuide otro; de las propias, yo. Y no tengo cosa más propia ni mía que mi voluntad; con que es razón que yo la mande. Y así no me quejo de que no me premien mis trabajos, porque por esto está en otra mano, y lo que otro me ha de dar no es mío. Ni me entristece que me mande Pedro ni Juan; que esto no es de mi cuenta, ni el que el otro sea descortés, soberbio, avariento, envidioso, bueno ó malo. Acciones son de cada uno, que con ellas se ofende á sí propio, no á mí. Corran todos y de mí hagan lo que quisieren.

La última prevaricación de su enojo es la última común manía de los vivos. Lllaman sátiras á las verdades y blasfemias huir de las mentiras. Yo no soy satírico, sino incrédulo, duro: que al que no me venga con la demostración en la mano, no lo creeré por cuanto me jure, afirme y asegure. El entendimiento le cautivo á la mayor demostración de las demostraciones, que es nuestra Santa Fe. Las demás noticias, unas dudo, pocas creo, y en las más nos engañan. Porque Galeno soñó la sangría, me quieren encajar que es buena, cuando veo malos efectos. El que quisiere que le crea sus sueños, ha de tomar la paga de mentiras. Protesto que jamás tuve en mis chanzas más objeto que el común, y soy tan modesto, que si mi pluma ó mi lengua hubiere dictado el menor defecto del prójimo, en las

plazas públicas me retractara. Y cualquier individuo que de otro me haya oído decir el menor dictorio contra su justicia, quiero ser tenido por blasfemo mordaz. En lo que vuestra merced me riñe del desenfado del Prólogo, no tengo escrúpulo, porque hablo de los malos profesores de las Ciencias; y siempre que tenga oportuna ocasión dictaré contra ellos y contra letrados, sin el menor remordimiento; antes lo debiera tener de lo que callo.

Ultimamente, me dice que yerro eclipses y Lunas; mas vuestra merced ya no es voto para condenar mis cálculos; porque desde su carnero, que es ya en sus últimos entrefijos de la tierra, mal puede conocer los movimientos de este medio cielo que nosotros descubrimos. Y si vuestra merced lo asegura, sin otra observación que su memoria y lo que llevó sabido desde acá, ya no sirve; porque desde entonces nos ha dejado de voltear el cielo, y está todo de arriba abajo. Y si vuestra merced volviera á la vida, no la conociera; porque estamos los sublunares de suerte que no nos conoce ya la naturaleza que nos engendró. Y aunque vuestra merced no es tan viejo que no navegase en las Tablas alfonsinas, éstas están ya muy quebrantadas, y nosotros andamos al retortero para ponerlas corrientes para nuestro uso, y no hay operación en ellas (aunque no sea mas que para un cuarto) que no nos cueste un millón. La suya de vuestra merced y el modo de hacer la efeméride para el Lunario, la estimo mucho; pero si no adelantara otra

cosa, ésta la tenemos por acá arrimada, por demasiadamente traída.

El consejo de que escriba un tomo cada año de las treinta y dos Matemáticas, lo estimo mucho, si con el aviso me enviara vuestra mortandad diez ó doce mil ducados que costará la impresión (que sólo dándomelos los gastara; que si yo los tuviera, primero los empleara en agujetas que en escribir boberías). Mas por darle á vuestra merced gusto, protesto tomar ese trabajo, aunque después tenga que dar á misas la obra. Y así, si vuestra merced se halla con algún talego, ó sabe de algún difunto que lo quiera prestar (que algunos se enterraron con vuestra merced), envíemelo, que se lo pagaré cuando de este mundo vaya; y por razón del empréstito partiremos los intereses y le lisonjearé con la Dedicatoria.

Señor mío, vuestra merced se consume como pudiere, que á mí su triste memoria, ni sus cartas, me quitarán la alegría. Ya sé que he de ser muerto mañana; pero entretanto, déjeme vivir, y no me vuelva á enviar papelitos ni cartas, que no gusto de correspondencias con gentes del otro mundo. De esta vida mortal, hoy por nuestra cuenta, primero de Mayo de mil setecientos veinticinco.

De vuestra merced cuando Dios quisiere,

El gran Piscátor de Salamanca.

Señor gran Piscátor Sarrabal de Milán.

«Paréceme (perdona que te lo advierta)—dijo mi huésped—que le respondes con sobrado desabri-

miento, y no es razón tratar mal á un hombre á quien el mundo dió reverencias. Pues aunque hoy está caído, fué sujeto que puso su piedrecita en las estrellas; y no es justo hacer con su mortandad reverenda lo que hace este siglo con los que derriba, que del inmenso golfo de las adoraciones los baja á los últimos desengaños del desprecio. Morir no es delito, sino ley; y por muerto, nadie pierde. Y así, si mi voto vale, hemos de corregir muchas liviandades, que sin licencia de tu entendimiento ha dictado su fantasía.» «No, amigo—respondi—, no se ha de quitar una letra; que si uno se hace de miel, le comerán los difuntos; y éstos son porfiados; y á cada hora los tendré encima, si no los espanto de esta suerte. El señor Sarrahal, acuérdesese que es muerto, y que está con ambos pies en la sepultura; y es menester que se conozca. Él fué un estudiante astrólogo como yo, y hoy es menos; pues aunque los dos convenimos en ser ceniza, yo soy, y su polvo fué; y lo que fué, ya no es. Y pues ya no es, no quiera hacerse gente y meter su cucharada entre los vivos.» «No te mates tú, y hágase lo que quisieres, que ya sé de tu capricho lo irreducible que es. Mi proposición fué sólo un buen consejo; ni lo tomas, ni lo sabes aprovechar; pues Dios te ayude.»

Así me decía mi amigo, mostrándome el gesto desabrido. Y cogiendo los preceptos astrológicos en la mano, me preguntó: «¿Y de estos pliegos, qué dispones?» «Nada—le dije—; porque eso ya lo hemos estudiado por acá, y no necesito amontonar

papeles.» «Yo lo ignoro, y si me lo permites, lo copiaré para estudiarlo», me dijo.

A que yo respondí: «Arrímalos por ahora hacia ese estante, que tiempo nos queda para pasarlos, y nos falta leer y dar respuesta á las cartas que se siguen.»





CARTA DE HIPÓCRATES

AL

GRAN PISCATOR DE SALAMANCA

MUY señor mío: Un mortezuelo como del codo á la mano, bullicioso, de los que en el mundo llaman chisgarabís, que nadie sabe de dónde es (aunque, por lo chiquito, le tienen todos por hijo de Madrid). Éste se ha arrimado á la caverna donde nos estamos pudriendo muchos profesores, médicos, químicos y filósofos, y le socorreremos con algún hueso, como lo habíamos de dar á otro. Nos asiste como platicante de cada profesor; pues cuando á vuestra merced se le haga camino por estas roturas, lo verá con los químicos estarse tostando, sin haber fuerzas humanas que lo saquen del fuego: con los médicos desentrañar difuntos y rascar calaveras (que hasta en las sepulturas conservan los hombres las manías de los vivos). Este platicante de muertos es tan mañoso, que se ha ingeniado y ha hecho una mina comunicable al mundo. Y cuando menos pensamos, se aparece allá y se esconde aquí, y no pasa travesura en la vida que no la sepamos puntualmente. Pues entre las curiosidades

que suele recoger, nos trajo el *Pronóstico* de vuestra merced; y haciendo rancho entre los condifuntos amigos, leyó el platicante hasta el prólogo ó consejos que vuestra merced, discretamente, le dió á su hijo. Y aunque por acá nunca estamos para fiestas, le aseguro que nos alegró mucho, y ya nos dolían los huesos de risa. Yo, pues, aunque estoy ya muy chocho, y no tengo hueso que me quiera bien, y las palabras se me hielan en la boca, con todo eso, me enmuerté, y dije á los del rancho, haciendo glosa sobre su prólogo de esta suerte:

«Digno es de llorar el mundo en que hoy se vive, y mal por mal, mejor es nuestra tierra. Cada momento es una ruina. Yo lo dije muchas veces: *Motus in fine velocior*; y según este mozo escribe, que aunque la lengua es mala, se le conoce que es verdadera. Ya no debe de haber trasto con trasto, ni hombre con vida, ni vida con alma. Vuestas mortandades bien se acordarán de los pliegos que hemos leído aquí en otras ocasiones de don Francisco de Quevedo, y lo que él nos contó del mundo, cuando atravesó por este carnero; pues según este astrólogo viviente, sin duda está más perdido. Dichosos éstos que ni creen á nadie, ni á nadie engañan; éstos conocieron la vida, y los más que estamos aquí nos venimos sin probarla. Galeno (que yace también entre nosotros) gastó los años en desollar monas, para hacer anatomías con el cuerpo humano; manosear cascos de finados. para reconocer uniones, suturas y articulaciones, y en bautizar huesos y nombrar coyunturas. Yo lo empleé en mis

Aforismos, oler orinas, gustar cámaras, sacudir esputos, tocar humores y palpar apostemas. El insigne Bernardo Trapisano, químico, en tragar humo, cocer, calquinar y preparar los entes del embuste filosofal, y todos nos hemos venido en ayunas, sin saber qué es mundo. Creímos que con haber dicho que el hombre es un mundo abreviado, se acababa toda la ciencia. Diógenes, que está entinajado en este osario (que no me dejará mentir), por gran cosa le dijo al hombre: *Guignosci se auton* (1), y esto lo dijo por los primores de su fábrica, cuando es más estudio saber los defectos de su propensión. La ciencia, toda consiste en saber vivir sin que le engañen las pasiones propias y las ajenas. El aplicado debe estudiar primero en los libros de su razón, y después seguir las huellas de todos: el camino del médico, la senda del filósofo, el vuelo del teólogo, la carretera de la plata del letrado, los rincones del químico y los escondites del mecánico. El que es docto en una profesión, es necio en todo; porque cebarse en apurar lo infinito es bobería, é ignorarlo todo es desgracia. Yo me lastimaba, cuando vivía, de la sencillez de los enfermos que cuidaba; pues, á pesar de sus achaques, creían mis voces; y puedo jurar que no conocí la más leve idea de calentura, hasta que vi la enfermedad en el estado (y entonces el mismo paciente la conoce); y para desvanecer la primera relación, buscaba mi Filo-

(1) Es el *Nosce te ipsum* latino, y el «Conócete á ti mismo» castellano.

sofía escapatorias y evasiones con que disminuir el primer concepto. Pero aunque me libraba de sus réplicas, no me escapé de las acusaciones del interior. Y así, desengáñense vuestras mortandades, que el saber es lo que hace este muchacho del prólogo; encargarse de los elementos de todas las facultades. Estudiando después en su razón natural, se bandeará é instruirá en todas las profesiones, averiguando el modo con que todos mentimos y pasamos. Y Dios nos libre de un bribón de éstos; que si da tras nosotros, no nos dejará hueso sano.»

Estas razones dije yo á mis concollegas difuntos con tanta verdad como si me estuviera muriendo. Pero de vuestra merced á mí, señor Piscátor, le diré lo que verdaderamente siento, permitiéndome antes que le riña la mala elección que ha tenido de aplicar sus talentos. La elección de muchos libros es dañosísima lección. Los que han escrito y llenado las imprentas de papel fueron hombres como vuestra merced, y no es razón creérselo todo; pues pocos dictaron verdades puras con el deseo de nuestro aprovechamiento. Unos escribieron por ostentar su melancólica discreción; otros por sacudir las vanidades del ingenio; unos por envidia de los otros, y otros por seguir las contrariedades de su condición; y todos trabajaron los elementales sistemas de los estudios. Y así, en la que yo profesé, como en las demás, se advierten lastimosamente barajados los principios; con que la razón natural del viviente se halla precisada á no saber elegir entre el vasto y anchuroso mar de opiniones. Por

lo que debo aconsejar á vuestra merced que si leyó los principales sistemas, no lea las porfias de sus comentadores; estudie en sí mismo, que en el entendimiento humano está sembrada la semilla de todas las ciencias, y para que ésta se aumente, basta el primer baño elemental; pues con el infructuoso riego de otras aguas más se sofoca que florece.

Mi queja con vuestra merced, señor astrólogo, es haber visto el desprecio con que trata y carga la mano á los pobres médicos, además de la común desdicha que padecen en el mundo. Los astrólogos los tienen por misteriosos retirados; á los jurisconsultos los venera la ignorancia como oráculos; á los filósofos como embelesados; y unos de medrosos y otros de suspendidos, se imaginan de ocultos misterios en sus expresiones. La infeliz arte de Apolo continuadamente vive entre sus enemigos; pues no al necio, ni vieja, ni perdulario, que no se precie de entender nuestros aforismos; y no hay ente en la naturaleza que no se aplique para universal remedio en los achaques. La poca obediencia del enfermo y la pertinaz falencia del arte son poderosos enemigos de nuestras seguridades. Yo lo confesé por la ciencia, al principio de mis obras, en las cuatro palabras: *Ars longa, vita brevis; occasio præceps, experimentum periculosum, judicium difficile*. Y además de la brevedad de la vida y del poco juicio de nuestras conjeturas, nunca conocemos las impenetrables magias ocultas de la naturaleza, sus extensiones y movimientos, que siempre circulan

al revés de lo que discurre el arte. Y en fin, nuestra mayor desdicha es ir á curar y dar salud al hombre enfermo que nació achacoso y con la inevitable pensión del morir. Y nada me confundía en los enfermos que cuidaba, tanto, como la diversidad de movimientos en una misma idea de achaque. Que un tabardillo no se parezca al dolor de costado, que una terciana se distinga de la cuartana, y un reumatismo de la gangrena, pase; pero que un dolor de costado no sea como otro, ni un tabardillo como otro tabardillo, ni un cólico como otro cólico, es lo que me hizo perder el norte de los juicios. Y esta fué la causa de haber llenado yo estos osarios de cadáveres. Pues hasta que me desengañaron las experiencias, tenía creído que un hombre no se distinguía de otro hombre, regulando por su fábrica sus temperamentos; y con un simple invento quise sanar á todos (que es lo mismo que intentar que se calce con una horma todo un pueblo). Y hoy, por ser mayor el estudio, es más grande la ignorancia de los profesores; pues cada momento estamos recibiendo difuntos, enviados más por los médicos que por sus achaques.

Los enfermos es la peor especie de contrarios que tienen nuestros juicios; pues no se oyen mas que falsedades en sus bocas; y su condición, agitada de las dolencias del mal, se hace irreducible al precepto. Si los mandaba beber á una hora, su sed una hora adelantaba los relojes. Si prevenía aguardar el sudor, por no padecer las congojas del cordial y el peso de una sábana, desabrigaban los

cuerpos; y siempre encontraba nuevo achaque á que acudir. Los ascos del purgante, por amargos los desprecian; al jarabe por empalagoso; con que tiene contra sí la curación la poca verdad del enfermo, lo oculto del mal, la escondida condición del achaque; las burlas de la naturaleza, la ninguna obediencia al físico. Añada vuestra merced á estas partidas la de *arcs longa, vita brevis*, etc., conocerá que los mayores defectos de la profesión consisten más en las temeridades ajenas que en la idea del juicio propio (discurriendo con elementales principios). Por lo que puedo asegurar á vuestra merced que estos podrideros están manando en difuntos; y á los más los han traído sus mismas intemperancias. Y así, se vienen ellos, dejando desacreditado el físico. Otros nos envían ellos, y son bastantes. A otros los llama Dios, y éstos son menos; y á otros los arroja la vida, cansada ya de la larga cárcel de la tierra; y éstos son muy contados; y el mayor número nos lo envía el exceso y la medicina; pues verdaderamente, debo confesar que nuestro estudio está fundado sólo en los antojos del capricho y en el movimiento del humor. La arte es larga, como tengo dicho á vuestra merced. Y aun á mí, siendo viejo (como lo dejé dicho antes de morir) me faltó el tiempo para experimentar; y si yo volviera á agarrar la vida, sólo la gastara en la práctica útil de la cabecera, y borraría impertinentes filosofías. Pues, sin tanto argüir, se puede conservar menos enferma nuestra vida. Yo aborrecí lo empírico, pero hoy conozco que es fortuna del enfermo y casuali-

dad feliz del médico, que guiado sólo del dolor, sin formalizar sobre la materia pecante, aplique experimentado remedio, que para el fin de la sanidad basta saber su provecho sin controvertir el modo de causarlo ni en qué parte; pues la experiencia la registra el tacto de los ojos y la enfermedad es un discurso que, puesto en historia, mueve mayores dudas; á cuyo fin, remito á vuestra merced esa farmacopea para que los cosarios males que nos afligen, y tengo tanta seguridad en ella, que si volviera á curar, no usara más botica que esos simples, en cambio de la noticia que espero de vuestra merced en que me cuente el estado y pasos con que caminan hoy mis sucesores.

Vuestra merced procure, ya que es escritor (de que me lastimo bastante), dos cosas. La primera, hablar la verdad y con sencillez cristiana en su doctrina. Y la segunda, que le encargo para su bien que modere el estilo y no quiera, por gracioso, echar á perder lo sólido de sus pensamientos. Porque, si le huelen el humor, reirán el chiste y despreciarán el aviso; pues los más hombres son poco advertidos. Y como tienen paladar para todo, comen el grajeo y se quedan en ayunas del fin con que se pone. Y la vanidad de vuestra merced ha de mirar á aprovecharlos y no á entretenerlos. Y si dicta como hasta aquí, más se hará visible que apreciable; y es pecaminoso empleo dictar juguetes para el siglo, cuando puede adelantar verdades á la posteridad. Dios le dé á vuestra merced la vida que no tengo y le mantenga lo que no fuese servido,

aunque yo me prive del gusto de conocerle por algunos instantes. De la oscuridad de mi eterna noche.

De vuestra merced, servicial amigo,

Hipócrates.

Señor Piscátor de Salamanca.





RESPUESTA

DEL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA
AL FÍSICO-MÉDICO HIPÓCRATES

SÓLO á la discreción de vuestra defuntez, muy señor muerto, debe mi torpeza el gusto de haber salido de la confusión de una duda en que los demás muertos me dejaron (que no sólo vuestra merced es quien me escribe); y debo á la luz de vuestra merced la noticia de haberme alumbrado, para que sepa la mina por donde se coló el tizón licenciado que fué posta de estas cartas; pues por donde entra un diablo, bien cabe otro; y le doy las gracias de que recojan á ese muertecillo (que no dudo, según la pinta, que será hijo de la corte) y que le hagan la caridad de enseñarlo y mantenerlo (aunque creo que no será hombre jamás); pero al lado de vuestras mortandades podrá elegir una muerte descansada.

Vuestra defuntez me honra en vida con todos entre sus condifuntos; pero hablando con amistad, amigo mío, yo soy solamente un curioso que pascó con la enfermedad de cuatro noticias que me tienen estragado el talento; porque unas están sin co-

cer el fundamento impuro; y de estas crudezas padece el seso continuas opilaciones. Cuando empezaba á alimentarme en mis estudios, me quitó el dulce regalo de la sazón, la infeliz fortuna (que siempre me ha traído al retortero) poniéndome el písto en manos ajenas. Una desgracia en los pobres sudores de mis padres cortó las ideas con que intentaban criarnos como á hijos de honrados. Después mis vicios, mi pobreza, mi genio, los malos amigos y los buenos enemigos, me pusieron en el infeliz estado de tonto. Apresóme la hambre, é hice de ella virtud, y con el ansia de comer, me apliqué á la primera vacante, como al pobre á quien le casa la justicia con mujer sin dote y sin tener oficio, que luego pretende comisiones, se aplica á los estancos, se pone á peón, alguacil, agente, etc.; que el pobre que tiene familia busca el pan en la primer plaza que le sale; que la misericordia de Dios y providencia de los hombres tiene en el mundo estos colegios para los arrepentidos de holgazanes, que la necesidad hace hábil para todo el que antes no lo fué para nada, y se halla oficial en cualquier arte. Así yo, unas veces pretendía en la Medicina, otras en las Leyes; echaba memoriales al cielo, y, por su bondad, me hallé la conveniencia de astrólogo; que, aunque no vale mucho, al fin, amigo, iba cogiendo créditos; y con mis manos libres había de subir hasta quinientos ducados. Pero ya me la ha quitado mi desdicha; cumpliendo, como sabe todo el mundo, con mi obligación. Y ya no sé qué hacerme, que estoy tan aburrido, que si por allá hubiese

algún empleo en qué pasar la vida, le aseguro á vuestra mortandad que marchara. No niego que eché á la calle algunas ideas mal vestidas; pero como trabajaba con precisión, las miraba con asco, sin valerles la recomendación de propias; que si yo tuviera otra capellanía, sujetara la pluma á la razón, y no saliera de mi fantasía idea que no la castigase el entendimiento, antes que vocería de los críticos. Pero yo, amigo, sólo voy á llenar papel, y así, aunque mi prólogo contenga algunas menos decentes voces contra los profesores de Apolo, vuestra merced sabe disimularlas, por la ingenuidad que le digo que no son mas que voces.

La escasa luz que de sus obras de vuestra merced iluminó la corta esfera de mi capacidad fué el estímulo que me movió á clamar contra los profesores médicos. Porque en la práctica que hoy veo observada (la casualidad me llevó á algunas juntas) es distinta de lo que vuestra merced dejó dicho. Ya debemos enfermar de otra suerte, porque las curaciones son distintas. Hasta los trajes han mudado los médicos; pues en otro tiempo vestían ropas que les determinaron las escuelas, y ahora se arman de soldados, con cabelleras, tacones y espadas; y no los tiene el rey mejores. Pues si entre tantos arbitrios, hubiera dispuesto la política razón de Estado enviarlos á los enemigos, allí apocarían el número de las gentes, y acá nos quedarían nuestros vivos. Los hombres que nacieron de treinta años á esta parte son de otra figura. Ya las anatomías no se

hacen como en el siglo de Galeno. Ya no es el hombre, ni su figura. Los males no son los que solían, todo está mudado; porque los humores se han revenido en *ácido alcali, sólido y líquido*. Y en las fiebres se ha descubierto otra cosita, que se llama *crispatura*. Vuestra mortandad cuidaría de dos ó tres enfermos al día; pero acá los despachan con más brevedad. Tienen tantos á que acudir, que por no bastarles sus dos pies á cada médico, los aprendices empiezan por cuatro, y los más introducidos llevan ocho y van rodando á carrera tendida por su doblón (que esto cuesta regularmente, en la corte) á tentar un pulso y dar una pesadumbre más al paciente. En las juntas todavía se usa historiar la dolencia, las causas, signos, pronósticos y curación. En la historia todos callan, cómo toca al médico de cabecera. Las causas se ignoran; los signos se disputan, los pronósticos se atropellan, y la curación se pierde, y cuando mejor logramos, es haber visto en cuestión nuestra vida.

Las que llaman señales son chismes y cuentecillos de la naturaleza, y testimonios que levantan á nuestros órganos. La aplicación del remedio va destinada, cuando son tan disputables los motivos, para una vida sola que malogramos (¡Válgame Dios!) cercada de tantas muertes. En la vocería médica ya no se escuchan *facultades, humores, meatos*, sino el *sólido*, el *ácido*, el *sulfur*, y otros términos que á vuestra merced se le quedaron en el tintero. Yo no quiero acusarlos; pero vuestra merced no los defienda tanto, que ellos, por su Ar-

beo y su Tomás Uvilis y otros, han vendido á vuestra merced; de suerte, que si no es el que le conozca, nadie le comprara. Y allá tiene vuestra merced otro licenciado, que se llamó Synapio, que escribió contra vuestra merced un tomo que se intitula: *De vanitate, et falsitate aphorismorum Hippocratis*. Sólo en una cosa siguen á vuestra merced, y es, en que no los mandan confesar para morir. Los que vuestra merced curaba no lo habían menester, pero á nosotros que vamos por otro camino, nos niegan entrar con felicidad al perdurable término á que aspiramos. De irremediables motivos nace en ellos esta ocultación: el primero, es la ignorancia del mal; el segundo, la vanidad de libertarlos; el tercero, la mal usada adulación; y otros muchos que vuestra merced podrá discurrir sin cansarme yo, ni mortificarle.

Vuestra merced les mandó, en sus *Aforismos*, la precisa observación de los días críticos, yudicativos, intercidentes en las enfermedades agudas, y exacte peragudas, y que tuviesen gran cuidado con las estaciones del Sol y movimientos de la Luna, porque estos conocidos planetas son los primeros agentes que disponen más inmediatos al aire; y éste mezclado con los influjos se hace la impresión en los sublunares. Pues, señor muerto, ahora, cuando se sospecha peligro en los influjos de la Luna, se cierra la ventana, porque no entren, que dicen que el pino y el lodo defienden las impresiones. Las cuartas del año todas son unas: el calor del estio se hace verano cuando se les antoja; ya no pasan días cri-

ticos, porque usamos enfermar en mejor ocasión que los enfermos que vuestra merced tuvo. Ya padecemos unos males más acomodados. Los enfermos de Pedro Miguel de Heredia ya murieron; los de Galeno ya están hechos tierra, y los de Avicena son polvo. Y en fin, ya de vuestra merced no se hace el menor aprecio. Y aun dicen estos médicos de por acá que si el señor Hipócrates viniera al mundo, había menester de nuevo estudiar la Medicina.

Esta, su profesión de vuestra merced, como le tengo dicho, ya ninguno la profesa como empleo, sino como negocio: es facultad que siempre tuvo sus intereses en nuestras glotonerías, y como en cajas seguras aplican su caudal, y se hallan á pocos días curanderos de fama. A la juventud la crían en las Universidades en las porfías: *¿Si Dios puede hacer antes de razón? ¿Si la Lógica es simple cualidad?* Considere vuestra merced qué tiene que ver el pulso con el... etc. En las anatomías no tienen ejercicio, porque sienten de muerte los recién difuntos que se les corte el pellejo, y lo han hecho caso de honra; con que ya no se puede pillar un muerto por el ojo de la cara. Y estos tratados en nuestra España dicen que no son menester; porque han averiguado que las circulaciones de la sangre de un año no sirven para otro. Los huesos cartilagines, tendones, músculos y fibras tienen por un mes una figura, y cada día menguan y crecen; con que no quieren cansarse en fatigar la memoria en estudio que muda sistemas, conforme las edades.

Los años que profesan en las Universidades, les dictan sus maestros cuatro materias de pulsos, orinas, síntomas y algo de *sanitate tuenda*, con su recetario ó farmacopea al fin, para guñiar el ojo al boticario (así como el que vuestra merced me envía), y sin otro estudio que estas teóricas impertinentes, pasan á las cortes, ciudades y villas, á amontonar muertos con licencia de los reyes y consentimiento de nuestras ignorancias; pues fiada la sencillez de la noticia, nos entregamos al destino de sus temerarias ideas; obligando la razón de estado á cumplir con las ceremonias de la cortesía, á quien hizo cubrir de tierra á los que nos engendraron.

El último consejo que vuestra merced me da, bien sé yo que es muy prudente, serio y como de su gran juicio. Pero, si supiera cómo está el mundo, no me aconsejara con tanta modestia. Se pierde (amigo Hipócrates) la lección que no contiene estas risas; y á todos nos tiene cuenta. A mí, porque en este estado no son tan reparables los defectos, porque permite voces menos limadas la composición y para las gentes del mundo en que estamos es preciso escribirles así; que de otra suerte, no lo miran. Conque para todos nos está bien; pues yo escribo sin fatiga, y ellos leen sin asco. No se me ofrece otra cosa que responder á vuestra mortandad; y de nuevo le doy las gracias por el inventario de recetas; que, pues ya me han robado el oficio de *Pro-nóstico*, tomaré el de curandero; que bien sé yo que lo luciré, como lo estudie como él es, á pesar de

muchos delirantes. Dios guarde la inmortalidad
de vuestra merced. De mi posada: Madrid y Mayo
2 de 1725.

De vuestra merced su íntimo apasionado

El Piscátor de Salamanca.

Señor Hipócrates mio.





INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| AL LECTOR. | 5 |
| VIAJE FANTÁSTICO. | 8 |
| LA SUMA MEDICINA Ó PIEDRA FILOSOFAL. | 119 |
| CANTÁRIDAS AMIGABLES PARA REMEDIO DE SUEÑOS DESVARIADOS. | 161 |
| CORREO DEL OTRO MUNDO. | 167 |





OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mars nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. 5 ptas. volumen.
—CUENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol. — **VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) 5 ptas. vol. — **ARTÍCULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.
 A los pies de Venus (novela). 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadrado.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez. Novelas de Adam, Barbusse, Bourget, Duvernois, Frapié, Myriam Harry, Abel Hermant, Huysmans, Jaloux, Marguerite, Miomandre, Rosny, Marcela Tinayre y otros maestros de la novela contemporánea.

4 pesetas volumen en rústica.

BIBLIOTECA DE LITERATURA.—2 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO.—1 peseta volumen.

COLECCIÓN POPULAR.—1 pta. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—2 ptas.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS.—1'50 ptas. vol.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadrados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

J. FRANCÉS: La danza del corazón (novela). 8'50 ptas.—Teatro de amor. 3 ptas.

F. LLORCA: Lo que cantan los niños. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

LOS GRANDES NOVELISTAS

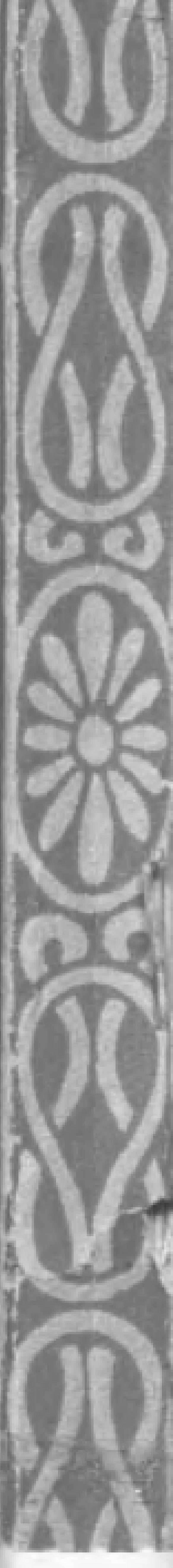
Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 cént.—Edición La Novela Ilustrada.

Las novelas de Jack Bondon.

Nadie le ha superado en la novela de aventuras. Buscadores de oro, piratas, aventureros, indios, antropófagos, los más diversos tipos son los protagonistas de estas obras. Se han publicado: Antes de Adán, La llamada de la selva, Aventura, La expedición del pirata, La peste escarlata, Jerry el de las islas, Cuentos de los mares del Sur, Valor holandés, Tres corazones.—3 ptas. vol.—Un verdadero éxito de librería en todo el mundo.

VILLARRO

OBRAS
VARIAS



1895

1895